



*Tres son  
Multitud*

*Tricia Ross*

Tres son Multitud

Tricia Ross

# Índice

## TRES SON MULTITUD

Argumento

Capítulo 1: Colgados en la Red

Capítulo 2: Locura Transitoria

Capítulo 3: Otro momento incómodo

Capítulo 4: Una visita inesperada

Capítulo 5: Oportunidad de Cambio

Capítulo 6: El Cumpleaños

Capítulo 7: Confusión

Capítulo 8: Las apariencias engañan

Capítulo 9: Los Astros se alinean

Capítulo 10 Las cosas buenas se hacen esperar

Capítulo 11 Una montaña de un grano de arena

Capítulo 12: El Gran D... Desastre

Capítulo 13: El Error (parte 1)

Capítulo 14: El Error (parte 2)

Capítulo 15: Tocando Fondo

Capítulo 16 Hay heridas que el tiempo no cura

Capítulo 17: Un giro inesperado

Capítulo 18: El Viaje

Capítulo 19: Pasar página

Capítulo 20 El Juego del Gato y el Ratón

Capítulo 21: La Boda

Capítulo 22: Colorín, Colorado...

Epílogo: Este cuento se ha acabado

Sobre esta novela y su autora

# Argumento

Sara se siente una fracasada... Por eso participa en el Foro "Colgados en la Red" que ha lanzado un concurso para descubrir al mayor fracasado de la comunidad cibernética.

Sin embargo, Sara no sabe lo mucho que su vida va a cambiar a partir de entonces.

Conocerá a Hana y a Nerea, sus nuevas y extravagantes compañeras de piso, y también encontrará a la persona que va a reanimar su aletargado corazón.

Tres son Multitud es una comedia romántica que te hará reír y divertirse como nunca.

© Tricia Ross, 2016

[Twitter: @Tricia\\_Ross1](#)

[Instagram: triciaross\\_autora](#)

[www.triciaross.es](http://www.triciaross.es)

ISBN: 9781976715198

**Imprint:** Independently published

Derechos reservados bajo licencia:

Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0

Código de Registro: 1608228987210

*ESTA ES UNA OBRA DE FICCIÓN, LOS PERSONAJES QUE  
APARECEN SON INVENTADOS Y NO SE BASAN EN  
PERSONAS REALES.  
CUALQUIER SITUACIÓN SIMILAR O PARECIDO CON LA  
REALIDAD ES MERA CASUALIDAD.  
DEDICADO A TODAS LAS PERSONAS QUE ME HAN  
INSPIRADO PARA IMAGINAR LA HISTORIA DE SARA A MIS  
AMIGAS POR SU APOYO Y A MI AMOR, QUE ES MI A.*

# Capítulo 1: Colgados en la Red

El cursor parpadea en la pantalla frente a mis ojos como insistiendo en que, después de media hora mirándolo fijamente, ya es hora de comenzar a escribir. Y lo cierto es que después de tanto tiempo pensando en cómo empezar, aún no he organizado las ideas de mi cabeza. Tal vez soy demasiado perfeccionista.

Vuelvo a leer por enésima vez el título del post para asegurarme de que, efectivamente, es el lugar perfecto donde comentar.

Dice: «Foro de Colgados en la Red. Concurso de Fracasados».

Por supuesto no es un concurso de verdad, ni siquiera tiene un premio para el vencedor a no ser que se considere premio el dudoso honor de ser la persona más fracasada de toda esa comunidad cibernética.

No sé por qué me molesto siquiera en participar, algún tipo de locura transitoria está haciendo que sienta la necesidad de que cientos de personas desconocidas me confirmen que, en efecto, mi vida es una mierda.

Decido que debo empezar a escribir, sin anestesia, sin darle más vueltas al asunto... Es patético que esté ocupando más de media hora de mi tarde de sábado en esto.

«Hola, me llamo *FracaSara*. Tengo 26 años y soy licenciada en filología pero encontré trabajo gracias a un curso de secretariado que hice en el paro. Sí, para mí ha sido más útil un curso de un mes que cuatro años de carrera.

El lugar donde trabajo en una pequeñísima empresa editorial. ¿Suena bien, verdad? Pues lo que diseñamos, editamos y publicamos no son libros, sino tarjetas de felicitación. Sí, de esas tarjetas que compramos de prisa y corriendo en las papelerías cuando no tenemos ni idea de qué regalar al amigo del amigo de un amigo.

No sería tan malo si el sueño de mi vida no hubiese sido ser escritora y publicar algún día un libro. Trabajar en un lugar como ese me recuerda diariamente que mi sueño está muy lejos de cumplirse, sobre todo porque hace mucho tiempo que mi inspiración ha desaparecido, se ha fugado, desintegrado, evaporado y todos los sinónimos que existan.

Hace más de dos años que no escribo nada más que posts en foros como éste.

¿Por qué precisamente dos años? Aquí empieza lo bueno.

Hoy hace exactamente dos años que no tengo relaciones de ningún tipo: ni amorosas, ni sexuales, ni siquiera platónicas. Incluso me cuesta tener fantasías cuando me masturbo porque me parecen tan improbables que en lugar de excitarme, me deprimó.

A mi alrededor, mis amigas de toda la vida han comenzado a mudarse con sus parejas, a casarse, a tener hijos e hipotecas y yo sigo sola. ¡Por Dios, debo ser la única española que desearía tener una hipoteca!

Supongo que os preguntaréis cómo es posible que no tenga contacto físico con ningún hombre desde hace dos años.

La culpa la tiene el tipo del que estaba enamorada y que me puso los cuernos con mi mejor amiga para después abandonarme como a un perro en una gasolinera. ¿Típico, no? Falta la guinda del pastel.

Pocos días después de que él me dejara, mientras me zampaba botes de litro de helado y veía películas románticas en mi sofá, llorando a moco tendido, noté que algo no iba bien... Ahí abajo. El muy cabrón me había dejado un regalito: La gonorrea.

Ahora estoy totalmente curada, por cierto, pero semejante experiencia me dejó más tara que una simple ETS. Estoy todavía en fase de larva, pero sé que pronto mi metamorfosis estará completa y evolucionaré hasta convertirme en una prematura vieja amargada que vive rodeada de gatos y que ocupa su tiempo en hornear magdalenas que luego tira a la basura porque no tiene a nadie a quien dárselas para que se las coma.

Sí, ese es un futuro probable para mí. Lo que me lleva a hablar de mi familia. O de la ausencia de una familia, más bien.

Soy hija única de unos padres bastante alejados de la normalidad. Cuando era adolescente mis padres eran los que salían de fiesta cada fin de semana, los que se emborrachaban, los que fumaban porros y hacían otras muchas cosas ilegales mientras yo me quedaba en casa leyendo, estudiando y bebiendo zumos. Ahora que se han jubilado, se han comprado una caravana y viven en campings mientras recorren el mundo. Me mandan una postal desde cada lugar que visitan, sólo eso desde hace seis meses.

Imagino que uno de los requisitos de un auténtico fracasado es vivir con sus padres, pero me gustaría que reconsideraseis este cliché social.

Sí, vivo sola pero mis padres nunca compraron la casa donde me crié, la alquilaron.

Ahora que se han ido con su caravana, es evidente que el alquiler recae

únicamente sobre mí y ¿Sabéis qué? No puedo pagarlo con mi miserable sueldo de secretaria.

Ahora tengo que buscar compañero de piso, como una hippie. Soy una adulta y me veo obligada a vivir como una estudiante para no perder la casa de mi infancia.

No me gustaría despedir así mi candidatura a Fracasada Nº1 sin comentar, brevemente, mi tendencia congénita a la mala suerte, la torpeza crónica que me obliga a hacer el ridículo allá donde voy y la excesiva timidez que me caracteriza y que dificulta gravemente mi socialización.

Con todas estas maravillosas cualidades creo que soy una candidata perfecta para participar, sino ganar, este concurso. Espero sus votos... O quizá no, no lo sé».

Sin pararme a pensarlo más, presiono el botón de enviar.

Bien, ahora ya está hecho. No sé si esto puede ser bueno o malo para mi autoestima, supongo que todo depende de si gano o no ese estúpido concurso.

Con un suspiro cierro la tapa de mi ordenador portátil y me dispongo a ir a la cocina para prepararme un sándwich cuando el timbre de la puerta me sorprende en mitad del pasillo, haciendo que cambie mi rumbo.

—¿Quién es? —Pregunto a través del intercomunicador. —Hola, vengo a ver la habitación en alquiler —dice una voz femenina y profunda desde el otro lado.

Al instante, otra voz mucho más aguda y chillona se impone a la primera.

—¡Yo también! —Grita la segunda.

—Sólo tengo una habitación en alquiler —replico. —Yo he llegado primero —dice la voz grave.

—¡No es verdad! Hemos llegado a la vez —repite la aguda.

—Está bien, subid las dos y ya veremos cómo lo solucionamos —decido, y les abro la puerta de abajo.

Apenas un minuto más tarde, el ascensor se abre en la quinta planta (que es donde vivo) y aparecen ante mí dos chicas, a cual más estrambótica.

Las hago pasar a ambas al salón, dispuesta a comenzar con la entrevista que tengo preparada, cuando una de ellas, la de la voz profunda, habla.

—¿No sería mejor que primero nos enseñaras la habitación? —Propone.

No lo había pensado, daba por hecho que cualquiera que viese mi casa, querría quedarse.

—Está bien, perdona —me disculpo.

Tímidamente las guío a través del pasillo. Les muestro la cocina, el cuarto

de baño y la sala de estar antes de llegar a la habitación de mis padres. La habitación que puse en alquiler.

—Es muy grande —dice alegremente la chica de la voz aguda.

Me detengo un momento a observarla. Viste de un modo tan extraño que me cuesta describirlo.

Su vestido es como una mezcla entre uniforme de colegiala sexy y atuendo de condesa del siglo XVIII. Lleva además unas medias con lazos y una diadema con una enorme flor de tela.

Su aspecto físico también es digno de mención: su pelo es rubio y lleno de tirabuzones perfectamente colocados, tanto que me pregunto si habrá ido de propio a la peluquería; tiene la piel muy blanca y lisa y su maquillaje me recuerda al de las geishas, sin embargo lo que más llama la atención son sus ojos. Lleva lentillas, es evidente, pues el color de sus iris es tan verde que no puede ser natural. Entonces me mira y me sonríe con un aire infantil que me resulta agradable.

—Tienes una casa preciosa —dice.

—No seas pelota, Ricitos de Oro —interviene la otra chica.

Ahora me fijo en ella. No pueden ser más diferentes, como la noche y el día. Si la rubia es el día, claramente la otra es la noche. Noche cerrada y sin luna, diría yo.

Es altísima, aunque supongo que sus tacones de siete centímetros ayudan en eso, y desprende confianza y seguridad en sí misma. Tiene el pelo largo, liso y negro como el carbón, sus ojos son muy oscuros y están rodeados por unas pestañas tan densas que parecen falsas, aunque no lo son. Su piel es más morena que la de la chica rubia, pero tan deslumbrante y tersa como la suya y tiene unos labios gruesos, muy sensuales, pintados de rojo pasión. Su atuendo, al contrario que el de la rubia, es moderno y actual, aunque quizá un poco provocativo para mi gusto. Lleva una camisa roja ceñida con varios botones abiertos estratégicamente sobre su pecho, tal vez una copa C; falda negra de tubo, bajo la que asoman unas piernas bien formadas, y los ya mencionados tacones altos.

—¿Podemos pasar ya al salón? —Digo, preguntándome cuál de las dos sería más adecuada para vivir conmigo. Vamos.

Una vez han tomado asiento en el sofá y les he ofrecido algo de beber, comienzo con mi entrevista.

—Lo primero es lo primero —digo—. ¿Cómo os llamáis? —Nerea — responde solamente la morena.

—Yo soy Hana Sakurai —contesta la rubia.

Mi cara debe expresar la estupefacción que siento, porque enseguida procede a explicar su extraño nombre.

—Es como me gusta que me llamen, aunque no sea mi verdadero nombre, es mi identidad en internet —dice— Trabajo y me relaciono con la gente en la red, de modo que Hana Sakurai es mi nombre ahora.

—¿En qué trabajas? —Me puede la curiosidad.

—Soy ilustradora —responde—. Tengo una página web donde vendo mis obras y varios blogs de diseño gráfico. Además de todas las comunidades a las que pertenezco por diversión.

—Vaya... —Es lo único que se me ocurre contestar.

—¿Por diversión? —Interviene Nerea, la morena—. ¿A qué te refieres?

—A mis aficiones —contesta Hana—. Por ejemplo, soy presidenta de la Asociación Juvenil de Manga, Anime y Cultura Asiática de la ciudad. Se llama AMACA.

—¿AMACA? —Ríe Nerea, y lo cierto es que yo tengo que hacer muchos esfuerzos para no seguirla.

Estáis invitadas a nuestras reuniones y actividades siempre que queráis —declara, ignorando deliberadamente nuestra burla.

—Y tú, Nerea —me dirijo a la morena—. ¿A qué te dedicas?

—Soy enfermera —contesta.

A pesar de que mantengo el silencio durante unos segundos, Nerea no sigue hablando, de modo que paso a formular mi siguiente pregunta.

—¿Por qué queréis vivir aquí?

—Hasta ahora vivía con mi novio en un estudio, pero hemos roto —declara Hana que, sorprendentemente, no parece nada afectada por su ruptura.

—El alquiler es más barato que mi piso actual y me han bajado el sueldo en el curro —dice Nerea—, además no soporto a mi compañera, es estúpida.

—Ya... —Baluceo—. Pues el problema es que yo sólo tengo una habitación.

—Por favor, escógeme a mí —exclama entonces Hana, levantando la mano y dando saltitos en el asiento del sofá como si lo que pretendiese en realidad fuese que la profesora le permitiera decir la lección.

—¡Venga ya! Yo necesito mudarme enseguida —replica Nerea—. No podré pagar el próximo mes en mi actual piso.

—Y yo no quiero tener que ver a mi ex-novio constantemente —contesta

Hana—. Además, soy muy buena compañera de piso.

—¡Yo también lo soy! No me meto en la vida de nadie. —Yo hago tartas.

—¡Pelota!

—¡Bueno, basta ya! —Exclamo, molesta por tanto alboroto—. Tomaré una decisión y os llamaré.

—Pero...

—No es justo —protesta Nerea—, no puedes tenernos en vilo, la solución a nuestros problemas depende de ti y ni siquiera te conocemos.

—Eso, eso... —La apoya Hana.

Me he perdido. ¿En qué momento han dejado de discutir entre ellas y se han aliado contra mí?

—Pues es todo lo que puedo ofreceros —replico—. Prometo que os llamaré esta tarde.

Las dos reflexionan durante un momento e intercambian miradas pensativas antes de responder.

—De acuerdo —acepta Nerea—. ¡Esta tarde, sin falta! Yo asiento.

Entonces Hana se acerca a mí y agarra el dedo meñique de mi mano derecha con el suyo, los sostiene frente a nuestros ojos y murmura.

— *Yubikiri* —dice. Después procede a explicarse—. Es una promesa de meñique. Significa que si no la cumples tendrás que tragarte mil agujas.

Me pregunto de dónde saca semejantes tonterías, pero digo nada. Sólo asiento de nuevo y me preparo para una de las decisiones más importante que he tomado en mucho tiempo.

«Por si mi propuesta para ser nombrada la mayor fracasada de la red no fuese suficiente emoción por hoy, he tenido que entrevistar a dos de las personas más raras que he visto en mi vida para ser mi compañera de piso. No me queda más remedio que elegir a una de ellas ya que no puedo buscar a nadie más porque necesito, realmente necesito, alguien con quien compartir gastos.

Ahora me debato entre abrir las puertas de mi casa a una niña de seis años atrapada en el cuerpo de una chica que parece salida de una serie de dibujos animados japoneses o a una femme fatale con aire vanidoso y reservado que está tan buena que, sin duda, minará cada día más mi autoestima.

Lo peor es que no sé a cuál de las dos elegir porque parecen tener problemas y... Si yo puedo ayudarles, debería hacerlo ¿No?...

En fin, seguiré posteando... Corto y cierro».

## Capítulo 2: Locura Transitoria

»Cecilinah comenta: He votado por ti, Sara. Lo de la gonorrea era lo último que esperaba. ¡Qué malo tu ex!

»Por\_una\_sonrisa comenta: Yo creo que el amor está a la vuelta de la esquina, sólo tienes que tener un poco más de paciencia y tus días de fracasada habrán terminado.

»Cansado\_D\_todo comenta: Ya veremos quién gana. Yo también me he presentado.

Al parecer he causado furor en el concurso de fracasados del foro.

Hace dos días que escribí y envié el post de candidatura y ya tengo 36 votos, voy la primera, aunque el tal Cansado\_D\_todo me sigue muy de cerca... Menos mal.

—¡Sara-chan! —Escucho la voz de Hana llamándome desde el salón.

Sí, ahora vivo con Hana... Bueno, también con Nerea. Vivo con las dos porque no pude elegir. Después de pasar el resto de la tarde del sábado reflexionando sobre el tema, sólo pude llegar a la conclusión de que no podía elegir a una de ellas porque eso conllevaría descartar a la otra.

De modo que empecé a ver la situación desde otra perspectiva.

En esta casa hay habitaciones de sobra y, teniendo un salón. ¿Para qué se necesita una sala de estar?

Decidí que a partir de ese momento, la sala de estar con su cómodo sofá, su cama-nido y su amplio armario empotrado sería el lugar perfecto para Hana y sus pomposos vestidos. La habitación de mis padres fue asignada entonces a la enfermera sexy, Nerea.

Hoy es su primera noche aquí y me han obligado a permanecer en mi habitación una hora entera alegando que tenían una sorpresa para mí.

Es evidente por el olor, el ruido y los comentarios en voz alta que llegan desde la cocina, que me están preparando la cena. Sin embargo, para no parecer una sosa aguafiestas, me hago la sorprendida cuando entro en el salón con los ojos cerrados y los abro ante una mesa decorada con velas rosas, manteles de plástico de *Hello Kitty* y platos de papel que contienen comida de todo tipo.

Hay una ensalada, un tipo de rollo de carne rebozado y pasta. Lo cierto es

que todo tiene muy buena pinta y la idea de los platos de papel es un detalle. No tendré que fregar.

En ese momento, Nerea entra en el salón llevando entre manos tres copas de plástico y una botella que parece, si no veo mal, cava rosado. ¡Han comprado cava!

—Chicas, no tendríais que haberos molestado —declaro. La verdad es que es todo un gesto.

—¡Claro que sí! —Responde Hana—. Queremos darte las gracias por no dejarnos en la estacada.

—Además, la convivencia hay que empezarla con buen pie — añade Nerea.

—¿Con buen pie? —Pregunto.

Ella me entrega una copa y la llena de espumoso y dulce líquido rosado mientras me sonrío.

—Con una cena y algo de alcohol todo entra mejor —dice, guiñando un ojo.

Lo cierto es que me cuesta un buen rato comprender el doble sentido de sus palabras. ¡Vaya!

Al día siguiente, martes laborable, el despertador me saca de mis ensoñaciones a las siete, como cada día. Con la tontería, anoche bebí casi la mitad de esa botella de cava y, aunque no estaba borracha hoy me siento algo... tambaleante.

Darme una ducha me cuesta un poco más de la cuenta esta mañana y cuando salgo, ya completamente arreglada para ir a trabajar, casi no me queda tiempo para el desayuno.

Entro en la cocina como una exhalación y me encuentro a Hana sentada a la mesa tomando un café.

—Ohayou Sara-chan —me dice.

—¿Cómo?

—Significa “buenos días” en japonés —explica.

—Ah... Buenos días —respondo. Tendré que aprender japonés para poder comunicarme con ella.

—He cogido un poco de tu café, espero que no te importe — dice—. Hoy tengo el día libre así que iré a hacer la compra.

—No pasa nada, mujer —replico tratando de ser amable—. Sírvete tú misma.

—*Arigatoo* —exclama, después añade—. Significa “gracias”. Le regalo

una sonrisa mezcla de curiosidad y confusión y me fijo en su aspecto mientras doy sorbos a mi café.

Como imaginaba, el color real de sus ojos es castaño claro y en pijama parece una chica mucho más normal, aunque su pijama esté lleno de lazos de satén y lleve unas enormes zapatillas con gatos de peluche en la punta. Me cae bien, es rara pero en el buen sentido.

—¿En qué trabajas, Sara? —Me pregunta.

—Soy secretaria en una empresa de tarjetas.

—¡Qué guay! —Contesta con entusiasmo.

No entiendo muy bien qué le parece tan genial, pero su buen humor es contagioso.

En ese momento, la que faltaba entra en la estancia. Y la forma en que lo hace nos deja a Hana y a mí anonadadas.

Nerea se pasea por el piso como su madre la trajo al mundo y parece no importarle en absoluto. Bueno, he de matizar que bragas sí lleva, pero eso es lo único que lleva.

—¿Qué bicho os ha picado? —Nos pregunta.

—Estás desnuda —digo, aunque creo que es evidente.

—No estoy desnuda.

—Pues en *topless*.

—¿Y qué? —Pregunta mientras se sirve café—. No tengo nada que vosotras no tengáis.

—Bueno, yo diría que nosotras no tenemos ese... volumen —apunta Hana quien, habiendo superado la sorpresa inicial, parece divertirse con la situación—. Pero en esencia, es verdad.

—¿Son operadas? —Quiero saber.

Es embarazoso, pero no puedo dejar de mirar sus pechos. Son tan redondos y perfectos que es como si pudiesen hipnotizar.

—¡No! —Replica Nerea ofendida—. Son 100% naturales, ¿quieres tocarlas?

—No, no es necesario.

—¡Yo sí! —Declara Hana y, acto seguido, se levanta y pone una de sus blancas y finas manos en el escote de Nerea.

El momento es de lo más surrealista para mí. Sin embargo se torna más extraño todavía cuando una voz masculina entra por la ventana abierta de la cocina.

Desde el edificio de enfrente dos tipos nos miran. La estampa me

recuerda a una excursión que hice al zoo en la que vi a dos babuinos encaramados a los barrotes de su jaula, sacando la lengua y gritando como locos.

—¡Eh, yo también quiero tocar! —Exclama uno de ellos.

—¡Qué par de tetas! —Brama el otro.

Sin ningún tipo de pudor, Nerea se acerca entonces a la ventana y, tras regalar a esos dos babosos un primer plano de lujo, la cierra en sus narices.

—Cuando aprenderá la gente que lo normal es estar desnudo —murmura, después se sienta junto a Hana para desayunar. Tardo un poco en reaccionar, pero cuando finalmente lo consigo me despido de ellas y me encamino a la parada del autobús que me lleva hasta la oficina.

Odio el autobús, sobre todo lo odio cuando no encuentro sitio donde sentarme o cuando algún amable ancianito me obliga a cederle mi asiento. Ya sé que esto puede sonar poco cívico por mi parte, pero tengo mis razones... Ya es difícil que mi cuerpo mantenga el equilibrio en suelo firme, de modo que en una plataforma móvil resulta casi imposible.

Por suerte consigo llegar a la oficina sin incidentes y saludo a Candela, mi única compañera femenina en el trabajo. No me cae bien, pero una se acostumbra cuando no tiene nada mejor a mano.

—Hola niña —me saluda, es mayor que yo y eso le hace creerse superior a mí, más madura y experimentada—. Llegas justo a tiempo. El jefe está preparando la reunión para la presentación de la nueva colección y la cafetera se ha estropeado. ¿Podrías bajar a la cafetería de la esquina y traer unos cuantos cafés?

—¡Pero ese no es mi trabajo! —Protesto.

—Vamos... Yo cogeré tus llamadas si es necesario —insiste Candela.

Me pregunto por qué narices no puede ir ella a por los malditos cafés, pero no quiero discutir de modo que cojo mi bolso y me dirijo al ascensor.

Supongo que al menos me devolverán el dinero que cuesten.

En ese momento, mientras espero pacientemente a que el ascensor llegue al tercer piso del edificio —que es donde se encuentra mi oficina— alguien se detiene a esperarlo junto a mí.

Lo miro y compruebo que se trata de Abel, el contable. Es un tipo de lo más extraño, aunque es joven, quizá unos treinta, es la persona más introvertida y apática que he conocido en mi vida.

Llevo dos años trabajando con él y nunca hemos cruzado una palabra más allá de los saludos de cortesía.

—Buenos días —murmura entonces con un hilo de voz.

Hoy viste más o menos como siempre, con una camisa abotonada hasta arriba, una corbata bastante anodina y pantalones de pinzas de un muy poco favorecedor color caqui. Para completar su aspecto típico de los ratones de biblioteca o los "calculines" como él, lleva esas eternas y anticuadas gafas que no dejan ver sus ojos.

En realidad es un hombre que podría considerarse guapo, al menos si supiera sacar más partido a su físico. Es una pena que a primera vista Abel tenga tan poco éxito porque secretamente pienso que una mujer en su vida le vendría muy bien.

Dejo a un lado mis divagaciones sobre el contable cuando el ascensor por fin llega a tercero y se abre, permitiéndonos entrar a ambos.

No me gustan nada los ascensores, me producen un poco de angustia, pero este es espacioso y el viaje es corto de modo que lo soporto bastante bien.

Presiono el botón de la planta baja mientras dirijo a Abel una cordial sonrisa. Él baja los ojos al suelo y comienza a dar golpecitos con el pie sobre la moqueta del suelo del ascensor. Las puertas se cierran y el aparato comienza a descender cuando, de pronto, algo ocurre.

Escucho un desagradable ruido metálico e inmediatamente después, una sacudida detiene la cabina de golpe entre el primer y el segundo piso.

—¿Qué pasa? —Quiero saber, confusa.

Abel carraspea a mi lado y se acerca con timidez al panel de mandos para presionar repetidamente el botón de la planta baja. Al ver que no da resultado, pulsa un botón con la imagen de una campana. Enseguida, el sonido de una alarma resuena por todas partes.

—¡Hola! —Grita una voz desde algún punto por encima de nuestras cabezas—. ¿Quién está ahí?

—Nos hemos quedado atrapados —contesta Abel. Nunca le había oído hablar tan alto, y eso que no está gritando.

—Tratad de abrir la puerta —dice el extraño que está fuera—. Quizá podáis salir por algún hueco.

Abel se vuelve hacia mí y me tiende una carpeta.

—Disculpa, ¿puedes sujetarla un momento? —Pregunta.

Yo la cojo, comenzando a sentir un sudor frío por la espalda y a respirar con dificultad. Si no salimos pronto de aquí, me dará un ataque de pánico.

No sin esfuerzo, Abel consigue abrir un resquicio de la puerta metálica,

sólo para comprobar que nos hallamos suspendidos en esa caja de acero y madera justo en medio de dos pisos. Lo único que podemos ver tras la puerta es una pared de cemento.

Y aquí está... Aquí llega el pánico.

Sin poder evitarlo, la carpeta llena de papeles que Abel me había pedido que guardara, se me cae al suelo mientras yo me agarro a la pared, tratando de no desmayarme. Mi respiración es rápida y superficial y pronto comienzo a resollar ruidosamente.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —Me pregunta Abel.

—Soy... claustrofóbica —consigo balbucear.

—Tranquila, nos sacan ahora —dice él, tratando de apaciguarme—. Aguanta un minuto.

Con ayuda de la dichosa carpeta él comienza a abanicarme, pero eso no me ayuda.

—¡Socorro! —Grito, comenzando a desesperarme—. ¡Quiero salir de aquí!

—Cálmate, por favor —me pide Abel, confuso por mi reacción.

—No... puedo... calmarme —le respondo a voz en grito—. Tengo que salir... No puedo respirar.

Entonces comienzo a golpear la pared, como si eso fuese a solucionar algo. El corazón me late a toda velocidad y tengo la terrible sensación de que no hay oxígeno. Voy a desmayarme, pero aún tengo fuerzas para dar golpes a la pared. Al menos hasta que Abel me agarra y me obliga a detenerme. Me hubiera gustado pegarle también a él, pero me desmayo antes de poder hacerlo.

«No sé por qué sigo escribiendo aquí, no sé por qué continúo contando las cosas que me pasan en este foro como si eso solucionase algo en mi vida.

Bueno, es cierto que cuando recibí los primeros comentarios y supe que había alguien que me leía me sentí un poco mejor...

Sí, puede que sea algo bueno al fin y al cabo.

Hoy, desde luego, NECESITO sentirme mejor porque ha sido uno de los peores días de mi vida.

No ha tenido nada que ver con los problemas en el piso, eso ya lo solucioné. Ahora vivo con las dos chicas de las que hablé en el último post. No pude elegir entre ellas, de modo que las acepté a ambas y lo cierto es que me caen bien.

Las voy a llamar H y N.

H es una persona alegre y eso me gusta, aunque a veces no la entiendo cuando habla. Sobre N... no sé muy bien cómo describirla, es independiente y algo intimidante. Además se pasea desnuda por la casa.

Pero bueno, me estoy yendo por las ramas, yo quería hablar de mi desastroso día.

Todo ha empezado cuando he ido al trabajo y la estúpida de mi compañera, a la que voy a llamar *La Jeta* porque es una caradura, me ha pedido que fuese a por cafés para el jefe. He cogido el ascensor ya que es lo que hago normalmente y se ha estropeado conmigo y con un compañero dentro.

No hubiese sido tan malo si yo no sufriese de claustrofobia. En resumen, terminé con un ataque de pánico, el cual me hizo desmayarme en los brazos de mi compañero, y con heridas en las manos por golpear la pared como una loca psicótica.

No sé qué imagen tendrá el pobre de mí ahora. Nunca hemos sido amigos, pero imagino que ya no querrá ni acercarse a mí después de verme trastornada y gritando como un cerdo al que llevan al matadero. ¡Qué vergüenza!

Espero que esta sea la última vez que escriba en este foro. No sé, parece que esté haciendo campaña para ganar el concurso de fracasados. No es mi intención, de hecho es todo lo contrario.

¡No me votéis! Ya tengo bastante con días como hoy».

# Capítulo 3: Otro momento incómodo

»Pitágoras28 comenta: Seguro que tu compañero entiende tu reacción. Quedarse atrapado en un ascensor es muy estresante, y más si se tiene claustrofobia.

»Por una sonrisa comenta: ¡¡Ohhh! Parece una escena de una película romántica. ¿Es guapo ese compañero tuyo? »Cecilinah comenta: La próxima vez, yo que tú cogería las escaleras...

El resto de la semana en la oficina fue de lo más molesta.

Todo el mundo me vio salir de aquel ascensor con la cara desencajada y sollozando como una niña con una rabieta. Nadie se privó de comentarlo en voz alta alguna vez durante los días siguientes, como si yo me hubiese vuelto loca y de alguna manera no pudiese oír sus burlas a dos metros de distancia.

Tal y como esperaba Candela, alias *La Jeta*, se convirtió en la difamadora número uno a mis espaldas mientras que, frente a mí, decía que no me tomase de forma personal los comentarios de la gente, que no tenía nada de qué avergonzarme. ¿¿Se puede ser más falsa!?

Sin embargo y para mi sorpresa, Abel, mi compañero de desgracias, se acercó a mí al día siguiente del incidente para preguntarme cómo me encontraba. No niego que fue agradable que alguien me hablase de forma amable, sin forzar una sonrisa ni guardar las distancias por miedo a que me pudiera dar otro ataque de locura.

—¿Sabes? Yo te entiendo porque también tengo una fobia —me dijo Abel.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

Ante mí, él se puso rojo como un tomate y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz antes de responder.

—A las mariposas —dijo.

No pude evitarlo. Rompí a reír a carcajadas, tanto que terminé llorando. Abel, sorprendiéndome de nuevo, no sólo no se molestó sino que se rió conmigo durante un rato como si fuésemos amigos de toda la vida y acabásemos de contar un chiste realmente gracioso. Me sentí muy bien.

Ahora mismo, recordando esa conversación, sonrío en la oscuridad de mi habitación.

Es sábado por la mañana y comienzo a plantearme la idea de sacar los pies de debajo de la manta, ponerlos sobre el suelo y caminar hasta el baño porque necesito evacuar.

Es un fastidio, si no fuera porque tengo la vejiga a punto de reventar, volvería a dormirme y a soñar con alguno de esos maravillosos hombres que me visitan mientras duermo y me proporcionan aquello que en la vida real se me niega sistemáticamente.

En el mundo de mis sueños tengo tres pretendientes. Está el dulce galán que me invita a cenar, me llena de elogios y me da masajes frente a una chimenea de estilo rústico mientras suena de fondo alguna balada romántica.

También el amante salvaje con irresistible atractivo sexual que protagoniza mis sueños húmedos.

Y por último el chico simpático y divertido que me hace reír y sentirme feliz al despertar.

Es una pena que no exista el hombre perfecto mezcla de estos tres.

Decido que es hora de dejar de hacer el vago y me levanto de un salto antes de perder el control de los esfínteres y hacérmelo encima.

¡Mierda! Hay alguien duchándose en el baño. En serio, voy a reventar.

Barajo la posibilidad de aliviarme en la pila de la cocina, pero después recuerdo a la pareja de pervertidos de enfrente que, desde que vieron a Nerea y a sus "gemelas", se asoman a la ventana cada mañana con la esperanza de volver a verla.

No, prefiero entrar en el baño aunque pueda resultar incómodo.

Doy un par de golpes a la puerta, pero el sonido de la ducha acalla mi llamada y aumenta mis ganas de hacer pis.

—¡Hola! —Exclamo a la puerta—. ¡Voy a entrar! Lo siento.

Sin esperar permiso, entro a trompicones y me bajo las bragas a una velocidad récord. El desahogo que siento al poder vaciar por fin mi vejiga es mayúsculo, incluso suelto un suspiro aliviado.

De pronto, tras la cortina de la ducha, escucho un gemido agudo seguido de un ruido, como si alguien se moviese bruscamente en la bañera. Me cuesta un momento entender lo que pasa, pero cuando por fin alcanzo mi epifanía, un largo gemido extasiado confirma mis sospechas.

¡Alguien se lo está montando en mi bañera!

Rápidamente, agarro el papel de baño y me limpio, dispuesta a salir de

ahí lo más silenciosamente posible y hacer como si no hubiese oído nada. Sin embargo, la voz de Nerea me sorprende en mitad de mi maniobra de retirada.

—¡Sara! —Exclama—. ¿Qué haces aquí?

Me vuelvo hacia ella e inmediatamente me arrepiento de haberlo hecho.

Entre las piernas abiertas de Nerea hay un tipo musculoso que la sostiene contra la resbaladiza pared de la ducha como si pesase menos que una pluma. Me resulta una escena demasiado impactante.

—Lo siento —consigo balbucear con las mejillas ardiendo—. La próxima vez cierra con llave.

Huyo de allí, avergonzada, cuando en realidad es ella quien debería estarlo. Deduzco, por las risas que salen del baño, que no siente ningún tipo de pudor por haber sido descubierta en pleno acto carnal. No sé... Es nudista, libertina y obscena, quizá también sea exhibicionista.

Había pensado en ir a la cocina para desayunar, pero mi apetito se ha esfumado, de modo que decido regresar a mi habitación cuando me percató de que en la sala de estar (la habitación de Hana) se escucha música.

Me acerco y llamo a la puerta antes de pasar. Me sorprende ver lo diferente que luce la habitación sólo una semana después de la llegada de Hana. Ahora las paredes se encuentran llenas de dibujos, pósters y fotografías muy coloridas, el sofá está cubierto por muñecos y peluches y hay objetos de lo más pintorescos en cualquiera de las superficies lisas de la estancia.

Desde el ordenador portátil rosa de Hana sale una melodía pegadiza con letra en un idioma extraño. Supongo que será japonés.

—*Ohayou Sara-chan* —me dice, como ha hecho cada mañana desde que nos conocemos.

—*Ohayou* —le respondo, ella me sonrío.

—¡Muy bien! Aprendes rápido.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunto, deseando entablar una agradable conversación con ella y así poder olvidar lo presenciado en el baño.

—Estoy catalogando unos cómics en mi tienda online para poder venderlos —responde.

—¡Ah! ¿Vendes cómics?

—Sí, y merchandising de todo tipo.

—¿Y qué estás escuchando? —Quiero saber. Para ser sincera, la canción no suena mal, aunque no entienda absolutamente nada de su letra.

—Es un opening de una serie anime —explica, y ante mi expresión confusa añade—. Dibujos animados.

—¿En serio? —Lo cierto es que, de alguna manera, me interesa lo que Hana me cuenta.

—Sí, algunas canciones son muy buenas —explica ella—. Seguro que las conoces de cuando éramos niñas.

No puedo creer que vaya a decir esto.

—¿Me las enseñas?

La aniñada cara de Hana se ilumina con una sonrisa.

—¡Claro! Y si quieres te las paso al móvil.

Paso el resto de la mañana escuchando a Hana hablar de sus extrañas aficiones y de su trabajo como ilustradora y diseñadora gráfica. Termina mostrándome sus dibujos y lo cierto es que son asombrosos.

—Tus dibujos son muy buenos —le digo sinceramente—. ¿Te ha planteado alguna vez ilustrar tarjetas de felicitación? Con tu trabajo, estoy segura de que mi empresa despegaría como un cohete.

Es una broma, por supuesto. Resulta evidente que una simple secretaria como yo no tiene ni voz ni voto en los asuntos de la empresa. Pero estoy segura de que Hana y sus diseños se convertirían en un gran activo para ellos.

—Me encantaría, pero ahora mismo ya tengo un trabajo — responde ella.

Es increíble que, incluso cuando Hana dice que no, te hace sentir como si dijese que sí.

Me dispongo a salir de la habitación en busca de mi reproductor de música cuando, en ese momento, Nerea abre de golpe la puerta, envuelta (por suerte) en una toalla, y me mira.

No parece enfadada.

—Sara, mi amigo me ha dicho que si quieres, nos montamos un trío — declara con una pícaro sonrisa—. ¿Te apuntas?

«Vaya, aquí estoy, escribiendo de nuevo. Creo que voy a crear mi propio foro.

Esta semana ha sido horrible en el trabajo, todo el mundo se reía de mí por el asunto del ascensor y yo no he podido hacer nada. Aunque he de admitir que, para variar, no todo ha sido malo... Parece que ahora el compañero que se quedó atrapado conmigo y yo compartimos una suerte de amistad.

A partir de ahora le llamaré A.

A es más amable de lo que parece, con ese aspecto tan estirado, y a veces incluso puede llegar a ser gracioso...

Me dijo que me comprendía porque él tenía fobia a las mariposas. ¡A las

mariposas! ¿Quién tiene miedo de las mariposas? (Risas)

Cambiando de tema, esta mañana me ha pasado algo de lo más incómodo. He tenido que entrar al baño mientras mi compañera de piso (N) se estaba duchando. No me ha quedado más remedio, no podía aguantar las ganas de hacer pis.

Pero ¿Sabéis qué? No estaba sola en la bañera. Un tío que parecía más bien un armario ropero le estaba haciendo compañía... Entre otras cosas. ¡Casi me da un ataque! Y por si esto fuese poco, después N ha venido a proponerme que hiciésemos un trío... Lo peor es que no parecía estar de broma.

Me he terminado escondiendo de ella y del musculitos en la habitación de H, mi otra compañera, y he pasado varias horas con ella escuchando música de dibujos japoneses y hablando de su trabajo. (Es ilustradora, y muy buena por cierto) La verdad es que la charla con H me ha ayudado a conocerla mejor y a mirar sus excentricidades de otra manera.

¡Hay que ver cómo cambian las opiniones con una simple conversación!

En realidad, si lo miro con perspectiva, mi semana no ha sido tan horrible al fin y al cabo. ¡Quizá tenga que retirar mi candidatura para el concurso de fracasados!».

# Capítulo 4: Una visita inesperada

«Supongo que si estáis leyendo esto es porque de algún extraño modo os interesa lo que cuento y habéis decidido seguir este blog que los administradores del foro me han sugerido abrir (En serio, es posible que estéis peor que yo si os parecen tan fascinantes las cosas que cuento)

Pero lo cierto es que no voy a cuestionaros, ya que soy una persona con problemas de autoestima y cuando alguien me presta alguna atención tiendo a hacer todo lo posible por mantenerla (me disculpo por eso)

Así que... Bienvenidos a mi blog, a mi rincón cibernético, al que he bautizado *FracaSara-Land*.

Si os preguntáis por qué he aceptado continuar escribiendo en mi propio sitio web, aparte de por mi patológica necesidad de aprobación por parte de los demás, os diré que he descubierto lo terapéutico que puede ser esto, y justo ahora mismo es cuando más necesito de terapia.

¿Por qué? Porque mis queridos padres han decidido que casi siete meses era demasiado tiempo sin saber nada de su única hija y se han dejado caer por aquí para hacerme una visita.

Algunos pensaréis: ¡Eso es estupendo! ¿Ves? Tus padres te quieren.

Sí, es cierto que me quieren de alguna singular y retorcida manera, pero la cruda realidad es que no desaprovechan nunca la oportunidad de practicar su pasatiempo favorito: Ponerme en ridículo».

Es viernes y tenía unas ganas locas de terminar la jornada de trabajo para perder de vista la oficina por unos días. Cansada física y mentalmente decido coger el autobús en lugar de caminar.

Abel, mi nuevo amigo del trabajo, me despide con la mano desde la puerta del edificio.

Es raro... Parece que hay algo así como complicidad entre nosotros, a pesar de que nuestras conversaciones son meros intercambios de saludos, apreciaciones acerca del tiempo o de la marcha de la empresa y que pocas veces incluyen comentarios más íntimos de lo habitual, como la expresión de gusto o desagrado por algo.

Sin embargo, aunque los dos somos personas solitarias casi siempre estamos juntos, en silencio. Sé que suena mal pero en realidad para mí es

algo agradable, son momentos que me hacen más llevadero el día. De hecho, me resultan mucho más incómodas las veces en que Candela me arrincona en un pasillo y se empeña (muy a mi pesar) en contarme sus idas y venidas como si fuese un aspersor escupiendo palabras en vez de agua. ¡Maldita zorra con verborrea!

Con estos pensamientos pululando por mi cabeza me doy cuenta de que el autobús ha llegado.

¡Bingo! Hay un asiento libre al fondo y ningún anciano ni mujer embarazada a la vista.

Aliviada me acomodo en él y decido pasar el trayecto escuchando la música que Hana metió en mi Mp3. Aunque no entiendo ni una palabra de la letra, alguna de esas canciones me recuerda mi infancia. Por ejemplo ésta, es la sintonía de Heidi.

En ese momento levanto la mirada de la pantallita luminosa de mi reproductor mp4 para encontrarme con un chico que se ha detenido justo frente a mí y me mira agarrado a la barandilla vertical del pasillo.

¡Es guapísimo! Un adonis, un modelo de Armani, ¡Míster Mundo! Y lo mejor de todo: Me está sonriendo.

Roja como un tomate, le devuelvo la sonrisa. Vaya... Esto no me había ocurrido nunca.

Pasan unos minutos en los que él me mira, yo le miro y nos sonreímos. De pronto, se inclina hacia mí y me dice algo que, con la música, no puedo escuchar, de modo que me quito los cascos y comprendo horrorizada lo que ha querido decirme sin necesidad de que lo repita.

La música (esta vez la banda sonora de *Candy Candy*) resuena por todo el autobús a través del altavoz de mi mp3. Parece que no he colocado bien los cascos.

Sin duda me encuentro experimentando uno de los momentos más bochornosos de mi vida y, deseando que la tierra se me trague, apago el aparato y me encojo en el asiento esperando que el último tramo del viaje pase pronto y pueda irme de ese lugar en el que todo el mundo me mira y sonrío con burla, especialmente el chico cañón con el que creía haber ligado.

¡Vaya ilusa! Como si un hombre como ese pudiera fijarse en alguien como yo.

Desanimada, avergonzada y muerta de cansancio, llego por fin a mi reducto privado, mi piso, sólo para darme cuenta de que todavía es posible que todo empeore.

En la entrada hay maletas y dos personas que gritan mi nombre nada más verme pasar por la puerta.

Me sorprendo al comprobar que se trata de mis padres.

—¡Cariño! —Grita mamá.

—Hola bizcochito —me saluda papá.

Ambos me abrazan efusivamente y yo no puedo evitar sentirme molesta.

—¿Qué narices hacéis aquí? —Pregunto—. ¿Ya no os quedan recónditos lugares sin cobertura que visitar?

Mi madre me mira con aire reprobatorio.

—Ya estás enfurruñada otra vez —declara, haciéndome enfadar todavía más—. Te lo he dicho muchas veces, tu aura está llena de negatividad.

Sin ganas de comenzar una pelea, me escapo de sus abrazos y corro hacia mi habitación, cerrando de un portazo.

—¡Qué hija más avinagrada tenemos! —Oigo farfullar a mi padre.

Inconscientemente, entierro mi cara en la almohada y grito con toda la fuerza de mis pulmones. Después, me siento mejor.

Tras un rato de meditación, decido salir y pedir a mis padres explicaciones por sus siete meses de completa ausencia y lo que es más importante, la razón de su visita. Pero me sorprendo al encontrarlos a ambos charlando animadamente con Nerea mientras Hana cocina la cena para todos.

—Hola Sara —me saluda Nerea desde el sofá—. Me encantan tus padres... ¡Son auténticos!

—¿Cuándo pensabas decirnos que has metido a tus amigas a vivir contigo en nuestra casa? —Pregunta mi madre.

—No lo sé... Tal vez en una de tus llamadas telefónicas imaginarias —replico agriamente.

—¡Haya paz, mujeres! —Declama papá entonces—. Lo importante es que ahora estamos todos aquí, juntos y disfrutando de la compañía de estas adorables chicas.

—Viejo verde —masculla mi madre por lo bajo. Pero después rompe a reír.

Nerea ríe también y entonces Hana aparece por la puerta, con uno de sus vestidos de muñeca de porcelana y una gran bandeja de comida en la mano.

—¡La cena está lista! —Dice—. He hecho rollitos de primavera.

—Me encanta la comida china —responde Nerea, tomando asiento en la mesa.

Apenas unos minutos más tarde, la estampa es de lo más grotesca para

mí. Como si de una feliz familia se tratase, mis padres, Hana, Nerea y yo nos encontramos compartiendo la cena y charlando animadamente. Bueno, yo sigo malhumorada y sólo abro la boca para engullir los deliciosos rollos de primavera que Hana ha preparado, pero Nerea está de lo más dicharachera.

Entonces, el Infierno se desata...

—Seguro que vosotras fuisteis unas niñas alegres —dice mi madre, dirigiéndose a mis compañeras de piso—. Sara siempre fue muy cascarrabias, desde bebé. Aunque no sé por qué me extraño, ya cuando la concebimos se mascaba la tragedia.

—¿En serio? ¿Por qué? —Pregunta Nerea, y yo siento ganas de matarla por dar rienda suelta a la gran boca de mi madre.

—Fue uno de esos raros momentos en que su padre y yo discutíamos —explica mamá—. Estuvimos toda la tarde gritándonos como endemoniados y entonces, cuando ya no teníamos nada más que decir, nos arrancamos la ropa y lo hicimos salvajemente en el sofá.

Sí, es el mismo sofá que ahora estamos mirando los cuatro.

Mi padre tiene una mueca arrogante en su cara redonda, mamá se ríe como una estúpida, mis amigas tratan de no atragantarse con la comida a causa de las carcajadas y yo... Yo me debato entre la vergüenza y las náuseas que me produce imaginar semejante escena.

—Desde ese día decidimos que teníamos que discutir más a menudo —declara mi padre.

—Sí, fue apoteósico —asegura mamá—. Pero nada adecuado, con tantas malas vibraciones en el ambiente.

—Por supuesto, nueve meses más tarde, tuvimos a Sara.

—Seguro que era una niña adorable —me defiende Hana, aunque no deja de reír.

—Era el demonio —declara mi padre, con tal decisión que incluso yo empiezo a creerlo.

—No nos dejaba dormir, lloraba a todas horas —explica la mujer que, en teoría, debería quererme incondicionalmente—. Tuve deseos de darla en adopción más de una vez.

Sé que no lo dice en serio (creo) pero empiezo a sentirme definitivamente mal con esa conversación.

—Y cuando creció un poco y empezó a hablar, nos reñía a todas horas, como si en lugar de nuestra hija, fuese nuestra madre —añade papá.

—Un día dijo en el colegio que sus padres fumaban una cosa extraña que

les hacía reír, y los estirados maestros enviaron a los servicios sociales —relata mama—. ¡Casi mato a mi propia hija!

—Menos mal que se nos había acabado la "maría" la noche anterior.

Una nueva oleada de risas. ¡Ya no puedo más!

—¡Bueno, basta ya! —Exploto, más enfadada de lo que he estado en mucho tiempo—. Se supone que unos padres deben ser responsables y sensatos, y dar buen ejemplo a sus hijos. ¡Vosotros sois un chiste!

Acto seguido, incapaz de controlarme, me vuelvo hacia mis compañeras.

—¡Y vosotras, dejad de reír! No sabéis lo que es crecer en una familia así —bramo, totalmente descontrolada—. Tenéis suerte de no ser yo.

Sin esperar a que contesten, ni siquiera aunque su respuesta sea una disculpa, me doy la vuelta y corro hasta mi habitación. Una vez dentro, cierro con llave, enciendo la radio y pongo música a todo volumen. No escucho (o mejor dicho, no quiero escuchar) los golpes a la puerta o las voces de mis padres pidiéndome que salga. ¡No! Me siento frente al ordenador y escribo.

«¿Qué puedo esperar de la vida, si crecí con unos padres dementes, inmaduros y egoístas? Casi debería dar gracias por no estar tarada del todo».

# Capítulo 5: Oportunidad de Cambio

«Esta mañana, cuando me he levantado y he encendido el ordenador, me he encontrado con algo que no sé si me levanta el ánimo o me hunde en la más absoluta de las miserias.

Sí... He ganado el Concurso de Fracasados del foro.

Soy oficialmente la mayor fracasada del mundo cibernético, y no me extraña, ya que además tengo el dudoso honor de contar con vosotros, seguidores, que ya sois más de 50 suscritos en menos de un mes.

Bueno, no sé muy bien qué consecuencias tiene a efectos prácticos para mi vida diaria, pero al menos hay algo que sí ha cambiado.

Ahora, cuando me siento frustrada, escribir me tranquiliza... No sé, quizá debería agradecerérselo, queridos lectores... ¿Gracias?».

Cuando por fin abro la puerta de mi habitación, no escucho ni un sonido en todo el piso. Miro una vez más mi reloj, comprobando que, efectivamente, son las 7, la hora en que tanto yo como Hana nos levantamos y, a veces, la hora en que Nerea llega de trabajar cuando lleva turno de noche.

De un salto, atravieso el pasillo y me encierro en el cuarto de baño. Lanzo una mirada a la ducha tan solo para comprobar que no haya nadie dentro (lo hago siempre desde la vez que encontré a Nerea con aquel tipo que la sujetaba a horcajadas contra la pared) y me dispongo a arreglarme para ir a trabajar.

No hay ni rastro de mis padres.

Se pasaron el resto del fin de semana a medio camino entre la intención de compensar su absoluto abandono hacia mí y el empeño de recordarme que no tengo sentido del humor.

Algo así como: «Vamos hija, perdónanos, ya sabes que nos cuesta entender ese carácter extraño que tienes».

Finalmente después de todo el día del sábado sin dirigirles la palabra, decidí hacer como si nada hubiese pasado. El domingo fuimos a dar un paseo y alcanzamos una suerte de reconciliación. Ellos prometieron llamarme de vez en cuando por teléfono y yo accedí a ser más abierta ante sus bromas.

Sin embargo creo que han vuelto a hacer de las suyas... Estoy casi segura de que se han marchado de nuevo a vivir aventuras con su auto-caravana sin

despedirse.

En fin... Al menos ahora mi vida volverá a la normalidad.

Cuando salgo del baño y entro en la cocina, me encuentro a Hana desayunando, como ya es costumbre. De Nerea no hay rastro.

—No ha venido a dormir esta noche —responde Hana a mi pregunta no formulada—. Supongo que estará con algún ligue.

—Ella que puede... —Replico a media voz.

—Por cierto, Sara. Felicidades.

La miro, confusa, y compruebo que me está sonriendo de una manera muy enigmática. Mi mente se pone a funcionar a todo gas. A ver... No es mi cumpleaños todavía, no he conseguido ningún ascenso y mi reconciliación con mis padres no merece felicitaciones. ¿No será...?

¿Cómo puede Hana saber que he ganado ese estúpido concurso online? ¡Era anónimo!

—Hace poco que entré en el foro —revela ella—, pero enseguida supe que eras tú. Era evidente.

—Yo... no... —Balbuceo, muerta de vergüenza.

—Al principio me molestó un poco esas descripciones que hacías de Nerea y de mí, una niña en el cuerpo de una adulta que viste trajes raros, una *femme fatale*... Pero luego tuve que admitir que tenía su gracia. Incluso te voté.

—Lo siento Hana, no quería... No iba en serio —me disculpo. Por fin me llevo bien con una compañera de piso y sería terrible que se enfadase por lo que escribí en ese foro.

—No te preocupes, sé que tu percepción hacia mí ha cambiado —me sonrío—. Y encuentro muy entretenidos los posts que publicas. De hecho yo hablé con tus padres después de leer lo que escribiste el viernes por la noche.

—¿Le dijiste a mis padres lo del foro?! —Exclamo, muy contrariada.

—No, no, tranquila. No se lo he dicho a nadie, ni siquiera a Nerea.

Suspiro aliviada. Hana permanece un rato en silencio mientras me preparo el desayuno y me siento frente a ella.

—Sara —dice entonces—. No vas a dejar de escribir, ¿verdad?

—Quería dejarlo, es una tontería.

—No lo hagas, me gusta leer lo que posteas, y mucha gente se siente como yo.

—Lo pensaré.

Otro minuto de silencio.

—Por cierto, me gusta ese tal A —declara ella, yo me atraganto con el café—. Te pega.

—¿Me pega? ¿Qué demonios quieres decir con eso? — Pregunto, aturdida.

—Quiero decir que parece un chico agradable, se portó muy bien con lo del ascensor y... No sé, quizá podrías salir con él. Yo estoy segura de que le gustas.

—¡Si no lo conoces! —Replico, casi riendo por semejante ocurrencia.

—Pero lo presiento —contesta.

Con un bufido, me levanto de la mesa, friego mi taza y me dispongo a salir hacia el trabajo cuando ella me llama desde el pasillo.

—¿Por qué no lo invitas a casa algún día? Me gustaría mucho conocerlo.

—Vamos Hana, búscate tu propio A —le grito, ya en la puerta.

Hoy es lunes, y los lunes la oficina suele estar calmada. Sin embargo, al atravesar las puertas acristaladas de la recepción me sorprende encontrar a los empleados charlando unos con otros, rodeados por un ambiente de excitación general.

Candela, alias *La Jeta*, hace aspavientos mientras cotillea con el pobre Gregorio, un hombre orondo y amable que, creo, trabaja en el departamento de informática. Casi nunca lo veo por aquí.

En ese momento, aparece Abel tras de mí y se queda quieto mirando el panorama, seguramente pensando lo mismo que yo. ¿Qué demonios ocurrirá?

—¿Qué pasa? —Me pregunta.

Involuntariamente, yo me sonrojo. Las palabras de Hana me han afectado, es como si de repente no fuese capaz de olvidar la remota posibilidad de que yo pueda gustarle a Abel.

—No... No lo sé.

Él baja su mirada hacia mí y, como si fuese la primera vez en mi vida que le veo, me percató de que, tras las gafas, tiene los ojos azules. Son unos ojos preciosos.

Por suerte, en ese momento el jefe sale de su despacho y nos llama a todos a la sala de juntas.

A todos. También a mí. ¡Qué extraño!

Por un momento, el pánico me sacude el estómago. ¿Y si la empresa ha quebrado y me echan a la calle? ¿Cómo iba a mantener mi piso si voy de cabeza a la cola del paro?

Miro a Abel, que parece tan desconcertado como yo, y se encoge de

hombros.

Sin habernos quitado ni siquiera la chaqueta, ambos nos dirigimos con diligencia a la sala de juntas.

Para cuando salgo, apenas media hora más tarde, la sensación de retortijones en el estómago sigue ahí, pero ya no es causada por el miedo al despido, sino por el nerviosismo y el entusiasmo de tener, por primera vez, la oportunidad que tanto esperaba.

En resumen, la venta de tarjetas está atravesando un bache tan grande que la competencia se ha encrudecido.

Los diseños sobrios y sencillos que producíamos hasta ahora no se venden y por eso, el jefe ha decidido abrir un concurso interno para que nosotros, los empleados, podamos proponer nuevas y frescas ideas. El ganador recibirá un ascenso, un aumento proporcional a las ganancias de la campaña y una cesta de Navidad, privilegio reservado únicamente para la Junta Directiva.

¡Otro concurso! Y justo cuando descubro la habilidad de Hana para el diseño gráfico. ¡Tiene que ser una señal del destino!

Con sus impresionantes dibujos y algunos eslóganes con gancho que yo pueda sacarme de la manga, es posible que gane. ¿Y si termino en el departamento creativo? Por fin podré enorgullecerme de mi trabajo. ¡Sería una pasada!

Durante el descanso para comer, Abel se percata de mi espléndido estado de ánimo.

—Pareces contenta —declara, con su habitual timidez.

—Es un buen día —respondo, dando un mordisco a mi sándwich—. El concurso que ha propuesto el jefe me parece una oportunidad estupenda.

—Yo no creo que participe —dice él—. No se me dan bien las tareas creativas.

—Mejor, menos competencia para mí —respondo, a lo que él suelta una carcajada.

Nunca le había visto reírse, es agradable. Demasiado agradable, diría... No me gusta el rumbo que están tomando mis pensamientos con respecto a Abel, el contable. ¿Cómo es posible que, de un momento a otro, sólo a raíz de un par de frases dichas por Hana, mi percepción cambie tan abruptamente? ¡Soy una tarada!

Sería capaz de enamorarme del mismísimo Freddy Krueger si alguien me dijera que "tiene el presentimiento" de que le gusto. Soy la sugestión

personificada...

Esa tarde, cuando por fin llego a casa, Hana no está y eso me desilusiona. Pero Nerea, que tiene aspecto de acabar de levantarse, mira la televisión en el sofá.

—¿Qué tal el día? —Me pregunta.

—Inesperadamente bien —contesto, ella me lanza una mirada interrogante.

—¿Has echado un polvo?

—¡No! —Replico—. ¿Por qué estás tan obsesionada con echar polvos?

Nerea me sonrío con picardía.

—¿Por qué tú no lo estás?

—Vale ya... Lo que me ha pasado es que parece que tengo una oportunidad de ascender en mi trabajo y eso me hace mucha ilusión. Llevo tiempo esperando algo así.

Entonces, Nerea se levanta del sofá de un salto.

—¡Eso es genial! ¡Tenemos que celebrarlo! —Exclama y corre hacia su habitación.

—¿A dónde vas? —Quiero saber.

—Tú y yo nos vamos ahora mismo a celebrarlo a una cocktailería nueva que han abierto en el centro.

—Pero... ¿Qué dices? —Protesto—. Todavía no hay nada que celebrar en realidad.

—¡Claro que sí! —Replica ella, apareciendo por el pasillo con un vestido negro de fiesta—. Hoy celebramos que estás feliz, para variar.

—¿No tienes que trabajar esta noche?

—No, hoy libre.

—Pero...

—¡Nada de peros! —Interrumpe ella, sacando de su armario un segundo vestido de color vino, elegante y muy sexy, como toda su ropa—. Hoy te llevo de fiesta, ya tenía ganas.

No me deja muchas más opciones y, lo cierto, es que ponerme ese maravilloso vestido me tienta demasiado. Acepto finalmente y, apenas media hora más tarde, el espejo del portal de mi edificio me devuelve el reflejo de una chica que parece imposible que sea yo.

No es sólo el magnífico vestido color vino que me realza la figura de un modo asombroso, sino también el maquillaje que Nerea me ha puesto y el pelo castaño recogido en la coronilla de un modo desenfadado pero sensual.

Todo en conjunto me da un aspecto de estrella de cine. ¡Si me viese Abel ahora!

Pero, ¿por qué me da por pensar en Abel? ¡Qué manía! Sacudo la cabeza para sacar de mi mente tan molestos pensamientos y sigo a Nerea.

«Acabo de levantarme con una resaca monumental. No sé muy bien qué pasó ayer, pero me dejé convencer por N para salir a tomar unas copas y descubrí los daiquiris...

Yo siempre he sido de borrachera fácil, pero al segundo cocktail ya estaba contándole a N todo acerca de mí... Bueno, no le hablé de este foro, pero desde luego hablé mucho más de lo que tengo por costumbre. Al menos hasta que paso lo más inesperado.

Dos hombres tan atractivos que quitaban el hipo se acercaron a nuestra mesa.

Al principio pensé que los dos iban a intentar ligar con N (se nota que ella es de las que se tiene que espantar a los tíos como a las moscas en un día de verano) pero no, los dos se acercaron a mí. Realmente no pasó nada (salvo que hice un ridículo espantoso) ya que, cuando me preguntaron mi nombre, rompí a reír a carcajadas hasta terminar agarrándome la barriga y con lágrimas en los ojos... Pero eso sí, ¡hoy la autoestima la tengo por las nubes!

N se enfadó muchísimo conmigo porque mis dos pretendientes se marcharon horrorizados ante mi reacción (probablemente pensaron que estaba loca de remate) y ella perdió la oportunidad de llevarse a alguno de ellos al piso, pero a mí no me importó en absoluto. Anoche fue la mejor noche que he tenido en mucho tiempo.

¡Gracias N! La próxima vez juro no espantar a los chicos que se nos acerquen».

# Capítulo 6: El Cumpleaños

»Por\_una\_sonrisa comenta: ¡¡Enhorabuena por ganar el concurso!! Y sobre esos chicos del bar de cocktails... Me encantaría haber estado allí para ver sus caras cuando te entró el ataque de risa.

»Pitágoras28 comenta: Como hombre, empatizo totalmente con ellos. Debe ser terrible que una mujer guapa rompa a reír cuando intentas ligar con ella. Por cierto, felicidades por el premio.

»Cansado\_D\_todo comenta: ¡Vaya! He perdido, pero no importa, la competición ha sido limpia. Mi enhorabuena FracaSara. Te leo a diario.

A pesar del excelente humor que tengo desde hace un par de días, leer los comentarios de mis seguidores me produce un nudo en la garganta. ¡Qué sentimental! Si parece que les he cogido cariño y todo...

Creo que no dejaré de escribir, al menos de momento.

De hecho, voy a hacer un trato conmigo misma: Dejaré de escribir sólo cuando ostentar el título de «Mayor fracasada de la Red» y escribir mis desventuras vitales en un blog personal llamado *FracaSara-Land* deje de tener sentido...

Es decir, cuando objetivamente deje de ser una fracasada. (¿Pasaré eso algún día?)

Hoy, como cada mañana desde que Hana me reveló que me seguía en el foro, se ha pasado todo el desayuno insistiendo una y otra vez para que invite a Abel (ella lo llama A) a una fiesta que va a organizar por mi cumpleaños.

En realidad, mi vigésimo séptimo cumpleaños es la semana que viene, el martes, pero Hana quiere celebrarlo antes, este mismo fin de semana. Yo no hago más que negarme a invitar a nadie (no me interesa celebrar que ha pasado un año más en esta miseria de mundo y con esta vida insulsa) pero Hana no se da por vencida.

—Me crié con tres hermanas mayores —me dice mientras friega su taza—. No puedes imaginar lo insistente que puedo llegar a ser para conseguir lo que me propongo, Sara.

—No lo jures... —Murmuro.

—Si no le invitas tú, yo misma iré a tu oficina y lo invitaré personalmente —declara, y entonces siento miedo.

Aún no conozco a Hana lo suficientemente bien, pero estoy convencida de que es muy capaz de hacer eso con lo que me está amenazando.

No me queda más remedio que acceder a su petición. (¿He dicho petición? Quería decir, orden) De modo que, comenzando a sentir cómo los nervios se acumulan en mi estómago, salgo de casa en dirección al trabajo.

Durante el camino, voy dándole vueltas a un asunto que me tiene un poco inquieta. Han pasado ya tres días desde que el jefe anunció que abría concurso para una nueva campaña de tarjetas de felicitación, y aunque sé que quiero utilizar los diseños de Hana para proponer una idea, lo cierto es que todavía no se me ha ocurrido nada realmente original.

Cuando era más joven solía ser muy creativa, tenía ideas brillantes constantemente y me sorprendía a mí misma imaginando situaciones graciosas, mundos fantásticos y anécdotas con las que llenas páginas de novelas. Ahora, sin embargo, me resulta muy complicado encontrar una forma innovadora de sorprender a mi jefe y ganarme el deseado ascenso.

Me encuentro tan inmersa en mis pensamientos que apenas soy consciente de que he llegado a la oficina, de que he entrado, y de que me he quedado frente a mi escritorio de recepción abstraída como si estuviese sonámbula.

—Hola niña —me saluda *La Jeta*, sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Cómo te va? Hace mucho que no hablamos, como siempre estás con el rarito ese.

Se refiere a Abel, y siento una especie de ira al oírla referirse a él como rarito. Sin embargo, me contengo.

—Buenos días, Candela —respondo—. Sí, verás, desde lo del ascensor nos llevamos muy bien. Además, es el único de toda la oficina que tiene más o menos mi edad y, como comprenderás, nos entendemos mejor.

Bien, me alegro de ver en sus ojos lo mucho que le ha ofendido mi comentario acerca de la edad. Ella, que siempre se empeña en tomar ventaja de los años que me lleva, a veces debe probar de su propia medicina.

Sin decir nada, tan sólo regalándome una falsa sonrisa, se da la vuelta y toma asiento en su escritorio, que es idéntico al mío pero lleno de figuritas de porcelana y macetas de flores artificiales.

En ese momento, mientras me quito la chaqueta y me doy la vuelta para colgarla en el perchero, oigo una voz que me saluda a mi espalda.

—Buenos días Sara —dice Abel.

Sin querer, doy un respingo y el espasmo de mis brazos hace que el

perchero y todo su contenido caiga al suelo con estrépito. La oficina entera se detiene a mirar, apenas un segundo, para después volver a sus quehaceres. Yo puedo notar que mi cara arde y probablemente se verá roja como una amapola.

—¿Estás bien? —Pregunta Abel, ayudándome a recoger el perchero.

—S... Sí... No te preocupes —respondo—. Soy torpe, qué le vamos a hacer.

—No, ha sido culpa mía —dice él.

Va a marcharse sin más cuando, casi desde la inconsciencia, lo llamo, y él me mira con esos ojos color cielo... Me siento como una adolescente que va a pedirle una cita al guapo de turno.

¡Por Dios! Ya casi tengo veintisiete años y hace semanas que Abel y yo somos amigos.

—Me preguntaba si querrías venir a mi fiesta de cumpleaños, es éste sábado, en mi casa, a las 9 —digo, de golpe y casi sin respirar.

Durante un instante pienso que se va a negar, ya que parece algo desconcertado, pero finalmente su cara se ilumina con una sonrisa (una sonrisa que me parece maravillosa) y acepta.

—¡Claro! Será un placer.

Después él se marcha a su departamento y yo me dejo caer en mi silla, suspirando de puro alivio... Al menos hasta que oigo a Candela a mi lado.

—Así que tenéis una cita —canturrea.

¡Qué faena! Ahora sí va a ser imposible librarse de los rumores y cotilleos.

«Vaya, estoy nerviosa.

Es sábado, son las 8:30 de la tarde y H está en la cocina preparando una tarta para la celebración de mi cumpleaños. La fiesta empieza a las 9 y, además de N y H (evidente) me vi "forzada" a invitar a A...

¿Os acordáis de A? Mi compañero de trabajo, el que se quedó atrapado en el ascensor conmigo. Pues puede sonar extraño, pero desde hace unos días (Vale, en realidad desde que H me insinuó la posibilidad de que yo pudiera gustarle a él) el caso es que ha empezado a gustarme.

No es que me haya enamorado ni nada por el estilo, de hecho creo que hace tanto tiempo que no siento nada por nadie que mi capacidad se ha atrofiado (Tengo que ir a rehabilitación sentimental), pero sí noto que a veces me sonrojo o me pongo nerviosa por tonterías cuando estoy cerca de él... En fin, al grano, que va a venir a la fiesta y va a ser la primera vez que nos

veamos fuera del trabajo. Además, esta fiesta es terreno peligroso, pues H está empeñada en hacer de Celestina con nosotros y N... Bueno, N sólo tiene una cosa en la cabeza (sexo), de modo que no quiero imaginar lo que pasará si ambas se alían contra mí.

Es posible que tenga que despedirme del trabajo después de esta noche».

Apenas he pulsado el botón de publicar el post cuando suena el timbre de la puerta.

Es Hana quien responde y yo, con el corazón palpitando fuertemente en la boca de mi estómago, espero en el umbral de la puerta a que el ascensor llegue a mi piso.

Para mi sorpresa, cuando esto ocurre, de él no sólo sale Abel, sino también dos chicos que me son vagamente familiares. ¡¿Pero qué demonios?! Son los chicos del bar de cocktails.

Justo a tiempo, Nerea aparece tras de mí y los saluda (a los tres) efusivamente, con besos en las mejillas y abrazos amistosos. Al parecer, se los encontró un día por ahí y, dada su naturaleza abierta y desvergonzada se puso a hablar con ellos y los terminó invitando a mi fiesta sin decirme nada.

—Pasad, pasad —les alienta.

Yo deseo que la tierra me trague cuando veo que me miran con una mezcla de interés y recelo.

Supongo que tienen miedo de que vuelva a reírme como una loca. No obstante, reír es lo último que me apetece hacer en ese momento.

Una vez que hemos entrado todos al salón, Abel se acerca a mí y me da un paquete envuelto en papel de regalo. Al principio lo miro sin comprender el por qué de su presente, pero luego recuerdo que lo que estamos celebrando, es mi cumpleaños.

—Feliz cumpleaños —me dice, y sonrío de nuevo.

A mi alrededor parece que todo se transforma en algodón de azúcar... Al menos hasta que Hana interrumpe la escena.

—¡Qué mono! —Exclama con un tono demasiado agudo—. Te ha traído un regalo.

Acto seguido, mi excéntrica amiga se presenta.

—Hola, me llamo Hana —dice—. ¿Tú eres... A...?

—Abel —responde él—. Encantado.

—Sara, éstos son Rubén y Pablo —interviene Nerea, señalando a los dos guaperas del bar de cocktails—. Supongo que te acordarás de ellos.

—Sí... —Replico, a media voz, muerta de vergüenza—. Siento lo del otro

día.

Ambos sonríen también.

—No te preocupes —dice uno, el tal Rubén—. Fue un poco raro, pero supongo que se debió al efecto de los *cocktails*.

—Por cierto, gracias por invitarnos a tu cumpleaños —añade el otro, Pablo—. Sentimos no traerte ningún regalo, pero no sabíamos qué podía gustarte.

—Tranquilos —digo, algo más calmada. Parecen simpáticos—. Es lo menos que podía hacer.

—Bueno ¿No vas a abrir el regalo de A... Abel? —Pregunta Hana, revoloteando a mi alrededor como una mariposa muy pesada. Le lanzo una mirada de advertencia y procedo a rasgar el papel de regalo para descubrir que se trata de un libro. «Consejos para las buenas ideas». Es un libro de autoayuda para potenciar la creatividad, y de verdad me encanta.

—Gracias —baluceo.

—No hay de qué —responde Abel—. Sé que te gusta leer y quizá te vaya bien para encontrar inspiración.

De nuevo el algodón de azúcar. Dulce y empalagoso por todas partes.

—¡Venga! Es hora de divertirnos —exclama entonces Nerea, explotando mi burbuja.

—Voy a por la tarta.

Hana abandona el salón en dirección a la cocina y Nerea la sigue, no sin antes detenerse a mi lado para susurrarme tres prometedoras palabras.

—He preparado daiquiris.

# Capítulo 7: Confusión

Abro los ojos. El sol de la mañana que se filtra a través de las cortinas de mi habitación y me molesta. Siento fuertes punzadas de dolor en la cabeza. ¡Otra resaca! ¿En tan poco tiempo?

Si la adolescente antisocial que era cuando tenía dieciséis años me viese ahora, se caería de culo por la impresión. Poco a poco, voy despertando. Anoche se nos fue la mano con los daiquiris, no hay duda.

Inspecciono todo a mi alrededor con la vista borrosa y la boca seca como una lija de carpintero. Y entonces descubro algo inquietante... No estoy sola en mi cama.

De pronto estoy más despierta de lo que he estado en toda mi vida.

Con el corazón latiendo a cien por hora, echo un vistazo por debajo del edredón nórdico, solo para comprobar que todavía llevo las bragas puestas. No solo eso, llevo la camiseta y los vaqueros de anoche, ni siquiera me puse el pijama. ¡Qué desastre!

Entonces, ¿he hecho alguna locura esta noche? ¿Con quién me he acostado?

Intento recomponer la velada a partir de los escasos retazos que mi memoria me brinda.

¿Es posible que me haya acostado con Abel? No... No puede ser. Sí, es cierto que me gusta un poco, pero no sería capaz de insinuarme ¿O sí?

Sin embargo recuerdo que él apenas bebió. Mientras todos los demás tragábamos un *daiquiri* tras otro, él se mantuvo casi toda la noche con un simple botellín de cerveza. En ese momento, mi cerebro deshidratado me regala un nuevo recuerdo medio velado, uno en el que yo me cuelgo del cuello de Abel, diciéndole una y otra vez que es un gran tipo. Mi estómago se retuerce, tal vez por el exceso de alcohol, pero más probablemente por la terrible sensación de ridículo que se apodera de mí en ese momento. ¿Se puede saber cómo voy a ser capaz de mirar a Abel a la cara el lunes?

Lo único que parece seguro es que el desconocido que hay debajo de mi edredón no es él.

¿Será Rubén, o quizá Pablo? Tampoco... Recuerdo un breve instante en el que vi a Rubén y a Nerea besándose en el sofá con tal ímpetu que parecía que

se estaban comiendo el uno al otro.

Y Pablo... Es cierto que estuvo tirándome los tejos un buen rato, que me contaba chistes y reía constantemente, pero también recuerdo que estaba tan borracho que apenas podía sostenerse en pie y que Abel se lo llevó. En mi mente guardo una imagen del momento en que despedí a ambos en el rellano de mi piso.

Entonces, si no fue Abel, ni Rubén, ni Pablo... ¿Quién demonios hay en mi cama?!

Con un nudo en la garganta, alargo una mano hacia el bulto, agazapado debajo de las sábanas.

Lo toco, pero no puedo descubrir su identidad sólo con eso. Lo golpeo con más fuerza. Nada...

Lo sacudo enérgicamente entonces, hasta que un agudo sonido lastimero sale de él. No es la voz de un hombre, yo diría que es de mujer.

La curiosidad me empuja a levantar el edredón de golpe. Una mezcla de alivio y confusión se apoderan de mí al ver que es Hana quien está durmiendo a mi lado y que también está vestida, todavía con uno de sus aparatosos vestidos de lolita.

¡Por Dios! Me siento tan reconfortada al saber que no he hecho ninguna locura esta noche que tengo ganas de besar a Hana, de abrazarla y gritar de felicidad. Sin embargo me contengo, la pobre no parece tener ganas de moverse demasiado. Está más pálida de lo normal.

Con gran esfuerzo, me levanto de la cama.

Me veo reflejada en el espejo de mi armario y casi sufro un síncope. Parezco un zombie.

No sé para qué es necesario tanto maquillaje en esas películas que hacen, con llevar al reparto de fiesta la noche anterior sería suficiente...

Me dispongo a ir a la cocina con la intención de preparar una jarra de café bien cargado para despertar a Hana y así tratar de reconstruir la noche, cuando, nada más traspasar el umbral, me encuentro de bruces una nueva escena *Made by Nerea*.

Mi compañera de piso se encuentra sentada sobre la mesa de madera de mi cocina (por suerte no está desnuda del todo) mientras Rubén, con su magnífico torso al descubierto, le besuquea el cuello.

Siento el impulso de dar media vuelta y dejarles intimidad, pero mi necesidad de cafeína es más poderosa, y lo cierto es que estoy empezando a acostumbrarme a encontrar panoramas similares a menudo en esta casa de

locas.

—Con permiso —mascullo, aunque ninguno de los dos se inmuta con mi presencia.

Automáticamente comienzo a preparar el café, tratando de no prestar atención a esos molestos sonidos de ventosa ni a las risitas coquetas de Nerea... ¡No sé cómo lo hace! Yo sería incapaz. Es evidente que algunas nacen con estrella.

Cuando por fin mi brebaje resucita-cadáveres (café) está listo, vuelvo a recluirme en la habitación y trato de levantar a Hana. Me cuesta tanto que, por un instante, pienso que realmente puede estar muerta... Pero no. Se levanta con el pelo revuelto y un poco saludable tono verdoso en la piel. Se nota que no está muy acostumbrada a beber.

Le tiendo un vaso lleno de caliente líquido marrón y se lo bebe de un trago. Yo la imito y en seguida comienzo a sentir una leve mejora en mi malestar general.

En ese momento, alguien llama a la puerta.

—¿Se puede? —Pregunta Nerea, ahora sola.

—¿Dónde has dejado al principito? —Digo con algo de recelo.

—Se acaba de marchar —responde ella—. Es un cielo...

No sé cuánto le durará Rubén, pero en el poco tiempo que lleva viviendo aquí, he visto desfilar a media docena de hombres por esta casa, empezando con el armario ropero que encontré aquella mañana en la ducha.

—Sí, sí... ¡Qué bonito es el amor! —farfulla Hana, lo primero que ha dicho en todo ese tiempo, y algo extrañamente grosero para tratarse de ella.

—¿Qué bicho te ha picado? —Pregunta Nerea, tan sorprendida como yo.

—El alcohol me pone de mal humor —replica Hana, incluso su voz parece más grave, más arisca—. Los días de resaca soy como el Mr. Hyde del Dr. Jeckyll.

—No beberás más...

—Te he traído un regalo de cumpleaños —dice entonces Nerea, dirigiéndose a mí.

En realidad me sorprende. No esperaba regalos, ya fue suficiente con el libro que me dio Abel ayer.

—Vamos, ábrelo —urge Hana—. No tenemos todo el día.

Ignoro el impacto de sus comentarios hoscos y rasgo el papel. Me cuesta un poco darme cuenta de qué es eso que sostengo entre mis manos, pero cuando por fin lo hago, mi mandíbula se abre como si hubiera perdido toda la

fuerza de mis músculos faciales.

—Esto... esto...

—Es un vibrador —completa Nerea—. Hana y yo pensamos que te vendría bien uno, ya sabes... Para hacerte la vida más divertida.

—¡Estáis locas! —Protesto—. ¿Cómo creéis que voy a usar este chisme?

—Detrás tienes las instrucciones —indica Hana.

—No me refiero a eso, sino a... —Pero me quedo en blanco, no sé cómo explicarles mis problemas con la masturbación.

—Un momento, no me digas que no te tocas.

—No —contesto.

—¿Pero por qué diablos no? —Repone Nerea, más asombrada incluso que cuando ha conocido a la alcoholizada doble personalidad de Hana—. Ahora comprendo por qué estás tan tensa siempre, Sara.

—No es sano reprimirse tanto —añade Hana.

—No me reprimo, es solo que no me gusta —trato de explicarme—. No sé, quizá no lo hago bien.

—No sabía que "eso" se pudiera hacer mal —declara Hana.

—Es igual —interviene Nerea—. Pruébalo, te prometo que cambiarás de idea.

Me resisto un poco, pero finalmente accedo. Puede que si pruebo con ese chisme mejore algo, lo cierto es que hace mucho tiempo que no lo intento.

«Para mi propia sorpresa, mi fiesta de cumpleaños de anoche fue bastante bien.

En realidad, esta mañana he despertado acompañada en la cama, pero no penséis mal (ni lancéis cohetes al aire todavía) ese alguien no era A, ni ninguno de los chicos del bar *cocktails*.

Era H. ¡Eso sí! Hasta que lo he descubierto, lo he pasado fatal creyendo que había hecho alguna tontería y que no me acordaba. Parece el argumento de una mala comedia americana.

Pero no tengo quejas. ¡Ha sido el mejor cumpleaños que he tenido en mucho tiempo!

Incluso ha habido regalos... Dos para ser exactos. Uno me lo dio A (y me hizo especial ilusión) era un libro para ayudarme con un proyecto que tengo entre manos en el trabajo, ha sido un regalo tan acertado que me inquieta. ¿Será posible que haya encontrado al único hombre atento que existe sobre la Tierra?

El otro regalo ha sido de mis adorables compañeras de piso. Era un

vibrador.

No sé si recordáis lo que dije cuando me presenté candidata a Fracasada Nº1 en el foro, pero yo tengo un gran problema, y es que soy incapaz de... "eso".

Sin embargo he prometido a Nerea que lo intentaré y lo prometido es deuda. ¡Os haré un informe! (no, es broma)».

Justo cuando publico esta última entrada y me relajo sobre mi sillón, escuchando el silencio de la casa en domingo, mis ojos se topan con la cajita del vibrador.

Lo cierto es que si hay un momento adecuado para probarlo es éste. Hana ha ido a una de las actividades frikis de esa asociación suya, y Nerea está trabajando. Estoy en casa, completamente sola, para variar.

Casi con cuidado (no vaya a romperlo) saco el aparatito de la caja y lo observo intrigada. Es una especie de cilindro de color rosa chicle con una serie de muescas en toda su longitud y una parte rugosa en la punta redondeada. Me siento un poco estúpida leyendo las instrucciones para saber a qué zona está destinada cada parte, pero al final lo entiendo.

Me siento aún más estúpida si cabe cuando me bajo los pantalones y me dispongo a usarlo. Sin embargo, pronto olvido esa sensación de patetismo y la sustituyo, primero por sorpresa, luego por un grato asombro, y tras unos minutos, por una sensación de efervescente emoción.

Hacía mucho, muchísimo tiempo que no me sentía así y doy la bienvenida a mi largamente olvidada excitación sexual como a un viejo amante al que realmente añoraba, aunque no fuese consciente de mi añoranza.

¡Acabo de conocer a mi mejor amigo! Y se trata de un chisme rosa a pilas.

Sin embargo, mientras disfruto de ese momento, revolviéndome y suspirando de un modo tan insólito que ni me reconozco, el sonido del timbre de casa me interrumpe, cortándome el rollo de manera brutal.

Pienso en no contestar, pero quienquiera que esté llamando, insiste. ¿Quién será?

Tengo que contenerme para no gritar de frustración mientras me incorporo a regañadientes, recomponiendo mi aspecto como bien puedo. Rápidamente termino de colocarme la ropa y meto el aparato vibrador en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

No miro antes de abrir, y por eso encontrarme a Pablo en el umbral casi

hace que se me detenga el corazón.

—Hola —me saluda.

Yo balbuceo algo parecido a un «hola».

—¿Estás sola? —Pregunta. Yo asiento—. ¿Puedo pasar?

Le dejo entrar al vestíbulo y luego cierro la puerta, intentando no darle la espalda para que no pueda ver lo que llevo en el bolsillo de atrás.

—¿Olvidaste algo anoche? —Le pregunto, confusa por su visita.

—Algo así —responde y me dedica una media sonrisa tan sensual que siento que algo se derrite en mi interior. (Aunque quizá mis hormonas alteradas estén ayudando en eso también)

—¿Qué es? —Insisto.

Entonces, sin previo aviso, Pablo se inclina hacia mí y sus labios atrapan los míos. Todo sucede tan rápido que no tengo tiempo a procesarlo. En lo que dura un parpadeo, él se separa y me mira con esos ojos castaños sonriendo de nuevo.

—Olvidé decirte que me gustas, Sara.

Mi cerebro de ha quedado paralizado, bloqueado, congelado... No sé de dónde ha salido esa orden, pero mis brazos se alzan entonces, rodeando los hombros de Pablo y levanto la barbilla en busca de un segundo beso.

Todo en mi interior parece fuego, me quema y me nubla el entendimiento. No sé lo que estoy haciendo, pero noto la pared del pasillo a mi espalda y el cuerpo de Pablo pegado al mío, amoldándose a cada movimiento. Parece casi armonioso, al menos hasta que algo zumba y noto la vibración del aparatito en mi bolsillo.

Funciona como una alarma, un despertador que me saca de esa fervorosa ensoñación. ¿Qué estoy haciendo? No es propio de mí besarme de ese modo con un tío al que acabo de conocer.

—¿Qué pasa? —Pregunta él cuando me separo bruscamente.

—Tienes que irte —le digo.

—¿Estás de broma? —Declara, el zumbido sigue sonando—. ¿Qué es ese ruido?

Comprendo que, por segunda vez, doy la impresión ante Pablo de ser una loca histérica, pero no me importa, abro la puerta y prácticamente lo empujo fuera.

Sé que no es necesario ser tan grosera, pero lo necesito, realmente necesito que se vaya.

Creo que nunca me había pasado nada parecido. Nunca me había sentido

tan confusa como en este momento, justo después de cerrar la puerta en las narices de Pablo, un chico guapo e interesante que acaba de besarme y de decirme que le gusto.

¿¿¿¿Qué me pasa??!

# Capítulo 8: Las apariencias engañan

«Cuando era niña, mi madre solía hablarme con refranes. Nunca supe si ella hablaba así por naturaleza o si se debía al efecto de los porros. ¡Qué más da!

Cuando no quería levantarme por las mañanas, ella me decía: “A quien madruga, el Karma le ayuda”, (ésta era su versión, claro) Cuando protestaba porque no me gustaba el sándwich con el pan quemado que me había puesto para cenar, ella me replicaba: “A buen hambre, no hay pan duro”, y cuando había pedido con insistencia alguna cosa, como gominolas o algún juguete, sin conseguirlo y después me ponía pesada, ella me compraba 1 kg de chucherías o varias muñecas, todas iguales y me decía: “¡¿No querías caldo? ¡Pues toma dos tazas!”.

En este momento no puedo evitar pensar en lo extrañamente sabias que podían llegar a ser las advertencias de mi madre.

Comencé esta historia del Concurso de Fracasados y del foro principalmente porque mi autoestima estaba bajo mínimos, y esto era debido casi totalmente a mi ex y a los dos años que había pasado sin tener ningún tipo de relación con el sexo opuesto.

Y... ¿No quería hombres? Pues ahora hay dos, a falta de uno. Evidentemente, A es uno de ellos. Me gusta, es tan raro como yo, es amable, es listo y me parece increíble no haberme dado cuenta nunca de lo guapo que es. Y por otra parte está P, uno de los chicos del bar de *cocktails*. ¡Qué vueltas da la vida!

Parece ser que partirme de risa en su cara le debió gustar porque ayer, mientras todos nos recuperábamos de mi fiesta de cumpleaños, vino a casa y me plantó un beso de película, de esos que te hacen olvidar quién eres y cómo te llamas. Y, ¿por qué voy a mentiros a estas alturas? Me puse un poquito caliente. Vamos, ¡Que hubiera podido freír un huevo sobre mi piel! ¡Qué desastre! ¿Qué voy a hacer ahora?

Sé que no puedo jugar a dos bandas, estaría mal, por no decir que, tal y como nos enseñan las novelas y películas románticas, al final me quedaría sin

ninguno de los dos.

Pero, ¿a quién escojo? ¿Cómo lo decido? ¡Ayuda, por favor!».

Hoy es lunes y tengo que ir a trabajar.

Me siento como si este autobús me estuviera llevando a una cárcel de máxima seguridad en lugar de a mi oficina. ¿Por qué? Porque voy a ver a Abel y no estoy segura de qué cara ponerle.

El sábado me vio borracha, riendo como una tonta, flirteando con Pablo delante de sus narices, y él estaba completamente sobrio. Me siento avergonzada y culpable, pero sobre todo me siento estúpida.

Cuando llego a la puerta del edificio, casi me alegro de no encontrármelo nada más entrar.

Suele pasar que ambos llegamos a la misma hora al trabajo. Subo por las escaleras (es obvio que evito los ascensores) hasta la tercera planta y entonces, ¡paff! Me lo encuentro de frente justo al doblar la esquina del rellano. Casi me golpeo la nariz con su hombro.

Al principio él me mira sorprendido, pero en cuanto me reconoce, esboza una sonrisa que me deja perpleja. Si no lo conociera, pensaría que se está riendo de mí por algo.

—¿Qué tal la resaca, Sara-chan? —Me pregunta en tono burlón.

Sé que pasó mucho tiempo la otra noche hablando con Hana, y de pronto siento una pequeña punzada de celos.

—Horrible —respondo con la cara roja como un tomate—. ¿Cómo es que tú no bebías? ¿Te estabas aburriendo? ¡Tenías que habérmelo dicho!

Entonces suelta una carcajada y levanta las manos de modo teatral.

—Alto, alto —dice—, que no beba alcohol no tiene nada que ver con divertirme en una fiesta. Deberías saberlo, ya eres mayorcita.

—Bueno, parece ser que aún tengo asuntos que resolver con respecto a la madurez —replico, medio molesta, medio aliviada.

—No bebo mucho porque cuando era más joven solía pasarme de la raya —me explica—, y hacía cosas de las que no me siento demasiado orgulloso ahora.

—¿En serio?! —Exclamo. Eso sí que no me lo esperaba—. ¿Eras un macarra?

—Prefiero pensar que estuve un poco "perdido", eso es todo —repone.

—Pues no te pega... Nadie lo diría viendo cómo eres ahora —comento, aunque acto seguido me arrepiento de mis palabras. Ha sonado como si insinuara que ahora es un soso, un blando o un pusilánime.

—Mmm... Creo que me tomaré eso como un cumplido —dice.

—No, no quería decir que... Bueno, no me entiendas mal — intento arreglarlo, pero él se desvía de mi camino en dirección a su departamento. Hace un gesto de despedida con la mano y me sonríe aunque yo sé que mi comentario desafortunado le ha dolido un poco.

Paso las siguientes cuatro horas sentada en mi puesto, recibiendo llamadas y pasando avisos, respondiendo correos electrónicos y cuadrando agendas hasta que llega la hora del descanso.

Mientras comemos, Abel no parece enfadado pero evita claramente hablar de la fiesta. De modo que decido olvidarlo yo también. Además, Pablo parece un tipo poco serio, seguro que si no le hago demasiado caso, dejará de intentar ligar conmigo y se buscará otra chica más dispuesta a tener una relación del tipo que él querría. Lo que debo hacer ahora es arreglar el malentendido con Abel.

—¿Sabes? —Digo mientras remuevo la ensalada—. A las adolescentes, normalmente les gustan los chicos malos, los chulos, porque creen que en el fondo tienen buen corazón y que ellas podrán cambiarlos. A mí eso siempre me pareció una idea ridícula.

Abel me mira con sus brillantes ojos azules. Me entran ganas de quitarle las gafas para verlos mejor, pero me contengo.

—¿Ah sí? —Murmura en respuesta.

—Sí —aseguro—. prefería mil veces

Yo nunca fui como ellas. Pensaba que a un chico centrado, comprometido y sincero, sin grandes dramas ni secretos, que me quisiera tal como soy.

—¿Y encontraste a alguien así? —Inquiere él. Noto en su voz un tono dudoso.

—¡Claro que no! —Replico—. Alguien así no existe. No hay personas que no guarden secretos, no hay hombres completamente buenos, como tampoco los hay completamente malos. Eso lo he aprendido. Así que no me entiendas mal con lo que he dicho antes, no significa lo que tú crees.

Abel me mira fijamente.

—¿Toda esta charla porque piensas que estoy molesto por lo de antes? —Pregunta, confuso—. Ya te he dicho que no te preocupes, sé muy bien lo que aparento.

—Ya, pero...

Y de pronto, me coge la mano sobre la mesa. Un gesto que no debería tener más importancia, pero hace que mi corazón de un salto en el pecho.

—De verdad, Sara —murmura—. Tranquila. Sé que tú sabes que las apariencias engañan. Con eso me basta.

Sin más, me suelta la mano, se despide de mí y me deja ahí sola, tratando de recordar que debo respirar para vivir.

La artillería se está volviendo pesada. La batalla es cruenta y yo soy el territorio central, el que se lleva todos los golpes de la guerra entre Pablo y Abel. No sé si soportaré estos ataques mucho más tiempo: Los besos de Pablo que me quitan el sentido; las miradas, roces y palabras de Abel que me ponen la piel de gallina... ¡Ayuda, por favor!

Sin embargo da igual cuántas veces pida ayuda, no la recibo.

Al salir esa tarde del trabajo, alguien me está esperando. Intento esconderme al darme cuenta de que es Pablo, pero él me ve. Y para mi desgracia, Abel también.

Ambos se saludan cordialmente mientras yo me acerco y entonces se desata la catástrofe.

—Sara, quería pedirte perdón —dice Pablo— Ya sabes, por el beso.

¡Oh, no! Abel está justo delante, y ahora sabe que Pablo y yo nos besamos. Sin embargo, la expresión de su cara no cambia lo más mínimo ante la noticia, sigue neutral.

—No pasa nada, no te preocupes —le respondo.

—Sé que te sentiste incómoda, así que he pensado en invitarte a cenar y hablarlo —continúa.

Yo deseo que la tierra se me trague en ese momento. No puedo rechazar a Pablo sin más, no puedo aceptar tampoco. ¿Qué hago?

—Vale, lo hablamos —accedo. Por fin la cara de Abel muestra algo, aunque no sé qué es—, pero mejor nos tomamos un café y dejamos la cena para otra ocasión.

—Está bien, como quieras princesa —dice.

A mi lado, Abel suelta un bufido, una risa mal disimulada.

—Os dejo, pareja —dice, y puedo notar la ironía en su voz—. Nos vemos mañana, Sara.

Menos mal que es fisiológicamente imposible morir de vergüenza porque sino yo ya estaría en el otro barrio.

Acompaño a Pablo hasta una cafetería y ambos nos sentamos frente a frente. No sé por dónde empezar, de modo que lo hago por lo menos conflictivo.

—No me llames princesa, ¿quieres? —Pido, ruborizada hasta las orejas

—. No me gusta.

—Vale, tomo nota.

—Y sobre lo del beso... —Lo cierto es que no sé qué decir sobre aquello.

—Estuvo genial —declara él, y tiene razón, es solo que... —Sí, pero no fue adecuado.

—¿Qué quieres decir? —Pregunta él.

—No sé si me gustas de ese modo —intento explicar.

—¡Vamos! La típica frase que usáis las mujeres cuando queréis dar calabazas —replica él. Lo peor es que no anda desencaminado—. Dame una oportunidad, iré despacio si tú quieres. Me gustas, eres una tía auténtica y hace mucho que busco a alguien como tú.

¿Auténtica? ¿Yo? ¡Si él supiera! Ni siquiera soy capaz de ser sincera conmigo misma.

De pronto sé que jamás podría funcionar con Pablo, él no me ve como soy en realidad y probablemente yo no le veo como él es en realidad. No somos amigos, apenas nos conocemos, sólo percibimos la imagen idealizada que nos hemos formado el uno del otro a partir de una primera impresión, de una charla ebria y de un beso robado en un pasillo. Nada es auténtico.

—Lo siento, Pablo —le digo finalmente—. No te había juzgado bien, eres mucho más serio de lo que yo pensaba, eres guapo, eres atento y encantador... Pero no puedo salir contigo.

—No te entiendo, creí que había química.

—No la suficiente —replico.

Durante un segundo, él se queda pensativo y yo me siento como una bruja, una infame arpía sin corazón. ¡Quién me lo iba a decir!

—Está bien, no insistiré más —declara. Luego se levanta, deja sobre la mesa el dinero de su bebida y se vuelve a mirarme antes de salir del local—. Te arrepentirás de darme la patada y espero que sea pronto, porque puedo esperar a que te aclares, pero no esperaré eternamente.

No podía imaginarlo, pero sus palabras me dejan helada. No sé por qué me siento tan culpable. Nunca he buscado una relación limitada por lo físico, y estaba claro que con Pablo iba a ser así. Entonces, ¿por qué siento que he herido sus sentimientos? ¡Era imposible que sintiera algo por mí! Si nos conocimos hace apenas dos semanas.

Y luego está Abel. ¿Qué voy a hacer con él? Si seguimos así, corro el riesgo de enamorarme como una colegiala, y no me gustaría salir tan escaldada como la última vez.

¿Conozco a Abel lo suficiente? ¿Funcionaría? Sólo hay una forma de dar respuesta a estas preguntas.

# Capítulo 9: Los Astros se alinean

No he podido dormir demasiado esta noche, dándole vueltas en la cabeza a la última frase de Pablo. Me dijo que me iba a arrepentir y parecía tan seguro de ello que por un momento le creí.

El tan intenso como impropio beso que compartimos ya no es un secreto para nadie, ya que anoche se lo conté a Hana y a Nerea, no porque yo quisiera, sino porque se percataron de mi estado de ánimo aturdido y mi conducta errática, algo demasiado extraño incluso para mí.

También lo sabe Abel, y eso es lo que más me preocupa. ¿Qué pensará de mí ahora? No sé qué cara ponerle esta mañana, cuando me lo encuentre en el trabajo. Me pregunto si estará molesto por lo ocurrido, o si le será indiferente. Prefiero que este enfadado, pues si le da igual significa que no siente nada por mí y eso no me gustaría.

Nada más llegar a la puerta de la oficina me lo encuentro. Está esperando al ascensor y me ve enseguida. No importa cuánto me esconda, él siempre me ve. Por desgracia, no parece nada contrariado con la escenita de anoche ya que me dirige una amplia sonrisa al saludarme.

—Buenos días —exclama.

Alguien se ha levantado hoy con el pie derecho, y no soy yo.

—¿Por qué estás tan animado? —Le pregunto, enfurruñada.

—No lo sé. Simplemente hoy me encuentro bien. El día está despejado, los pájaros cantan...

—Por favor, para o vomitaré un arco iris.

Él responde con una carcajada y me sigue cuando tomo las escaleras.

Lo cierto es que no espero que me pregunte nada acerca de Pablo, por eso me sorprende tanto oírlo sacar el tema.

—¿Como os fue anoche al guaperas y a ti? —Su voz intenta parecer despreocupada, pero detecto un cierto tono pesaroso, y eso me anima un poco.

—¿Guaperas?

Me llama la atención que lo califique de ese modo ya que personalmente creo que en cuestión de belleza los dos están bastante equiparados.

—Sí —replica solamente. Espero, pero no dice nada más. Llegamos al

rellano del primer piso.

—Me pidió salir, en una cita. Yo le dije que no me parecía buena idea.

—Debiste dejarlo hecho polvo.

—No lo creo, la verdad. No entiendo por qué se ha fijado en mí, no soy su tipo.

—Pues la noche de la fiesta, cuando le acompañé a coger un taxi, no paraba de hablar de ti. Dijo que le gustabas, y estaba muy borracho. Ya sabes que los borrachos siempre dicen la verdad.

—Ah —balbuceo. No sé como tomarme su comentario. Ahora no sólo no le importa que nos besáramos, sino que además lo está defendiendo, como si fuesen amigos. ¿Me he perdido algo?

—¿No quieres saber lo que le dije yo después? —Me pregunta.

Lo cierto es que no sé si me conviene saberlo, pero lo que tengo claro es que no quiero que Abel note mi mal humor, así que asiento.

—Sí, claro.

—Le dije que en ese caso ambos teníamos un problema, porque ambos queríamos lo mismo.

Me detengo de golpe, ya en el rellano de la segunda planta, y me vuelvo hacia él. El impacto de sus palabras me ha dejado perpleja.

—¿Qué?

Y entonces pasa algo que jamás habría esperado. En el ranking de cosas esperables, una abducción extraterrestre me parecía mucho más probable dadas las circunstancias.

Abel se inclina hacia mí, pone una mano en mi cintura y me empuja suavemente contra la pared de la escalera, después coloca sus labios sobre los míos. Al principio es solo un roce suave, un anticipo, pero pronto se convierte en el beso íntimo y profundo con el que había fantaseado tantas veces. Solo que el real es mejor que el de mis fantasías...

No dura mucho, en apenas unos segundos él se separa y me mira. Sus ojos se han vuelto oscuros de repente y esta vez no me aguanto las ganas de quitarle las gafas. Lo hago y me pierdo en el azul de sus iris mientras él alza la mano y la entrelaza en mi pelo, acariciándolo.

—¿Te ha molestado que te bese? —Me pregunta. Se me antoja una pregunta estúpida, dada mi respuesta, pero niego con la cabeza—. Ahora estamos empatados.

Se refiere a Pablo.

—No, no lo estáis.

—Llevo mucho tiempo queriendo besarte, siento haber tardado tanto — me dice y un estremecimiento me recorre el cuerpo.

—Está bien, te perdono —respondo—, pero me debes los intereses.

Abel sonríe y vuelve a besarme.

Esta vez me reafirmo en la idea de que es absolutamente perfecto. La aparición de Pablo en mi vida ha servido como trampolín para lo que tarde o temprano tenía que pasar entre Abel y yo. Sé que suena egoísta y mezquino pero también es la verdad más absoluta.

Abel y yo nos separamos a regañadientes y nos dirigimos cada uno a nuestro departamento. Mi mente, no obstante, se halla todavía en la escalera, entre sus brazos.

Paso la mañana en las nubes, tan absorta que incluso Candela se da cuenta. Por supuesto, no le cuento nada, pero la conozco y sé que no parará hasta conseguir enterarse del jugoso cotilleo que intuye bajo mi comportamiento errante. ¡Esa mujer es como un perro anti-droga, pero con marujeos! Voy a tener que andarme con ojo, pues a pesar de la falsa amabilidad con que me trata, tengo la certeza de que Candela me detesta al menos tanto como yo a ella, y si descubre lo que hay entre Abel y yo, no tardará en pregonarlo por toda la oficina.

Que yo sepa, en nuestra empresa no hay ninguna norma en contra de las relaciones amorosas entre empleados, pero aun así no creo que al jefe le hiciese mucha gracia. Es mejor ocultarlo.

El tiempo hasta la hora del descanso pasa despacio, como si quisiera fastidiar el que es probablemente el día más feliz de mi vida hasta la fecha, sin embargo nada va a poder estropearlo.

Ver a Abel esperándome en el pasillo me arranca una nueva y radiante sonrisa. Nos contenemos para no besarnos delante de todos nuestros compañeros, pero en cuanto salimos a la calle y perdemos de vista el edificio, nos lanzamos el uno a los brazos del otro. Tras unos minutos inmersos en la sensación de nuestras bocas fundidas, besándonos como si nos fuese la vida en ello, nos separamos solo unos pocos centímetros.

—Podría acostumbrarme a esto —murmura contra mi frente, y yo no podría estar más de acuerdo.

—¿Estaría mal si no volvemos hoy a la oficina? —Preguntó. Es una pregunta retórica, pero aún así me alegra su respuesta.

—Nada me gustaría más.

Comemos en el restaurante de siempre, la comida de siempre. Sin

embargo todo ha cambiado.

Hacia tiempo que no me sentía tan ligera, tan libre para sentir, ni tan importante. Siento como si todo el mundo me mirase con envidia, como si de pronto yo fuese el centro de la Tierra y Abel el Sol. A su lado, todas mis inseguridades y mis complejos desaparecen, porque él me quiere. Nada importa más que eso.

Una vez leí en alguna parte que, a nivel cerebral, enamorarse es muy parecido a enloquecer. Sientes cosas irracionales y de forma tan intensa que resulta casi enfermizo. Y quizás sea verdad porque sé que todas las cosas que estoy pensando y sintiendo en este momento, están muy lejos de la cordura.

La tarde se hace igual de larga que la mañana y entonces llega el final de la jornada.

Una parte de mí desea no tener que separarme de él, pero también estoy nerviosa. ¿Estaría bien si le invito a venir a casa? No me parece una idea sensata. Podría pensar que estoy yendo demasiado deprisa, aunque es posible que tenga tantas ganas de estar a solas conmigo como yo de tenerlo solo para mí. Sin embargo, antes de que pueda tomar una decisión, él se me adelanta.

—Voy a acompañarte a la parada del autobús, después te daré un beso de buenas noches y me iré a casa —dice. Me siento a la vez aliviada y frustrada. Es extraño.

—De acuerdo —respondo, y ambos caminamos en silencio calle abajo. Al girar en la acera, su mano atrapa la mía.

Caminar de la mano con un hombre de nuevo me llena de ilusión y de sensaciones encontradas, largamente olvidadas, pero al mismo tiempo me hace sentir rara. De pronto, el miedo hace su aparición. Intento alejarlo de mi mente, pero soy una persona obsesiva y me temo que terminaré autosaboteándome.

Además de contra los obstáculos habituales de una relación, más aún cuando es una relación en el mismo lugar de trabajo, tendré que luchar contra mí misma para que esto salga bien. ¡Y lo haré!

Cuando llegamos a nuestro destino, me vuelvo hacia él y aguardo el beso prometido. No se hace esperar. Vuelvo a estar en el paraíso durante unos minutos, hasta que el autobús llega. Demasiado pronto.

Me despido de él, refunfuñando y lo veo alejarse con un suspiro atascado en la garganta.

Durante el trayecto me doy cuenta de que al llegar a casa voy a tener que enfrentarme a algo mucho más terrorífico que ninguna otra cosa que haya

pasado hoy: Dar a Hana la razón.

Tal y como esperaba, cuando le cuento lo acontecido ella da un salto que parece un triple mortal con carpado y grita como una colegiala en un concierto de One Direction.

—¡¡Lo sabía!! ¿No te lo dije? Era el destino.

—¿Qué pasa? —Pregunta Nerea desde su habitación, alarmada por el escándalo.

—Sara tiene novio —exclama Hana con esa voz cantarina que me recuerda a una niña de Primaria bromeando con sus amigas en el patio de recreo.

—¿En serio? —No parece sorprendida y enseguida me lanza una de sus pícaras miradas—. ¿Pablo?

Yo niego con la cabeza.

—Abel —replico. Ahora sí se asombra.

—¿El raro? No me lo esperaba.

Frunzo el ceño. No me gusta que lo llamen raro.

—Bueno, se notaba a la legua que había algo, pero nunca pensé que se lanzaría, no parece de esos —continúa Nerea—. Suponía que te enrollarías con Pablo y lo tuyo con el gafitas quedaría en una simple tensión sexual no resuelta. Pero me allego, puede que salga bien.

Hana toma entonces la palabra. También parece molesta con Nerea a causa del poco entusiasmo que muestra por la noticia y por los calificativos con los que se ha referido a Abel.

—No seas borde —le regaña—. Abel es un chico estupendo y Sara es nuestra amiga. Debemos alegrarnos por ella.

—Si me alegro —asegura Nerea—. Sólo digo que, de entre todas las opciones, me preocupa que haya escogido a un panoli.

—¡No es un panoli! —Replica Hana, su voz es cada vez más aguda. Le pasa cuando se enfada, las pocas veces que lo hace—. Que no busque enseguida la mejor forma de meterse en su cama no significa que sea un panoli. Hay hombres serios, aunque no lo creas.

—Me encantaría hacerte compañía en tu mundo de yupi, Ricitos de Oro, pero aquí en la vida real lo cierto es que todos los hombres son iguales, todos buscan lo mismo. No importa si van con la verdad por delante o les da morbo montárselo en plan reto personal. Perdóname si prefiero conocer la jugada desde el principio.

No sé en qué momento el tema de la discusión ha cambiado, pero es

evidente que ya no trata de Abel y de mí.

—Es muy triste que pienses así, Nerea —declara Hana, y aunque yo estoy de acuerdo, no lo expresó en voz alta—. Por eso solo tienes malas relaciones. Alguien debió de hacerte mucho daño en el pasado.

Los ojos de Nerea se convierten entonces en ascuas de fuego candentes. Ahora está furiosa. Parece que Hana, sin proponérselo, ha dado en el clavo. ¿Cuál será su historia?

—No te metas donde no te llaman —replica airadamente y, sin más, vuelve a su habitación y cierra de un portazo. Es evidente que no va a contarnos nada de su oscuro pasado, al menos hoy.

Por segunda noche consecutiva, me cuesta dormir. En cuestión de pocas horas mi vida ha dado un giro tan drástico que no sé muy bien como asimilarlo. Tengo los nervios a flor de piel.

El resto de la semana transcurre entre sol y sombra.

Cuando estoy con Abel, podría ser considerada para ostentar el título de persona más feliz de la Tierra; en el momento en que vuelvo a verme sola, la inquietud me consume.

Después de todo por lo que he pasado en mi vida, la sola idea de hacer fracasar esta relación me revuelve el estomago. Y no ayuda el hecho de que, tras la pelea entre Hana y Nerea, en la casa reine un ambiente tan tenso.

La semana llega a su fin.

El viernes, al salir del trabajo Abel me acompaña al autobús (va en camino de convertirse en costumbre) pero antes de llegar, se detiene un instante y me mira, como queriendo decirme algo.

—No quiero parecer demasiado pesado, pero no creo que pueda pasar todo el fin de semana sin verte —declara, a mí se me encoge el corazón, pues yo siento exactamente lo mismo.

—Tal vez podríamos hacer como si no fuese fin de semana y pasar el día juntos —propongo—. Solo que sin trabajar.

—Suena perfecto.

«Siento haberos tenido tan abandonados esta semana, queridos lectores, pero sospecho que vais a perdonarme cuando os cuente la razón de mi ausencia.

Si, amigos, mi vida sentimental ha dado un giro de 180 grados. El beso de P parece que despertó mi suerte, como si de una Bella Durmiente se tratase, y aunque estaba confusa sobre mis sentimientos, ahora lo tengo claro. Más que claro, cristalino.

Estoy enamorada de A. Y lo mejor de todo, él también parece estarlo de mí.

De hecho, el beso de P por fin lo hizo reaccionar y ambos tuvimos un encuentro en las escaleras del edificio donde trabajamos. Un encuentro que no encuentro palabras para describir, sólo se me ocurre: Increíble.

En resumen, ahora parecer ser que somos pareja. Creo... Espero... No lo hemos hablado en realidad, pero hemos quedado mañana.

¡¡Una cita por fin!! Casi no me lo puedo creer. Estoy desentrenada. Me preocupa no saber cómo comportarme, decir o hacer algo inapropiado, meter la pata es tan fácil para alguien como yo... ¡ AARRRRGGG!».

Nada más pulsar el botón de intro y publicar el post, escucho los finos nudillos de Hana golpeando mi puerta. Le invito a pasar y me doy cuenta de que tiene una expresión muy poco habitual en ella. Esta triste.

—¿Qué te pasa? —Le pregunto.

—Me preguntaba si... —Comienza. Verla dudar, hablar como si fuese a comunicarte la peor noticia del mundo, me parece tan inusual que le presto toda mi atención—. Bueno hace un tiempo me dijiste que mi trabajo encajaría bien en tu empresa y no sé... Comprendo que no puedes hacer gran cosa pero si no te importa, me gustaría que entregases mi currículum a tu jefe y le hablastes bien de mi.

—Sí, claro. Pero, ¿qué pasa con tu negocio online, con tus diseños? — Pregunto, alarmada.

—No te lo dije, pero fue mi ex novio quien me dio el dinero para comenzar el negocio. Ahora me ha pedido que se lo devuelva, y con unos intereses demasiado altos. Nunca he sacado grandes beneficios de la tienda online y los impuestos me han dejado prácticamente en banca rota. He tenido que abandonar y ahora... Bueno, no tengo trabajo.

Me he quedado atónita con sus palabras. No puedo creerlo, aunque si lo pienso, de pronto todo cobra sentido. Hana ha estado de mal humor toda la semana (aunque en su caso “mal humor” sea equivalente a un humor normalito en cualquier otra persona) y ha estado discutiendo mucho con Nerea, algo poco habitual dado su carácter. Mientras, yo estaba tan ensimismada con mi vida que no me he dado cuenta de nada. ¡Soy una amiga de mierda!

Además, aunque hace días que mi jefe propuso el concurso para la nueva campaña y pensé en Hana y en sus ilustraciones, todavía no le había propuesto la idea a la interesada. ¡Qué le vamos a hacer, soy un desastre! Lo

cierto es que pensaba dejar pasar la oportunidad, ya que no se me ocurría nada, pero estoy segura de que ahora, si me esfuerzo, sacaré algo que pueda valer. Más todavía si cuento con el talento de Hana... Vuelvo entonces a sentir entusiasmo por el concurso y me atrevo a imaginar la posibilidad de que la campaña que diseñemos Hana y yo sea la idea ganadora. Ella conseguiría un Nuevo trabajo y mi vida entera quedaría patas arriba, pero en el buen sentido.

Por fin le cuento todo a Hana y, tal como esperaba, se une a mi entusiasmo enseguida. Entre las dos, terminamos lanzando las campanas al vuelo, quizá con demasiada rapidez. Si ganamos... Parece imposible semejante fortuna, semejante felicidad. Sería como si el karma hubiera decidido por fin devolverme lo que me debe. ¡Ya va siendo hora!

Bueno, mejor dejen ya de darle vueltas, no vaya a ser que lo gafe...

No tardamos en ponernos a trabajar. Le enseño las frases que se me ocurrieron para las nuevas tarjetas y me agrada ver que se ríe. Da gusto verla reír, resulta mucho más natural una sonrisa que una mueca triste en su bonita cara.

Hana no tarda en esbozar algunos dibujos para las tarjetas: Una graciosa pareja rodeada de corazones para las felicitaciones de San Valentín, una niña soplando velas en una enorme tarta, una pareja de novios alejándose en un coche que muestra un cartel donde pone "Recién casados". Hana tiene un talento asombroso.

Cuando queremos darnos cuenta, ya se ha hecho de noche.

—Voy a preparar algo especial para cenar, para celebrarlo — dice—: Comida china.

—Eso no es especial, comemos china constantemente. —Por eso...

Y mientras la ayudo en la cocina, escucho la puerta de entrada abrirse. Es Nerea. Me asomo al pasillo y la veo echar prendas de ropa a una bolsa de deporte. Se me cae el alma a los pies. ¿No estará pensando en marcharse? Este sería un pésimo momento, por no decir que me daría mucha pena. En fin, Nerea es peculiar y no he congeniado con ella tanto como con Hana, pero le he tomado cariño.

—¿Dónde vas? —Me atrevo a preguntar.

—Rubén me ha invitado a una casa rural el fin de semana — me responde. Me alivia ver que parece de buen humor.

—Genial —le digo. Y soy sincera.

En un tiempo récord, ella hace su maleta y vuelve a marcharse. Hana lo

ha escuchado todo, pero no abre la boca hasta estar segura de que se ha ido.

—Estoy preocupada por ella, Sara. Por eso le riño tanto — dice—. Ella sabe mejor que nadie que Rubén es un mujeriego que pasará de ella en cuanto se canse, pero parece que no le importa... Con la cantidad de hombres buenos que hay por ahí, ella siempre va a caer en tipos como él.

—¿Cómo estas tan segura de que Rubén va a hacerle daño?

—Conozco a los chicos como él... Hace tiempo solía salir con ellos.

De nuevo me sorprendo al conocer otro pasado oscuro.

—¿En serio? ¿Tú? —Pregunto, incrédula.

—Tuve mi época desenfadada —ríe ella.

Igual que Abel. ¿Acaso no hay nadie como yo? Alguien que no haya cambiado con los años, que haya sido igual desde la adolescencia. ¿Y si soy yo la rara? Tal vez el cambio sea necesario.

—A propósito —dice Hana—, mañana se celebra un salón del cómic y voy a ir. Después harán una fiesta, ¿Os apetecería venir a ti y a A?

Me hace gracia que todavía lo llame A. Eso me recuerda que sigue leyendo el blog. A veces lo olvido, pues es tan discreta...

—No lo sé —respondo—, no creo que sea buena idea. Es nuestra primera cita solos.

—¡Oh sí, sí! Mejor os dejo intimidad, claro —dice—. Supongo que aún no.

Aunque no lo diga, se que se refiere al sexo.

—No, claro que no. Hace apenas cuatro días que nos besamos por primera vez, ni siquiera hemos hablado de lo que significa.

—Vamos, pero es evidente que estáis locos el uno por el otro.

En el mundo manga lo vuestro sería *hontoo no ai*

—¿Cómo? —Hacía mucho tiempo que no me soltaba una frasecita en japonés, su idioma favorito.

—Significa “amor verdadero” —explica.

—No exageres, por favor. Nos gustamos, eso es todo.

—No Sara, lo vuestro es de película. Llevabais años trabajando en la misma empresa sin haberos visto siquiera. De pronto, por designios del destino, os quedáis atrapados en un ascensor y comenzáis a daros cuenta de que os entendéis, de que os gusta estar juntos... Pero ninguno da el paso. Entonces aparece el tercero en discordia, un chico atrevido, guapo, carismático; y el héroe de nuestra historia se da cuenta de que debe mover ficha o se quedará para siempre en el banquillo. Después, un perfecto

momento romántico unos días de acercamientos y roces castos... Ya es hora de dejarse de tonterías, amiga mía. La casa va a estar libre, para variar. Invítale a cenar o a ver una película, cualquier eufemismo vale para darle a entender lo que quieres de verdad: Sexo.

Su síntesis me ha dejado patidifusa. Parece ser que su talento no se limita al dibujo, también sería una gran novelista.

—Está bien, tú ganas —accedo, reprimiendo la risa—. Pero que conste que es sólo porque no sé cómo responder a tan magnífico alegato.

Ambas nos reímos. Después cenamos tranquilamente y vemos la televisión juntas hasta que nos quedamos dormidas en el sofá.

# Capítulo 10 Las cosas buenas se hacen esperar

»Por\_una\_sonrisa comenta: ¡¡Me alegro mucho por ti FracaSara!! Yo sabía que tarde o temprano encontrarías a un buen chico. A parece estupendo.

»Cecilinah comenta: Todas las tontas tienen suerte... No me malinterpretes, me alegro por ti pero deberías renunciar al título de fracasada Nº 1.

»Pitágoras28 comenta: Estoy seguro de que seréis muy felices. Parece que estáis hechos el uno para el otro. Mucha suerte.

Como siempre, mis lectores me arrancan una sonrisa. Nada más levantarme esta mañana, he encendido el ordenador para buscar una película que proponer para esta noche con Abel.

¿Qué tipo de cine le gustará? De acción... No creo que sean su estilo, tiros y explosiones sin ton ni son. De terror tampoco parece apropiado, las historias suelen ser bastante absurdas.

Desde luego las comedias románticas y dramas lacrimógenos no son una opción. Entonces ¿Que me queda? Los thrillers psicológicos. Veamos, Internet me recomienda varias: El silencio de los corderos, Seven, El sexto sentido, Memento... No sé cuál elegir. Al final me decido por una y cojo el teléfono para llamarle. Tras un par de tonos, su suave voz grave me contesta.

—Hola, estaba a punto de llamarte yo —me dice.

—Pues me he adelantado —replico—. ¿Qué te parece ver una peli y cenar en mi casa? Mis compañeras se han ido.

Durante un instante la línea se queda en silencio. Temo haber sido demasiado directa, quizá hasta invasiva. ¿Se habrá molestado? Me alivia oírle responder.

—Me encantaría. ¿A qué hora voy?

—A las 8.

A las 7:45 ya estoy completamente histérica, subiéndome por las paredes de puro nervio. He pasado horas eligiendo la ropa que ponerme. El conjunto interior no ha supuesto demasiado esfuerzo ya que, gracias a mi larga sequía sexual, hacía mucho que no compraba lencería destinada a atraer a ningún

hombre. Solo conservaba un conjunto de los buenos tiempos, de modo que tampoco tenía dónde elegir. Al menos está en perfecto estado, fue usado muy pocas veces.

Cinco minutos antes de las 8, el timbre suena y yo me lanzo al interfono como una leona sobre una gacela. Abro, y cuando Abel aparece en el rellano, me contengo para no saltar también sobre él. Me fijo un instante ya que hay algo diferente en su aspecto, algo que no consigo identificar.

Me cuesta, pero al final me doy cuenta. Las gafas. Son nuevas. Ha tirado las anticuadas lentes que llevaba y ha comprado un par nuevo, más moderno y elegante, la montura es fina y plateada, tanto que son prácticamente invisibles. ¿Tengo yo algo que ver con ese favorecedor cambio?

Entonces recuerdo lo que pensaba de él antes de conocerle, pensaba que necesitaba una mujer en su vida. Jamás hubiera imaginado que esa mujer sería yo.

—Hola —murmura mirándome a los ojos. Ahora el azul parece más brillante que nunca.

—Me encantan tu nuevo *look* —digo y él sonrío.

Ha traído una botella de vino. Me sorprende la calidad. Yo creía que era abstemio, pero cuando le pregunto se ríe y me responde.

—Nada de eso, es solo que a veces prefiero no tomar alcohol. Pero cuando hay un vino decente y buena compañía, sería un pecado no aprovechar.

Sin más preámbulos, comenzar a dar buena cuenta de él mientras esperamos la cena que he pedido a domicilio. Creí que esa era la mejor opción ya que yo soy una nefasta cocinera. No me gustaría intoxicarle en nuestra primera cita.

Enseguida se fija en la película que he escogido y que está sobre la mesa, la coge y la analiza, dándome a entender que está interesado. En cuanto el repartidor nos trae la cena, nos acomodamos en el sofá y ponemos la peli mientras atacamos los sabrosos manjares cortesía del restaurante italiano *Tagliatelli*.

Aún no hemos llegado a la mitad de la película cuando terminamos de cenar, y entonces nos acurrucamos el uno junto al otro. Abel entrelaza su mano con la mía, me da un suave beso en los labios y yo apoyo la cabeza en su hombro ambos decidimos abrir el vino y dispuesta a esperar pacientemente el final de la película para después pasar a la acción.

Pero me quedo dormida...

Son las tres de la madrugada cuando alguien sacude mi hombro. Es Hana. Me encuentro en el sofá donde he permanecido profundamente dormida todo este tiempo.

Alguien me ha cubierto con una manta. Tengo ganas de matarme.

—¿Qué haces ahí? —Pregunta Hana, confusa—. ¿Dónde está Abel?

Yo miro a mi alrededor, fastidiada y desorientada, hasta que mis ojos topan con una nota sobre la mesita de café.

«Parecías tan tranquila que no he querido despertarte. Gracias por la cena y la película (estuvo muy bien, aunque te perdieras la mitad) Te llamo mañana. Abel».

Me reafirmo en mi deseo de matarme, aquí mismo y del modo más cruel posible. Si pudiera, me daría golpes contra la pared hasta caer inconsciente. ¿Cómo he podido echar a perder nuestra gran noche quedándome dormida? ¿Qué habrá pensado Abel?

La nota que me ha dejado podría interpretarse de múltiples maneras. Me la imagino con un tono irónico, con reproche o como una burla hacia mi ineptitud. ¡Qué desastre!

—¿Y bien? —Insiste Hana, con los brazos en jarra sobre su voluminosa falda de tul.

—Creo... Creo que se ha ido —respondo.

—¿Cómo que se ha ido? —Farfulla—. ¿No habrás sido tan patosa de dormirte con la película? ¡Le has cortado el rollo de forma radical!

—¡Lo sé! —Exclamo—. ¡Lo siento!

Sin querer comienzo a hacer pucheros, pero aunque lo intente no puedo evitar romper a llorar. Es el colmo. Hana chasquea la lengua y se sienta junto a mí. Me da palmadas de consuelo en el hombro mientras descargo con lágrimas toda mi frustración.

—Vamos, vamos... Tampoco es para tanto. Seguro que no está enfadado. Estas cosas pasan... A veces.

Sus palabras no me consuelan demasiado.

—¡Tengo que llamarle! —Sollozo—. Ahora mismo.

—Ni hablar, Sara —replica mi amiga—. Ahora es muy tarde. Espera hasta mañana.

—No voy a poder dormir.

—¡Ni falta que te hace! Ya has dormido bastante.

Hana rompe a reír como una loca y poco a poco, termino contagiándome hasta que mi llanto desconsolado se transforma en risa histérica. No sé qué es

peor...

—Me voy a la cama —declara Hana—, hasta mañana.

—Buenas noches —le digo, y luego añado—. No le cuentes esto a Nerea. Ella se vuelve para mirarme desde la puerta.

—Tienes suerte de que no nos hablemos —contesta—, de otro modo esto sería lo primero que le contara nada más verla. Nos reiríamos de ti por los siglos de los siglos.

No sé si lo dice en serio o bromea, pero decido dejarlo estar. Si así fuera, me lo merecería.

Al contrario de lo que esperaba, me duermo de nuevo nada más tocar mi almohada. Los sueños parecen haberse confabulado en mi contra pues en mi mente revivo la noche anterior, sólo que no cometo el error de estropearla.

En mi sueño el Abel onírico y yo terminamos comiéndonos a besos sobre el mismo sofá. Parece salvaje el modo en que nos arrancamos la ropa, casi como si quisiéramos destrozar todo aquello que nos separase lo más mínimo.

Despierto alterada. Hacía mucho que no tenía sueños tan explícitos.

Me levanto de un salto y, sin detenerme a pensar, aprovecho la adrenalina que aún corre por mis venas a causa del sueño para hacer algo que de normal jamás hubiera hecho.

Me visto tan rápido que ni siquiera sé qué me he puesto y después bajo a la calle como alma que lleva el diablo. Tengo suerte. Un taxi pasa justo por mi calle y lo detengo. Acto seguido cojo el teléfono móvil y marco el número de Abel.

—¿Diga? —Le oigo responder con voz adormilada.

—Soy yo. Dime tu dirección.

—¿Sara? ¿Qué...?

—Calle, número, piso... —Insisto—. ¡Vamos!

Él me lo dice y yo se lo transmito al taxista. No quiero que nada me haga cambiar de opinión, de modo que corto la conversación antes de que pueda preguntarme qué me pasa.

Apenas unos minutos más tarde el taxi se detiene frente a un bloque de pisos muy cercano a nuestro trabajo. Pago al conductor y hago acopio de valor. ¡No voy a volver a meter la pata! Me repito constantemente esta frase, como un mantra, para darme fuerzas.

Subo las escaleras de dos en dos. Tengo que mantener la adrenalina fluyendo si no quiero que mi ánimo decaiga. Dan las 9 de la mañana del domingo cuando por fin llamo al timbre de la puerta de la casa de Abel.

¡Mierda! Como tarde mucho en abrir me voy a echar atrás.

Me imagino a mí misma escondiéndome como una rata asustadiza detrás de la escalera, y siento tanto rechazo que sacudo la cabeza para dejar de pensar en ello.

Y entonces se abre la puerta.

Abel aparece y me mira con los ojos como platos. No sé si será por el sueño que he tenido o porque él me recibe con los bóxers y la camiseta que debe usar de pijama, con el pelo revuelto y sin gafas, pero su visión se me antoja altamente atrayente.

—¿Estás bien? —Pregunta preocupado—. ¿Ha pasado algo? Yo niego con la cabeza y esbozo una sonrisa. De repente, ya no estoy nerviosa.

Me imagino lo extraños que deben resultarle mis actos, pero es mejor mostrarme tal y como soy... A veces puedo ser una lunática, otras una reprimida o una histérica. Y más vale que él lo asimile cuanto antes porque estas idas y venidas, estos cambios bruscos de personalidad, son parte de mi encanto. ¡Así soy yo!

Sin darle tiempo a mostrar ni siquiera un atisbo de perplejidad, lo empujo suavemente al interior del piso y cierro tras de mí.

—¿Qué...? —Comienza, pero yo le hago callar con un beso.

—Siento haber estropeado la cita anoche —murmuro contra sus labios, él ríe un poco.

—No seas tonta, estabas adorable así dormida —repone—. Además, las cosas buenas se hacen esperar.

—Pues no vamos a tener que esperar mucho más —declaro.

Y ambos nos dejamos llevar, casi como si siguiéramos un guión no escrito.

Sabía que nos entendíamos desde aquel día en el ascensor, congeniamos sin más, sin buscarlo y sin pretenderlo. Ahora casi dos meses después siento que por fin me encuentro donde debo estar, abrazada a Abel, besándole, andando a trompicones por el pasillo hacia su dormitorio y deshaciéndonos de la ropa por el camino.

Mostrar mi cuerpo ante los hombres nunca me ha sido fácil, siempre que dormía con mi ex insistía en hacerlo con la luz apagada. Me engañaba a mí misma pensando que así era más romántico, cuando lo cierto era que no podía dejar de pensar en mis defectos en lugar de centrarme en lo que estaba haciendo.

En el dormitorio de Abel la luz de la mañana entra a borbotones por las

ventanas. En otro tiempo me hubiera negado en redondo a desnudarme ahí. Ahora, no obstante, ni siquiera me preocupa. El modo en que él me mira, la forma en que acaricia las partes de mi cuerpo que antes me avergonzaban y el hecho de que me susurre lo hermosa que soy entre besos, hace que olvide mi pudor.

Y entiendo entonces que el romanticismo no depende de un lugar bonito, ni de un momento adecuado; mucho menos de un plan escrupulosamente pensado de antemano (como mi cita de anoche)

No, el romanticismo es esto. Es desear que el momento nunca termine, disfrutar de las imperfecciones, amar los defectos y los desaciertos... Es improvisar sin saber qué va a pasar.

Unas horas después los rayos de sol de mediodía entran directamente por la ventana dibujando franjas doradas en las sábanas y calentando la piel desnuda de mi pierna.

Abel se da la vuelta en la cama y rodea mi cintura con su brazo. No ha abierto los ojos pero llevo un rato escuchando su respiración y ya no es tan profunda como antes, lo que significa que ha despertado.

—¡Eh! Tengo hambre —le digo—. Dame de comer.

Él sonríe, aunque sigue sin abrir los ojos. Casi echo de menos ese azul insondable.

—Ahora voy —murmura, aunque no se mueve.

No insisto, me levanto, cojo una de sus camisas del armario y me aventuro por el pasillo en busca de la cocina. Su piso es pequeño, muy pequeño, pero no se puede pedir más estando en pleno centro de la ciudad. Sin embargo está limpio y ordenado.

Encuentro la minúscula cocina y me alegro de ver la cafetera eléctrica en la encimera, nada más entrar. Echo el café en polvo y la conecto. Después termino de curiosear la casa mientras el café se hace.

En el salón, que ocupa la mitad de espacio que el mío, hay una gran estantería llena de libros y películas. Parece ser que acerté con su género cinematográfico preferido. De pronto me fijo en una foto sobre uno de los estantes.

Aparece Abel, un poco más joven y también un poco más alegre, junto a una chica que le besa en la mejilla. Ambos parecen felices y los celos comienzan a consumirme. Sí, ese terrible monstruo verde nace dentro de mí... Hulk se está despertando.

—¿Qué haces? —Oigo su voz desde la puerta y me vuelvo rápidamente.

—Na... Nada —respondo, tragándome el disgusto—. Sólo curioseaba.

—Es mi hermana mayor —declara, señalando la fotografía—. Se llama Mónica y vive en Estados Unidos desde hace unos años.

El alivio me llena y de pronto me siento estúpida e irracional. Los dos somos mayores, tenemos nuestra historia, nuestro bagaje. Yo también... Sería una tontería preocuparse por las relaciones anteriores, por las personas a las que amamos antes de conocernos.

Suspiro y me detengo a mirarle. Pienso seriamente que debería estar siempre así, casi desnudo. Es mucho más sexy de lo que resulta posible intuir bajo esa ropa pasada de moda que lleva.

Entonces él se acerca, pone las manos sobre mis caderas y me atrae hacia sí.

—Dime, ¿tienes algún plan para hoy? —Pregunta.

—En realidad no. ¿Y tú?

—Acabo de cancelarlos —responde y me besa—. Me preguntaba, ya que no tienes planes, si querrías quedarte aquí conmigo.

Su boca se desliza por mi mandíbula y mi cuello hasta la clavícula. Con tanta estimulación me cuesta pensar.

—¿Hasta cuándo?

—No tenemos que ir a trabajar hasta mañana, ¿verdad?

Sus manos ascienden por mi espalda. Si en algún momento había tenido alguna intención de negarme a sus peticiones, esta ya no existe. Mi determinación en este preciso momento es dejar que Abel me vuelva a llevar a la cama y dar rienda suelta a la pasión.

Y así transcurren las siguientes veinte horas...

# Capítulo 11 Una montaña de un grano de arena

Cuando he vuelto a casa hoy, lunes, después del trabajo, sin haber pisado por allí desde el domingo por la mañana, Hana me ha recibido con una sonrisa muy sugerente.

Me ha insistido tanto y con tal ahínco que he terminado contándole mi maratón de sexo desenfrenado con Abel con todo detalle. Cuando he terminado, ella ha soltado un ruidoso suspiro y ha anunciado que va a comenzar a hacer los preparativos de mi boda.

Supongo que está bromeando, aunque nunca se sabe con Hana.

Nerea está en casa pero no ha salido de su habitación ni siquiera para cenar. Hana no sabe qué le ha ocurrido en su fin de semana con Rubén en la casa rural, pero me ha contado que apareció el domingo por la tarde con cara de perro y que se encerró en su cuarto sin más.

Al parecer no ha salido desde entonces más que un par de veces al baño y una tercera para coger algo de comer de la nevera. No ha cruzado palabra alguna con Hana.

Pienso en llamar a su puerta y preguntarle pero al final decido darle un poco más de tiempo.

Nerea es el tipo de persona que si quiere estar sola, se aísla del mundo, y si quiere compañía, te lo hace saber. Lo mejor será dejarle su espacio.

Paso la tarde del lunes con Hana planeando la presentación de nuestras tarjetas. Durante el fin de semana Hana ha perfeccionado y coloreado algunos dibujos de modo que ahora están preparados para fundirlos con las palabras del eslogan y dar a las tarjetas la imagen definitiva.

Hace unos días pedí a mi jefe una reunión para mostrarle mi idea y el trabajo de Hana, esa reunión será dentro de exactamente dos semanas y aún nos queda mucho por hacer: Elegir las mejores frases, la tipografía... Preparar la presentación en diapositivas... Y lo peor de todo, un informe técnico.

Leí en el libro que Abel me regaló que se necesita un estudio de mercado y de la competencia siempre que se propone una idea para una nueva campaña, y lo cierto es que me preocupa esa parte, ya que yo no tengo ni idea

del mercado actual ni de las últimas tendencias en tarjetas de felicitación.

Decido que lo mejor será pedir ayuda con eso al mismo Abel. Él debe saber mucho de eso, ya que es contable de la empresa.

Al día siguiente durante la comida, entre la ensalada y el sándwich, y mientras hacemos manitas sobre la mesa del restaurante, se lo pido. Al contrario de lo que esperaba, él no accede de inmediato. Se queda meditando un instante.

—Verás, es que yo voy a formar parte de la Junta que decida la mejor idea —me revela—. Hace unos días que el jefe me lo pidió y no sabía si al final ibas a participar.

—Pero sin ti voy a ser incapaz de terminar la presentación —protesto—. Necesito calcular un pronóstico de venta, realizar un análisis de la competencia... Y lo necesito en sólo dos semanas.

—Bueno, puedo echarte una mano, enseñarte a hacerlo. Pero después tendrás que hacerlo tú sola —declara él.

Lo entiendo, tiene lógica, pero no puedo evitar frustrarme, enfadarme y pagarlo con él.

—El jefe no se enteraría si me ayudaras —replico, él vacila antes de responder.

—Pero Sara, si ganas y te ascienden deberás aprender a hacerlo por ti misma igualmente —dice—. No voy a estar ahí para hacer el trabajo por ti.

—¿Estás insinuando que soy una inútil? —Mascullo, molesta.

—¡No! No he dicho eso —se apresura a aclarar él—. Digo que es más útil que te enseñe a hacerlo que ocuparme yo de todo, sólo eso.

—¡Ah! Porque ha sonado como si pensaras que no soy capaz.

—Eres perfectamente capaz —repite él—. Ni que fuese algo tan complicado, no es física nuclear.

En ese momento, no sé por qué, me levanto airadamente de la mesa y lanzo la servilleta contra él. Sí, estoy sacando las cosas de quicio, pero me siento incapaz de controlar mi mal genio.

—¡Pues que sepas que podría ser física nuclear si me lo propusiera! —Grito.

Después salgo del restaurante hecha un basilisco.

Me esfuerzo en no hablarle durante toda la tarde, a pesar de que se acerca a mi mesa varias veces para hacerme entrar en razón.

Me estoy comportando como una niña de cinco años, lo sé, pero la presión es demasiado fuerte. No solo está en juego mi ascenso, también la

posibilidad de un trabajo para Hana, y le debo tanto a ella...

¡Estúpido Abel! ¿Por qué no puede saltarse las normas por una vez? Eso me pasa por elegir a un buen chico, para variar.

—¡Oh, oh! —Susurra Candela en el escritorio contiguo al mío, después de que Abel haya intentado hablar conmigo por tercera vez, sin éxito—. ¿Problemas en el Paraíso?

—No sé de qué Paraíso me hablas —replico secamente.

—Vamos, está claro que tienes algo con el rarito —ríe *La Jeta*—. Lo ocultáis, pero se nota.

—¡Sólo somos amigos, Candela! —Le grito, claramente alterada—. A ver si te enteras.

La dejo en la recepción, tan sorprendida como ofendida por mis gritos, y me voy corriendo.

Necesito estar tranquila un minuto. La importancia de ese concurso se ha incrementado tanto que parezco incapaz de tolerar hasta el mínimo contratiempo. Ganar empieza a ser vital, y yo no soy una persona acostumbrada a soportar presiones con tanta repercusión.

Sin darme cuenta he terminado refugiándome en el rellano de la escalera donde Abel me besó por primera vez. Al recordarlo siento una punzada en el pecho. Me he comportado de un modo intolerable con él, sé que si sigo así estropearé lo más importante que tengo ahora en mi vida. ¡¿Qué demonios me pasa?! No puedo hacer nada bien.

Respiro hondo un par de veces y me dispongo a ir a ver a Abel para pedirle perdón cuando, de pronto, aparece por la puerta y entra en el rellano. Parece preocupado por mí y sé que me ha estado buscando y tratando de arreglar las cosas conmigo en cada momento libre que le ha dejado el trabajo. Lo amo por ello, y me odio a mí misma por ser tan intransigente.

—Lo siento —balbuceo, y me echo en sus brazos, necesitada de su afecto y de la clama que me transmite siempre que estoy a su lado.

—Tranquila —dice besando mi frente con dulzura—. Sé que estás trabajando duro y que hay mucho en juego, lo entiendo. Y entonces no puedo evitar llorar. ¿Qué he hecho yo para merecer a alguien tan bueno?

—Sé que soy cargante y a veces inaguantable —murmuro contra su camisa mientras recupero la cordura, embebiéndome de su serenidad—. Lo siento, perdóname por hablarte así.

—Está bien, no te disculpes más.

Entonces él se inclina y me besa con suavidad en los labios, haciéndome

saber que todo está bien entre nosotros, que todo ha sido una simple riña estúpida. Luego me abraza con fuerza.

—Te ayudaré, de verdad —dice—. ¿Qué te parece si trabajamos en ello un par de horas cada día después del trabajo? Así, para el fin de semana ya habrás aprendido y podrás hacerlo tu sola.

—Vale —accedo, sabiendo que aún así, estoy pidiendo demasiado.

El resto de las tardes de esa semana las paso en casa de Abel, aprendiendo a analizar datos de venta de otras empresas y campañas, practicando el cálculo de presupuestos y pronósticos, y recibiendo consejos para redactar el informe requerido.

Abel tenía razón, no es tan difícil como parecía, aunque es cierto que yo siempre he tenido tendencia a hacer una montaña de un grano de arena.

El viernes por la tarde decido que ya tengo todo lo necesario para ponerme a trabajar en ello el lunes sin falta.

De pronto, la tensión y el nerviosismo que he estado sufriendo todo este tiempo mengua hasta convertirse en una diminuta molestia en alguna parte de mi cerebro, y me doy cuenta de que, con todo el lío de trabajo, Abel y yo no hemos tenido tiempo de estar juntos... Bueno, juntos sí, pero no "revueltos". compensaré. Decido entonces que el fin de semana lo

No sólo por mi agradecimiento hacia su inestimable ayuda, sino también porque me muero de ganas de comérmelo a besos, de dormir a su lado, de verle, oírle y sentirle sólo a él.

Hace una semana y parece que hayan pasado siglos desde la última vez.

Dedico toda la mañana del sábado a depilarme y arreglarme para estar perfecta. Esta noche hemos restaurante con glamour y muy buenas llevarme el postre a casa...

reservado en un críticas y pienso

Nada más entrar en el local su lujosa decoración nos hace exhalar un elogio. Los platos que nos sirven son de primera categoría: Alcachofas confitadas, rissoto, salteado de setas, sopa fría de marisco... ¡Toda una delicia! Pero los segundos platos no se quedan atrás: Magret de pato, cordero a la menta, lenguado con salsa de ostras... ¡Delicioso!

Pasamos la cena conversando, bromeando acerca de poseer propiedades en algún rincón de América del Norte, de pasar el invierno en Aspen y el verano en Malibú, e imitando el acento pijo que seguramente tendrán el resto de comensales del salón, sin atender a las miradas reprobadoras de los camareros.

Al final estamos tan llenos y hartos de reír que nos marchamos sin tomar el postre. (Aunque la tarta de terciopelo rojo y la creme brulée tenían una pinta exquisita)

Regresamos a casa de Abel en taxi, todavía riéndonos de la pinta snob de los clientes del lugar. Mientras subimos las escaleras, y quizá a causa del exceso de vino durante la cena, me tropiezo y me golpeo la rodilla tan fuerte que se me rompen las medias y me hago un rasguño.

La herida comienza a sangrar de inmediato.

Entonces Abel me alza entre sus brazos y cubre sin demasiado esfuerzo los últimos tramos de escaleras hasta su apartamento. No me suelta hasta dejarme en el baño donde, acto seguido, saca agua oxigenada y una tirita y me cura la herida.

Puede parecer raro, pero tanto la situación como su expresión concentrada mientras me coloca la tirita me resultan terriblemente sensuales.

Cuando ha terminado de curarme, comienza a quitarme las medias de un modo tan erótico que creo que me voy a volver loca. Quiero abalanzarme sobre él, y me dispongo a ello, pero él me detiene.

Vuelve a cogerme en brazos y empieza a besarme con ardor. Cuando quiero darme cuenta, ya estamos en su dormitorio y me sigue besando con deseo mientras me quita lentamente cada una de las prendas que cubren mi cuerpo. La chaqueta primero, después la blusa, pero no de golpe, sino botón por botón, tomándose su tiempo.

Una parte de mí intenta controlar el impulso de tirar de mis ropas y hacer saltar los botones, mientras la otra parte disfruta de las caricias pausadas y apasionadas con que él cubre la piel de mis brazos y mi espalda. La blusa cae por fin al suelo y la falda la sigue. Y yo tomo el relevo.

Me afano en quitarle la ropa lo más despacio posible pero me descubro incapaz de conseguirlo. Está claro que no tengo el mismo autocontrol que él.

Sí, soy impetuosa y vehemente, y pocas veces me detengo a pensar antes de actuar, pero es por eso que Abel y yo nos complementamos.

Yo me apresuro, él me contiene y al final caigo de espaldas sobre el colchón, arrastrándole conmigo.

Parece un sueño, creo que es un sueño...

Nadie puede encajar tan bien con una persona tan deprisa. No puedo evitar pensar en mi corta lista de amantes anteriores a Abel, y no sé si es posible haber tenido tanta mala suerte. Comparados con él, resultan patéticos.

Con Abel a veces siento que me lee el pensamiento, sabe qué hacer y

cómo hacerlo tan pronto como yo lo pienso y, haciendo el amor con él, he aprendido cosas de mí misma que no conocía hasta ahora, cosas que no sabía que me gustaban.

También he aprendido algunas cosas de él, aunque esas me las reservo para mí.

Mientras lo observo dormido a la tenue luz de las farolas de la calle, siento que algo brota dentro de mí, un sentimiento tan grande que parece imposible evitar que estalle, que salga.

Y sale.

—Te quiero —murmuro en voz baja, acariciando con los dedos su pelo oscuro.

Él no me responde, no me ha oído, pero espero que de algún modo mis palabras hayan conseguido traspasar la barrera de su subconsciente y se hayan filtrado en sus sueños para que al menos en ellos pueda escuchar lo que siento por él.

Amor, A de amor.

«Queridos lectores,

Sé que últimamente no posteo demasiado a menudo, pero he estado muy ocupada y no, no es A lo que ocupa todo mi tiempo (aunque intento estar con él lo máximo posible) sino un ilusionante proyecto que tengo en el trabajo.

Mentiría si dijera que paso las horas trabajando sin parar, aunque esta semana me he superado a mí misma. Hacía años que no redactaba un informe tan detallado y extenso, y nunca antes lo había hecho de materias tan técnicas como la que me ocupa... Pero hay que progresar en la vida ¡Y eso hago!

Por supuesto, he visto a A cada día en el trabajo, pero ahí no podemos hacer nada. No podemos dejar que nadie nos vea en actitud cariñosa, sólo por si acaso... De modo que hoy, que es viernes, estoy deseando dejar atrás el solitario arresto domiciliario que me he visto obligada a sufrir estas tardes atrás y a salir con A como pareja.

Iremos al cine, a pasear y como viene siendo habitual los fines de semana, me quedaré en su casa a dormir. Bueno, no solo dormiremos, está claro.

Os mantendré informados de mis progresos laborales. Cambio y corto».

# Capítulo 12: El Gran D... Desastre

«Habéis oído hablar alguna vez de la Ley de Murphy? Sí, la que habla de la tostada y la mantequilla...

En esencia lo que trata de explicarnos esta teoría es que si hay algo que pueda salir mal, saldrá mal.

Ya sospechaba que las cosas me estaban yendo demasiado bien últimamente, pero ¡Ya sabéis lo que dicen! Afortunada en el juego, desafortunada en amores... Y lo mismo se aplica al contrario.

Ahora tengo el amor de un hombre maravilloso. Y un trabajo en la cuerda floja.

A y yo llevamos ya un mes saliendo y estamos tan bien juntos que incluso me parece preocupante. A veces me da por pensar que no es justo que se acumule tanta felicidad dentro de una sola persona, es tan poco solidario...

Pero precisamente por eso se inventó ese refrán, y también Murphy ideó su ley. Porque no se puede tener todo».

Alguien me ha echado un mal de ojo.

Todo ha comenzado esta mañana. Es lunes, el Gran Día, el día de mi presentación. Tal vez haya sido por no estar durmiendo en mi casa, por no tener mi despertador o por el tan maravilloso como agotador polvo de anoche, pero me he dormido.

Abel me ha despertado sacudiéndome el hombro después de ducharse. Apenas tenía media hora para arreglarme.

Me he vestido echando leches, de modo que he cometido el tremendo error de combinar una blusa rosa fucsia con una falda roja. Mi madre siempre decía: “Rosa y rojo, patada en el ojo”.

Pero, ¡qué más da! Mi modelito no es lo importante. Lo vital es llegar puntual a la reunión. Sin desayunar, Abel y yo salimos corriendo de su casa.

Su piso está a dos manzanas de la oficina y él siempre va andando. Me alegro de no tener que coger el transporte público, pero olvido que la calle tiene demasiados peligros para alguien tan torpe como yo.

El desastre da comienzo nada más salir al portal.

Justo cuando voy abrir la puerta de la calle, algún vecino despistado (o quizá la despistada sea yo) intenta entrar. El resultado es un doloroso golpe

en la nariz con la puerta, que me deja atontada y con una fuente de brillante y roja sangre en lugar de cara.

—¡Mierda! —Mascullo, intentando evitar que la sangre me manche la ropa.

Abel saca un pañuelo de su bolsillo y lo aprieta contra el puente de mi nariz mientras el vecino pide disculpas una y otra vez, angustiado.

—Mantén la cabeza inclinada —dice Abel—. Dejará de sangrar en un momento, espero...

Tarda más de un momento en parar la hemorragia, más de lo que me hubiese gustado pero al final dejo de sangrar.

Me meto en cada uno de los agujeros de la nariz un pedazo de pañuelo de papel ensangrentado y retomo el camino. Quedan apenas diez minutos para el inicio de la reunión y aún tendría que encender el proyector.

Me aseguro de llevar el pendrive con las dispositivas en el bolso mientras corro por la acera.

Abel y yo cruzamos a toda prisa una calle y, justo cuando alcanzo la acera, mi tacón se queda atascado en la reja de una alcantarilla. ¡Maldita sea!

Estiro con la pierna para sacarlo, pero está enganchado en un agujero tan estrecho que me parece increíble que haya podido entrar. Pienso en quitarme el zapato y seguir descalza, pero entonces Abel se acerca y tira de mi zapato a la vez que tiro yo... Y el tacón se rompe con un sonoro crujido.

—¡Mi zapato! —Exclamo, horrorizada—. ¡Dios mío! Me costaron casi 100 euros.

—¿100 euros en unos zapatos? —Pregunta Abel, sorprendido.

—Oye, yo no te digo qué hacer con tu dinero —protesto. Lo último que necesito es que me juzgue por mi evidente obsesión y compra compulsiva de zapatos.

—Vale, vale... —Dice—. Te regalaré otros, pero ahora hay que irse.

Me cuesta separarme del amputado trozo de mis queridos Louboutin, pero finalmente me doy la vuelta y corro tras él, cojeando por la falta de apoyo en el pie derecho.

Conseguimos alcanzar el vestíbulo de la oficina a dos minutos de la hora concertada y Abel insiste en que me tome un instante para arreglar mi aspecto mientras él enciende el proyector.

Paso por delante de mi puesto en la mesa de recepción donde Candela me llama por mi nombre.

—¿Qué te ha pasado, niña? —Me pregunta—. Estás horrible.

—No tengo tiempo, Candela, voy a...

—Por cierto, hoy has venido con el rarito. Te he visto — anuncia, y siento un retortijón nervioso en el estómago. Con las prisas nos hemos olvidado del disimulo.

No le contesto, simplemente suelto un bufido y corro hasta el baño. La imagen de mí misma hecha un desastre me devuelve la mirada en el espejo. Tengo el pelo alborotado por el aire, el maquillaje dañado, la nariz manchada de sangre seca y dos trozos de papel en las fosas nasales, por no hablar de la ropa arrugada por la carrera y del zapato roto.

Me apresuro a ordenar, acomodar y reparar mi atuendo en la medida de lo posible y cuando estoy lista, me dispongo a salir, pero la puerta del baño está cerrada. ¡Cerrada!

¿Quién demonios me ha encerrado en el baño?

Es una estancia grande y luminosa pero no tiene ventanas y la conciencia de estar atrapada sin poder salir activa mi claustrofobia. Y comienzo a golpear la puerta...

Primero de un modo controlado: Dos golpes suaves y un grito contenido de auxilio. Sin embargo, tarda poco en cundir el pánico. Me descubro entonces vociferando como una loca y aporreando la puerta con todas mis fuerzas, hasta que oigo el chasquido del cerrojo.

Abro de golpe, pero no sorprende a mi atacante. Todo el mundo me mira desde sus puestos, sorprendidos por mis gritos. Todo son expresiones desconcertadas y confusas... Inocentes.

—¿Quién demonios ha sido? —Exclamo—. ¿Quién me ha encerrado?

—Nadie —responde Candela desde la recepción, a escasos cinco metros—. No estaba cerrada, cielo.

Seguro que ha sido ella...

—¡Cuando me entere de quién ha sido, me va a conocer enfadada! — Amenazo al personal.

Después me lanzo hacia la sala de Juntas. Cuando llego allí, la mitad de los directivos se han marchado y la otra mitad están recogiendo sus cosas para irse también.

—Un momento —pido, angustiada—. Por favor, esperen un momento.

—Señorita, se le ha acabado el tiempo —declara mi jefe—. Es extremadamente irresponsable por su parte llegar tan tarde a una reunión.

—¡No! —Sollozo—. No ha sido culpa mía, me han encerrado... Yo...

El jefe chasquea la lengua con desdén y pasa a mi lado prácticamente sin

mirarme. Comienzo a sentir cómo los ojos se me llenan de lágrimas.

—He intentado entretenerlos, pero has tardado mucho... ¿Qué ha pasado, Sara? —Me pregunta Abel, ahora es el único que queda en la sala.

—Alguien me ha encerrado en el baño —murmuro, y no puedo evitar empezar a sollozar.

Entonces él me coge de la mano y me arrastra con disimulo hacia nuestro rellano de la escalera. Allí me desahogo hasta que me quedo sin lágrimas.

—¿Quién ha podido ser? —Pregunta Abel.

—No lo sé respondo tristemente—. Cuando he salido, todo el mundo parecía inocente. Pero si tengo que apostar por alguien, sería por Candela. ¡Esa bruja me la tiene jurada!

—¿Candela? ¿Tu compañera?

—¡Esa maldita vieja amargada! —Mascullo furiosa, frustrada, colérica...

—Tranquila... Intentaré hablar con el jefe —declara Abel—. Quizá te de una segunda oportunidad.

—No lo creo —replico—. Es un idiota, y me odia. ¿Has visto cómo me ha mirado? Como si fuese un gusano o algo peor... Es un cerdo despreciable, arrogante y soberbio que se cree que todos sus empleados deberíamos arrastrarnos ante él.

Abel me mira, impactado por la crueldad de mis palabras. —Te has pasado, no es tan malo.

Me arrepiento de lo que he dicho caso al instante. Cualquier cosa que salga de mi boca que pueda hacer que él me mire así, seguro que está mal.

—Quizá, pero ahora mismo lo detesto.

Me duele la reprobación que veo en su mirada, pero él no dice nada más. Me besa en la mejilla y me abraza unos instantes.

—Tengo que volver al trabajo —dice, y se marcha dejándome sola en las escaleras.

Me tomo un tiempo antes de volver a la recepción y cuando lo hago, me doy cuenta de que todos mis compañeros vuelven a mirarme del mismo modo que cuando me quedé encerrada en el ascensor. Me miran con compasión, con pena, con lástima... ¡Los odio!

El día transcurre sin más incidentes pero tanto mejor, pues no podría soportar más problemas ni adversidades. Ahora sólo quiero descansar, olvidar la oportunidad que he perdido y el trabajo que he hecho perder a Hana.

¡Oh, Dios! ¡Hana! Va a ser difícil decirle que no espere la llamada de la empresa.

—¿Quieres venir a mi casa esta noche también? —Me pregunta Abel mientras me acompaña a la parada del autobús al final del día.

—No, hoy no. Será mejor que vaya a darle a Hana las malas noticias —contesto.

—De acuerdo.

Vemos el autobús al final de la calle y entonces Abel se inclina hacia mí y me besa brevemente en los labios. Aparte de eso, sólo una sonrisa. ¿Y ya está?

Maldigo para mis adentros por no poder irme con él y apaciguar en su cama mi malestar por el chasco laboral. Desde luego, es cierto que las desgracias nunca vienen solas.

Cuando llego a casa Hana no está. Tampoco Nerea, de modo que aprovecho para darme una larga ducha caliente que calme mis ánimos.

Después de veinte minutos bajo el chorro de agua, salgo y me envuelvo en una mullida toalla.

Es entonces cuando escucho el llanto.

Salgo rápido y me encuentro a Hana con el brazo sobre los hombros de Nerea que llora desconsolada en el sofá del salón. Los ojos de Hana me lanzan una mirada, la más preocupada y dolida que le he visto nunca. ¡¿Pero qué ha pasado?!

Me siento junto a ellas y pregunto.

—Le ha dejado —anuncia Hana quien, de pronto, ha olvidado todos los rencores hacia Nerea.

No sé qué decir, de modo que tomo asiento junto a mi llorosa compañera de piso y la abrazo.

—Siempre es lo mismo —balbucea Nerea—. Y yo caigo siempre en la trampa. ¡Soy tonta!

—No, no eres tonta —replico—. Los tontos son ellos, que no saben ver lo maravillosa que eres.

Nerea me lanza una mirada llena de burla.

—Claro, soy maravillosa —responde, sarcástica—. Pero sólo para un revolcón de vez en cuando.

Hana chasquea la lengua.

—Tienes que fijarte en otro tipo de hombre —le recrimina con dulzura—. Un buen chico, como ha hecho Sara.

Nerea sacude la cabeza.

—El problema no es de ellos, es mío —dice—. Ya estuve una vez con un

buen chico... ¿Y sabéis qué pasó?

Hana y yo nos quedamos mirándola, expectantes. Con lo reservada que es, tenemos miedo de decir algo que evite que por fin nos cuente su gran secreto.

—Que me dejó plantada en el altar el día de nuestra boda porque quería ser cura —declara finalmente, con un sollozo—. Me dejó por Dios.

Nos quedamos heladas. ¡Es una bomba!

Ni Hana ni yo sabemos qué responder, de modo que continuamos abrazando a Nerea hasta que su llanto se calma y comienza a dormirse acurrucada en el sofá.

Finalmente la llevamos hasta su habitación y la acostamos en la cama.

Pobre Nerea...

En realidad no es tan frívola ni tan superficial, es en parte un mecanismo que la defiende del sufrimiento. Y casi siempre le funciona, pero a veces aparecen hombres como Rubén, o como su antiguo prometido, que traspasan sus barreras y terminan accediendo al frágil y sensible interior, adquiriendo el poder para dañarla de este modo.

# Capítulo 13: El Error (parte 1)

«Hace mucho tiempo que no escribo, varias semanas... Supongo que os preguntaréis por qué.

No sé de dónde he sacado las fuerzas para levantarme de la cama hoy y sentarme frente al ordenador para escribir, pero tenía la sensación de que contaros lo que me ha pasado podría ser lo único que me salve de hundirme en un profundo pozo negro del que de otro modo no saldría jamás.

Creo seriamente que no he estado tan deprimida en toda mi vida. Ni siquiera cuando mi ex me puso los cuernos y me dejó con una enfermedad venérea.

¿Qué me han hecho que sea tan horrible? Os preguntaréis. Y yo os digo: No me lo han hecho a mí. He sido yo. ¡Yo!

Puede que no me creáis pero ser la mala de la historia es probablemente peor que ser la víctima, sobre todo si tienes conciencia... Empezaré por el principio.

Todo sucedió más o menos un mes después del fracaso de la presentación de esa campaña de tarjetas que con tanto esfuerzo habíamos creado H y yo».

Despierto de nuevo en una cama que no es la mía, aunque duermo aquí tan a menudo que empiezo a sentirla más mía que la mía real. Abel aún duerme. Es pronto, las seis de la mañana, pero yo ya no tengo sueño. He dormido como un bebé.

Es martes y últimamente suelo quedarme entre semana a dormir con él, ya que vive tan cerca del trabajo.

Hace ya un mes desde que alguien me dejó encerrada en el baño y perdí la oportunidad de mostrar mi trabajo y el gran talento de Hana a mi jefe. Ella no se lo tomó demasiado mal, comprendió enseguida que me habían tendido una emboscada y se puso a buscar otro trabajo por su cuenta.

En la oficina, no obstante, no han sido tan comprensivos como Hana. Casi todos mis compañeros han vuelto a tratarme como una loca, aunque esta vez me importa mucho menos, ya que tengo a Abel a mi lado. No sería tan malo si no fuera porque el jefe parece que me ha pillado un poco de manía. Y decir un poco se queda corto.

Ahora me llama constantemente para los recados y tareas más absurdos.

Me pide que limpie la fotocopiadora, que ordene balances del año de la pera, que mecanografie documentos sin ninguna necesidad de ser mecanografiados... Y siempre encuentra algún error por el cual echarme la bronca del siglo. Si fuese un poco más suspicaz, diría que estoy siendo objeto de acoso laboral, y si tuviese un poco más de dignidad, denunciaría tal situación.

Abel insiste en que si estoy tan mal vaya a hablar con Recursos Humanos. Sé que él piensa que exagero, pues el jefe tiene mucho cuidado de ser desagradable conmigo en privado y muy amable delante de los demás, pero no quiero discutir con mi novio por esto.

La ducha despierta a Abel y cuando salgo lo veo ya vestido y preparando las tostadas del desayuno.

—Buenos días madrugadora —me saluda y me da un beso con sabor a café.

—Esta noche no me quedaré —le digo, él me mira de un modo interrogante—. Nerea lleva unos días fatal y tenemos que descubrir qué le pasa. Tiene un problema gordo, se nota.

—Sí, claro, debéis ayudarla —dice sonriente—. Me gusta eso de ti...

Espero a que siga hablando, a que me diga lo que tengo que tanto le gusta, ya que hace tiempo que me lo pregunto.

—¿Y es...? —Le insisto.

—Que siempre intentas ayudar a los demás. Eres buena. Hay pocas como tú.

Parece que hable por experiencia, y me pica la curiosidad. Nunca hemos hablado de nuestras parejas anteriores. No sé si será una buena idea, pero le pregunto.

—¿Has salido con muchas mujeres?

Él suelta una carcajada.

—No, bueno, no en serio —responde—. Tuve mi época, ya te lo dije...

—¿Hubo mujeres en esa época?

—Algunas.

—Cuéntame algo de ellas —le pido. Él se sienta conmigo y nos ponemos a desayunar.

—Las de esa época no fueron importantes, te lo aseguro —contesta—. Si de verdad quieres que tengamos esta conversación, sólo hay una de la que debería hablarte. Fue la única relación seria que he tenido y pasó hace cuatro años, así que ya es historia antigua.

—Bien, háblame de ella.

—Se llamaba Lorena, la conocí en la universidad y éramos amigos, no íntimos, pero salíamos con el mismo grupo — explica, después da un sorbo a su café—. Comenzamos a salir en el segundo curso y estuvimos juntos cinco años. Yo pensaba que terminaríamos casándonos, de hecho quise pedírselo, pero se enamoró de otro y me dejó. Lo pasé mal un tiempo, y... Eso es todo.

—Te entiendo —replico.

—Tu turno —declara él, y me mira expectante.

—Mi historia es parecida. Tuve un novio, también éramos amigos y también se enamoró de otra y me dejó. La diferencia es que esa otra era mi mejor amiga. Lo pasé mal. Pensé que jamás volvería a ser feliz, pero me equivoqué...

Terminamos el desayuno con calma y nos marchamos caminando por la calle cogidos de la mano. Pienso en lo que nos hemos contado, en que hemos sufrido de un modo similar y que encontrarnos parece haber sido cosa del destino. He dicho que creí que no volvería a ser feliz pero voy a rectificar un detalle: Nunca he sido tan feliz como lo soy ahora.

La jornada vuelve a ser infernal pero lo soporto, y lo soportaré mientras pueda seguir caminando con Abel de la mano en la misma dirección.

—Niña, el jefe te llama —me dice Candela.

Ahora ella hace las tareas más gratas y llevaderas, y es evidente que está más que satisfecha con la situación. Vuelvo a ser la becaria y ella mi superior. Además he podido notar que le han aumentado el sueldo. Hace dos días llegó a la oficina con un bolso de Louis Vuitton que parecía original, y de cara al frío se ha comprado un abrigo de piel de los caros. Menuda jeta...

Me armo de valor y me dirijo al despacho del jefe, preguntándome qué clase de tortura china tiene preparada para mí hoy. Me recibe detrás de su escritorio.

—Tienes que hacer unas llamadas —me dice, ni siquiera me ha saludado—. Después irás a llevar estas cartas a la oficina de correos, y cambiarás los pedidos para los proveedores...

Sé que no ha hecho más que empezar, por eso espero el resto de las órdenes. Mientras lo hago, observo disimuladamente su despacho, y entonces veo algo que me deja atónita.

En una pizarra a un lado de la estancia hay varios modelos de tarjetas para la nueva campaña.

Hasta ahora no me había preocupado por saber quién ganó el dichoso

concurso, pero es evidente que quienquiera que fuese me ha robado mis ideas. Allí, delante de mis narices, están mis eslóganes y los diseños de Hana plasmados en una serie de tarjetas de muestra.

La rabia comienza a apoderarse de mí. Sé que tengo que controlarme, que no debería hacerlo...

¡No! ¡Sara, contrólate! Pero no puedo.

—¿Qué demonios es eso?! —Grito furiosa, el jefe me mira completamente pasmado.

—¿Cómo dices?

—¡Las tarjetas que tiene ahí! —Señalo la pizarra—. ¡Son mías! ¡¡Es el trabajo que no quiso que le mostrase!!

—No la entiendo...

—¡Que me han robado mi trabajo! —Bramo con toda mi ira—. ¿Quién ganó el concurso? ¡¿Quién es el ladrón?!

—Está loca —declara el jefe, lo que hace que me enfurezca todavía más—. Esos diseños son de Candela, ella ganó el concurso.

¡Maldita trepa! Lo sabía, sabía que había sido ella. No es más que basura.

—Pues me los robó, esos eran mis diseños y me los ha robado —digo.

—Esa es una acusación muy seria —replica él—, y sinceramente, no puedo creerlo viniendo de usted.

—¿Viniendo de mí? —Repito, confusa—. ¿A qué se refiere?

—Sé que ha estado usted insultando y difamando a sus compañeros, especialmente a Candela, y a mi persona. Siempre he sabido que no se le da bien tratar con los demás, pero no imaginé que fuese tan descarada e insolente, señorita.

Me parece increíble escuchar lo que estoy escuchando. ¿Que yo he insultado a alguien? ¿De qué habla?

Y entonces me acuerdo... El día de la presentación salí llorando. Abel me llevó a la escalera y yo despotriqué contra el jefe y también contra Candela. Pero no iba en serio... Estaba cabreada.

—Yo... yo... —intento justificarme, aunque no sé cómo.

—Me parece que si no tiene pruebas de que estos diseños son suyos, y a la luz de el evidente desprecio que siente por esta empresa, no puedo creer sus acusaciones. Le aconsejo que modere su comportamiento, no tengo razones de peso para despedirla pero si no lo hago no es por falta de ganas.

¡Esto ya es lo último! ¿Qué se ha creído este tío presuntuoso? He estado aguantando sus tonterías demasiado tiempo y ya no puedo soportar esto. Soy

dócil, siempre he sido correcta y obediente a pesar de lo mal que me ha tratado, y no sólo no me cree cuando le digo la tremenda injusticia de la que he sido víctima, sino que además desearía poder despedirme.

Pues muy bien...

—¡Dimito! —Anuncio tajantemente—. Es usted un tirano y compadezco a la pobre chica que ocupe mi lugar porque tendrá que aguantar sus abusos y a esta panda de idiotas.

—¡Váyase ahora mismo! —Me pide entonces él, con voz fría.

—Encantada.

Giro sobre mis talones y con la cabeza bien alta regreso a mi puesto para recoger mis cosas.

Me siento liberada, fuerte y osada. Me siento bien por fin.

Cuando llego a la altura de la mesa de Candela tiro una de sus figuras de porcelana al suelo y finjo que ha sido un accidente. Ella ahoga un gemido y se agacha a recoger los pedazos. Yo hago lo mismo, aunque mi fin es otro.

—Has ganado esta vez —le susurro mientras recogemos—, pero ten cuidado, tarde o temprano alguien se dará cuenta de lo codiciosa y manipuladora que eres.

—No sé de qué me hablas —replica, pero veo el atisbo de una sonrisa petulante en su cara.

Por una vez me alegro de que mi madre fuese tan dada a usar refranes, porque tengo uno especial para *La Jeta*.

—Vas a acabar mal, Candela —declare—. Quien siembra tormentas, recoge tempestades.

Y sin más, me dirijo a la salida.

Veo a Abel en el pasillo, asomado desde su departamento. Su rostro, el que tanto adoro, muestra incredulidad, asombro y preocupación, pero yo le sonrío. No debe preocuparse más por mí. Lo superaré.

Por desgracia durante el trayecto hasta mi piso mi eufórica sensación de confianza se va desvaneciendo. Cuando traspaso el umbral la ansiedad ha regresado y el orgullo henchido que me ha permitido salir de la oficina con tal desparpajo se ha transformado en una angustia intensa. Y al ver a Hana en el salón rompo a llorar como una niña.

Le cuento lo ocurrido, le explico con pelos y señales la escena en el despacho de mi jefe, cómo la rabia ha podido conmigo cuando he visto la pizarra con nuestras tarjetas y cómo me he enfadado al saber que alguien le había contado a mi jefe lo que dije en las escaleras.

Un momento... ¿Alguien? Allí sólo había una persona, aparte de mí.  
Pero no, no puede ser.

—Abel —murmuro—. Ha sido Abel.

Automáticamente, rompo a llorar con más fuerza.

—¿Crees que ha sido él? —Pregunta Hana.

—No había nadie más —replico—. Ha tenido que ser él. ¿Cómo ha podido?

—Seguro que hay una explicación, Sara. No saques conclusiones precipitadas.

—No ha podido ser nadie más que él —explico —Estábamos solos. Además, él se lleva bien con el jefe, son amigos. Lo defendió allí mismo cuando lo dije, y parecía molesto conmigo aquel día.

—Bueno, si lo ha hecho es seguro que no buscaba terminar así —declara Hana, siempre tan sensata.

—Pero, me ha traicionado...

Hana va a responder cuando de pronto oímos entrar a Nerea en casa. Esperamos a que llegue al salón pero en lugar de eso escuchamos un golpe sordo, como si hubiese caído al suelo.

Nos asomamos corriendo al pasillo y la vemos tirada frente a la puerta, en el vestíbulo. Está blanca como el papel y parece enferma.

—Llama a una ambulancia —insto a Hana.

Esa noche la pasamos en el hospital.

Me encuentro en tal estado de shock que por un momento olvido lo que ha ocurrido en mi vida en los últimos días. Y semejante impresión se debe a Nerea.

El doctor que la ha atendido en urgencias se acerca a Hana y a mí. Parece tranquilo y eso me alivia, pero entonces veo su placa. Pone: Doctor Márquez. Ginecología.

—Vuestra amiga está bien —dice, y las dos respiramos por fin. Parece que lleve horas sin respirar—. Pero lo que ha hecho es muy peligroso. Va a tener que quedarse en observación.

—¿Qué ha hecho? —Quiere saber Hana.

El doctor nos mira, sorprendido.

—¿No os dijo lo de su embarazo? —Pregunta.

Tengo la sensación de que el corazón se me para... ¿Embarazada? ¿De quién? No puede ser más que de Rubén. Creo...

—Está de seis semanas —continúa el doctor, resolviendo mis dudas sobre

el padre—. Ha intentado abortar usando medicamentos. Casi sufre una hemorragia masiva. Por suerte la hemos estabilizado y tanto ella como el feto están bien.

—¡Oh, Dios mío! —Murmura Hana a mi lado.

Yo soy incapaz de emitir sonido alguno, pero su pudiera, hubiera dicho exactamente lo mismo que ella.

—Podéis pasar a verla —nos dice el médico, y Hana se lanza hacia la puerta. Yo me resisto un poco.

No es que esté en contra del aborto ni nada de eso, cada mujer es libre de elegir lo que quiere hacer con su vida, siempre dentro de un límite razonable; pero yo siempre he querido tener hijos algún día y sería incapaz de matar a un ser tan indefenso que está creciendo dentro de mí, aunque fuese inesperado, accidental...

Finalmente entro en la habitación. El color ha vuelto a las mejillas de Nerea pero sigue con una expresión enfermiza y triste, muy triste. En seguida mis reservas se desvanecen, es mi amiga, estaba asustada, perdida y sola... Puedo entenderla.

—¿Cómo estás? —Pregunta Hana.

—Cansada. Y avergonzada —responde Nerea. Acto seguido, comienza a llorar.

Deben ser las hormonas porque en las últimas semanas la he visto llorar demasiadas veces dado su carácter fuerte.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —Pregunta Hana, abrazando sus hombros temblorosos.

—Me daba miedo que pensarais que soy una persona horrible, que me rechazarais.

—¡Eres una estúpida! —Replico. Hana me lanza una mirada de advertencia—. ¿Cómo pudiste pensar que no te apoyaríamos, que te daríamos de lado? Somos tus amigas, te queremos y te ayudaremos siempre, pase lo que pase —añado.

Las lágrimas acuden a mis ojos. Son demasiadas emociones y demasiado intensas. Las tres nos fundimos entonces en un abrazo mientras lloramos a lágrima viva. Tenemos problemas, pero estamos juntas y eso es bueno. Lo único bueno que me queda...

Cuando al fin Hana y yo salimos de la habitación para volver a casa, agotadas de no dormir y de tanto llorar, mi móvil suena en el bolsillo de mi abrigo. Es Abel otra vez. Lleva llamándome desde ayer, pero ahora no me

siento con fuerzas para responder. Siento un agudo dolor en el pecho cuando presiono el botón de rechazar la llamada.

Lo que no espero es encontrarlo en la puerta de nuestro piso al regresar. Parece confundido y muy preocupado. Me es imposible no pensar que finge, que en realidad no le importo tanto. De otro modo no habría hecho lo que ha hecho.

—¡Sara! —Exclama al vernos subir las escaleras. Al llegar a su altura me abraza, pero yo me escapo de su agarre.

—¿Qué quieres? —Le pregunto con frialdad.

—Llevo un montón de tiempo llamándote, no sabía dónde estabas, casi me vuelvo loco —dice, y su angustia parece verdadera—. ¿Dónde estabas?

—En el hospital —respondo, él palidece—. Con Nerea.

—¿Qué? ¿Está bien?

—No mucho.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—No mucho.

Abel parece confundido por mis secas respuestas.

—¿Qué pasó en la oficina ayer? —Me pregunta—. ¿Es cierto que te has despedido?

—Sí, lo es.

—Pero... ¿Por qué?

Me entran ganas de reír. ¡Como si no lo supiera! "Es un gran actor" pienso con amargura.

—Tu amigo el jefe me tenía harta, tendría que haberle denunciado por su acoso, pero ya tengo suficientes problemas —digo—. Por ejemplo, que Candela me robó la idea y ganó el concurso, o que mi novio me ha dado una puñalada por la espalda.

Abel me mira, de nuevo sin comprender.

—¿Puñalada? —Repite—. ¿De qué hablas?

¡Falso! Es un falso. Mis ojos vuelven a inundarse, pero me niego a que él vea mis lágrimas. Tengo ganas de pegarle.

—¡Me mentiste! —Grito—. Le contaste al jefe las cosas que dije sobre él en la escalera, y dejaste que esa maldita trepa ganase el concurso con mi idea.

—Un momento, no sé qué ha pasado, pero nada de lo que dices es verdad —replica—. Yo no le dije nada al jefe, y tampoco sabía que Candela te había robado la idea, lo juro.

—¡No te atrevas a jurar, mentiroso! —Exclamo, más enfadada que nunca

—. Tú estabas en la Junta y conocías mi trabajo. Es imposible que no te dieras cuenta de que Candela lo había copiado.

—Renuncié a la Junta después de que se negaran a ver tu presentación —  
repone él.

Debería prestar atención a sus explicaciones, parecen tener sentido, pero estoy tan furiosa que no atiende a razones.

—¿Sí? ¿Se supone que ahora debo creerte?

—¿No me crees? —Pregunta él, y parece molesto además de contrariado.

—Claro que no. No soporto a los mentirosos.

—Bien, ¡Pues no me creas! —Ahora quien grita es él—. Me alegra haberme dado cuenta a tiempo de lo desequilibrada que estás.

Y en ese momento no lo aguanto más. Levanto la mano y lo abofeteo fuerte en la cara.

Puede ser que me haya pasado, pero no me disculpo, se lo merece.

Él vuelve su mirada hacia mí. Sus ojos azules son como lagos oscuros llenos de pena y confusión que me miran sin reconocermelo. Y lo peor es que no parece gustarle lo que ven.

De nuevo ese dolor en el pecho. Siento que me voy a romper por la mitad, pero no por eso cambio de parecer. Abel, el chico del que creía estar enamorándome, me ha mentido y traicionado. Se merece que lo golpee.

—Me voy —declara. Después se da la vuelta y desaparece por las escaleras.

Y yo me rompo.

## Capítulo 14: El Error (parte 2)

Dos días más tarde, Nerea regresa a casa. Parece otra. Yo también parezco otra, la verdad.

Ahora que no tengo trabajo y que otra relación que prometía ser maravillosa se ha ido al garete a los pocos meses de empezar, lo cierto es que no tengo ninguna motivación para hacer como si estuviera viva. Porque no lo estoy. Creo que me morí en el momento en que pegué a Abel y vi en sus ojos que lo nuestro se había acabado.

Hana, no obstante, se esfuerza por estar alegre. Tal vez para contrarrestar la depresión en que Nerea y yo estamos sumidas.

Hoy lleva todo el día insistiendo en que salgamos a tomar algo para celebrar. ¿Celebrar el qué?

Que Nerea va a ser madre soltera por culpa del cabrón de Rubén. Que yo soy una desgraciada sin nada de valor en la vida. Que ella tiene un talento tan desaprovechado. ¡Buena idea!

Al final su famosa testarudez puede con increíble como nosotras y nos arreglamos para salir. (Lo justo para no parecer cadáveres ambulantes) Hana nos lleva a un bar extraño lleno de luces fosforescentes y láseres de colores.

Nos hacemos con una mesa en un rincón y yo me acerco a la barra.

Un hombre disfrazado de mujer y una mujer con atuendo de hombre atienden a los clientes; algo que me parece acertado teniendo en cuenta que el local se llama *Androgino's*

A mi lado, una chica pide un daiquiri.

Vuelven a entrarme ganas de llorar y, por desgracia, la chica se da cuenta.

—Nena ¿Qué te pasa? —Me pregunta mientras hago pucheros.

—Na... Nada.

—Es por un hombre, ¿verdad? —Adivina. Parece simpática.

—Lo de siempre —respondo—. Ninguna novedad.

—Son todos unos malnacidos —replica ella.

La camarera masculina le entrega su bebida y después me atiende a mí. Yo pido la piña colada para Hana, la tónica para Nerea y mi cerveza. Mi nueva amiga sigue ahí cuando me vuelvo.

—Bueno, ¿Qué te ha hecho ese hombre que merezca tus lágrimas?

—Me mintió, y su mentira me costó mi trabajo —respondo.

—¡No me digas! —Exclama.

—Sí.

—Pues, ¿Sabes qué? —Dice con desparpajo—. ¡Que le den!

—Que le den —repito, no demasiado convencida.

—¡Que les den a todos! No se merecen ni que pensemos en ellos. Son la lacra de este mundo.

Quizá se deba a que todo el asunto está demasiado reciente, o que ya es la segunda vez en mi vida que me enamoro hasta los tuétanos y me traicionan (aunque la traición no sea la misma, es equiparable) pero lo cierto es que estoy bastante de acuerdo con ella.

Pensar en los momentos perfectos que he vivido con Abel en el corto tiempo que hemos compartido no compensa el dolor que siento ahora. Jamás podré volver a confiar en nadie.

Sin querer, vuelvo a llorar como una niña, y la amable desconocida me consuela como si fuésemos íntimas.

—Vamos, vamos, cielo —me anima—. No lo necesitas. Eres fuerte e independiente. Lo superarás.

—Gracias —murmuro entre sollozos.

—Además estás preciosa, parece que hayas nacido mujer, no se te nota la operación.

Un momento... ¿Qué? Mi llanto cesa de golpe, ahogado por la incomprensión.

—¿Qué operación? ¡Yo soy una mujer!

—Sí, cielo, todas somos mujeres por dentro —replica—. Me refiero a por fuera. Te han dejado divina.

—¡Yo nací mujer! —Casi grito. Aunque el sonido de la música acalla mi voz, a mi alrededor varias personas se vuelven a mirarme, desconcertadas.

—¡Oh! Lo siento, nena. Como estamos en un bar de transexuales... Perdón por el malentendido.

Me quedo muda. Hana nos ha traído a un bar de transexuales y no le ha parecido oportuno decírnoslo. ¡He vuelto a hacer el ridículo! Justo lo que necesitaba.

—En fin... Ha sido un placer conocerte. Alegra esa bonita cara —me dice ella, después se despide con un gesto y se aleja de la barra contoneándose al son de la música.

Yo regreso a la mesa con nuestras bebidas, sintiéndome completamente estúpida.

—Ya pensábamos que te habías perdido —comenta Hana, sonriente.

Yo me siento, y el llanto vuelve a apoderarse de mí por enésima vez. No me explico cómo es posible que no me deshidrate.

—¿Qué ha pasado? —Quiere saber Nerea.

—Que parezco un hombre —gimo, como un cachorro malherido—. Estoy sola, no tengo trabajo y ahora me confunden con un hombre.

—¿Quién te ha dicho semejante tontería?

—Una chica... o chico. En la barra.

—Bien, pues no tiene ojos en la cara —declara Nerea.

Las tres bebemos y, tras comprobar que ni cien copas conseguirían levantar mi ánimo, Hana cede y nos vamos a casa.

Nada más salir del local, y mientras caminamos por la calle llena de bares y pubs, oigo una voz llamándome por mi nombre. Me doy la vuelta y veo a Pablo acercándose. Mis ojos buscan a su alrededor, por si está con Rubén. Puedo ver la expresión pálida y asustada de Nerea a mis espaldas. Por suerte, Pablo está solo.

—Cuánto tiempo —me Saluda—. ¿Cómo estás?

—Bien —miento.

—Sara, nos vamos a casa —dice Hana tras de mí—. ¿Te vienes?

Estoy a punto de asentir cuando Pablo interviene.

—Espera, quédate un poco —me pide—. Te invito a una copa.

—No sé...

—¡Vamos! —Insiste él con esa encantadora sonrisa capaz de cautivar a cualquiera—. Sólo una copa, lo prometo. Finalmente accedo y me despido de mis amigas.

—Entonces ¿Estás bien? —Me vuelve a preguntar cuando nos quedamos solos.

—Sí —Le vuelvo a mentir.

—He oído lo de Nerea —anuncia. Me sorprende que saque el tema, pero Rubén es su amigo y cabía la posibilidad de que lo supiese todo. Mi enfado aumenta.

—¿Y cómo está Rubén? —Contraataco—. ¿Se siente orgulloso de ser tan cabrón?

—Oye, yo no me meto en eso. Es mi amigo y es un buen tío, aunque a veces haga cosas que puedan resultarme... Cuestionables.

Relajo mi ofensiva. Tiene razón. Lo que haga Rubén no tiene nada que ver con Pablo, aunque sean amigos.

Si soy sincera conmigo misma, el hecho de que haya insistido en que me quedase con él a tomar algo sube mi maltratada autoestima.

Entramos en uno de los ruidosos y abarrotados bares y Pablo me compra una cerveza.

—Y... ¿Qué has estado haciendo últimamente? —Me pregunta.

—Pues no mucho, perder mi trabajo —respondo.

Él me lanza una mirada suspicaz, y comprendo que intenta discernir si se trata de una broma. Cuando se da cuenta de que no lo es, se queda atónito.

—Vaya, lo siento —declara. Yo hago un gesto con la mano.

—No te preocupes, no era el lugar donde realmente quería estar —replico—. Aunque tampoco es el mejor momento para estar en el paro.

—Tranquila, encontrarás algo —me anima—. Además, míralo como una oportunidad para hacer lo que de verdad quieres hacer en tu vida.

Sus palabras me dan qué pensar y a la vez me sorprenden. No sabía que Pablo fuese una persona tan reflexiva. Me siento un poco más optimista en ese instante y me da por pensar en lo que siempre he querido ser, lo que siempre he querido hacer...

Yo quería escribir. Quizá ahora sería el momento de intentarlo.

Regalo a Pablo una sonrisa, la más radiante y sincera que he expresado en mucho tiempo, y me bebo en la cerveza casi de un trago. En ese momento, una camarera pasa a nuestro lado promocionando un licor que nos da a probar en un vaso de chupito. Está dulce y delicioso, y además me produce una sensación cálida y reconfortante.

Me acerco a la barra y pido otro... Y la noche comienza a difuminarse.

Sé que me quedo con Pablo mucho más tiempo del esperado. Sé que comienzo a tragar chupito tras chupito, buscando esa sensación que alivia el dolor de mi pecho, y sé que cuento a Pablo cosas que no debería contarle. Pero en algún punto de la noche, se desvanecen mis recuerdos y lo siguiente de lo que soy consciente es que me encuentro en mi habitación y ya es de día.

Me doy la vuelta entre las sábanas y noto que estoy desnuda.

El corazón me da un vuelco, ya estoy completamente despierta. Entonces salto de la cama y compruebo con horror que Pablo está allí conmigo, durmiendo en mi cama, y desnudo también.

—¡Oh, no! —Grito ahogadamente. Él se despierta, y me mira confundido.

—Hola, ¿Qué hago aquí?

—No me digas que hemos...

—Bueno, eso parece —responde él mirando bajo las sábanas a su desnudez y lanzándome una sonrisa.

—¡No! Esto no está bien—protesto, maldiciendo el alcohol y mi irresponsabilidad.

En ese momento el timbre de la puerta interrumpe mis quejas. Me quedo en silencio mientras oigo cómo Hana se levanta y sale de su habitación para abrir.

Se me viene el mundo encima cuando distingo perfectamente la voz grave y dulce de Abel desde el rellano. ¡Me quiero morir! ¿Por qué tiene que ser precisamente él, precisamente ahora, con Pablo en mi dormitorio?

Hana me llama y yo me visto rápidamente con lo primero que pillo.

Siento que voy a desmayarme cuando veo a Abel allí, frente a mí, con su mirada azul fija en mí de nuevo. No imaginaba lo mucho que me iba a afectar verle otra vez, tampoco sabía lo mucho que lo había echado de menos.

—Hola —le digo solamente.

No sé cómo hablarle ni cómo sentirme. De hecho, no comprendo cómo he podido acostarme con Pablo cuando es evidente que cada una de las células y átomos de mi cuerpo todavía ama a Abel desesperadamente, a pesar de lo que me ha hecho.

—He venido a decirte un par de cosas —anuncia él—. Después me iré.

—Adelante —le indico.

Él se mete la mano en el bolsillo y saca un objeto pequeño. Me lo tiende. Me quedo anonadada al ver que se trata de mi pendrive, el mismo donde había guardado la presentación de las tarjetas y que creía que estaba en mi bolso.

—Lo tenía Candela —me dice—. Te lo robó y ahora todo el mundo lo sabe. Se lo dije al jefe, esperando que la despidiese, pero al parecer él estaba al tanto de todo. Tenías razón, es un mal tipo y no quise escucharte. Te pido perdón por eso, Sara.

Yo cojo el pendrive. No sé qué decir. Está claro que se ha tomado muchas molestias por descubrir lo que pasó de verdad. Quiero pedirle perdón por nuestra discusión y por la bofetada que le di, pero él sigue hablando.

—No me creíste cuando te aseguré que yo no había dicho a nadie lo de las escaleras. Debiste haberme creído aún sin tener pruebas, sólo porque sabes que yo jamás te haría algo así, pero si necesitas evidencias, te diré que

Candela estaba escondida en la escalera y te oyó. La he obligado a firmarlo en un papel.

Acto seguido me enseña una hoja de papel con la inconfundible caligrafía florida de Candela y, mientras lo leo, los ojos se me llenan de lágrimas otra vez. ¡Soy una estúpida! Una completa y absoluta inútil.

—Lo siento —murmuro, consternada—. Perdóname por no haberte creído.

—Me dolió que no confiaras en mí, Sara —dice.

Su mirada color cielo se dulcifica, pero todavía puedo ver su sufrimiento. Saber que Abel está sufriendo por mi culpa, que yo puedo hacerle daño, me quema por dentro, me destroza.

Él da un paso hacia mí. Quiere acercarse, abrazarme y olvidar este terrible asunto, pero yo se lo impido. No hay nada que desee más que poder corresponderle, refugiarme entre sus brazos, perderme en sus besos y dejar que todo lo que he hecho desaparezca. Pero es imposible.

Recuerdo lo que he hecho esta noche y comprendo que mi error ha sido demasiado grande. Tengo que decírselo. Desconfié de él una vez porque creí que me mentía, no puedo ser yo quien le mienta ahora. Me he acostado con Pablo, y aunque sé que decírselo romperá en mil pedazos la posibilidad de cualquier tipo de reconciliación entre nosotros, debo hacerlo...

Hago acopio de valor y tomo aire para empezar a hablar. Sin embargo, cuando levanto mi mirada y veo sus ojos fijos en algo en el pasillo detrás de mí, sé que es tarde para explicaciones.

Jamás había recibido una mirada tan glacial, tan rota como la que me dirige él ahora.

No sabía que existiera algo más desgarrador ni más letal que sentirse traicionada por la persona que amas, pero sí existe, y es traicionarla tú.

—No has esperado ni una semana para correr a sus brazos —masculla Abel, y sus palabras se me clavan como una daga, justo en el dolorido centro de mi pecho.

—Lo siento, lo siento —digo, y continúo repitiéndolo, aunque sé que no sirve de nada.

El dolor es desproporcionado, casi insoportable. Mis rodillas han perdido la capacidad de sostenerme y de repente caigo al suelo. Lloro y lloro, porque eso es lo único que soy capaz de hacer, y entonces Abel se da la vuelta y lo oigo marcharse escaleras abajo.

Lo he perdido, lo he perdido para siempre y yo soy la única culpable. Soy

detestable, soy escoria, basura... Soy lo peor. Destrozo todo lo que toco.

—Así que estabas saliendo con él —dice la voz de Pablo tras de mí—. ¡Podías habérmelo dicho!

No le contesto. No puedo. Sólo soy capaz de llorar.

—Creo que será mejor que te vayas —le dice Hana desde su habitación.

Había cerrado su puerta, pero es evidente que lo ha oído todo. ¿Qué pensará ahora de mí? Debe de odiarme, como me odia Abel. No importa, yo también me odio.

—Pero... —Trata de protestar Pablo.

—¡Que te vayas! —Exclama Hana. Nunca había oído su voz tan aguda. Debe estar muy enfadada.

—Casa de locas —oigo murmurar a Pablo cuando pasa por mi lado. Luego cierra la puerta de entrada con un portazo. Entonces Hana se agacha a mi lado y pone su fina mano sobre mi hombro. Un pequeño consuelo.

—La has cagado, pero bien —declara.

«Y así, queridos lectores, es como he terminado destruyéndolo todo, acabando con las pocas cosas buenas que tenía. Casi sin darme cuenta he conseguido hundirme, sentirme como un desecho humano, decepcionar a H y a N, herir profundamente a A y aprovecharme de P como si no fuese más que una cualquiera.

Lo siento mucho, no sabéis cuánto, pero no soy capaz de seguir con esto.

Este es mi último mensaje, mi despedida.

Me gustaría poder escribir la palabra fin y que, como en las películas, la historia terminase y todos volviésemos a nuestras vidas como si nada... Pero ahora he de hacerme a la idea de que este esperpento sin pies ni cabeza es mi vida, la única que tengo, y debo esforzarme mucho si quiero que algún día llegue a valer la pena.

Os echaré de menos, queridos lectores, habéis sido muy importantes para mí, como amigos cercanos y os lo agradezco.

Cuidaros mucho. FIN».

# Capítulo 15: Tocando Fondo

—Buenas tardes, bienvenidos a Rodeo Burguer. ¿Qué les sirvo?

Por milésima vez en el día de hoy suelto la misma perorata con una sonrisa falsa en los labios.

La pareja acaramelada que tengo enfrente, al otro lado del mostrador, deja de besuquearse para pedirme una hamburguesa con bacon y otra simple con queso. Después, vuelven a juntar sus bocas y a tratar de succionarse la lengua mutuamente.

¡Qué asco! Me entran ganas de sugerirles que se busquen un hotel si piensan seguir en ese plan. Aunque no lo hago, me guardo mis quejas para mí, como siempre.

Llevo ya un mes trabajando en este tugurio y lo odio. Pero, ¡oye! Debo estar agradecida por tener trabajo, aunque sea una mierda.

Sirvo el pedido a la apasionada pareja sin dejar notar mi desagrado y cuando se van por fin, me relajo. Son las tres, ya termina mi turno. Me dirijo al vestuario y sustituyo el soso uniforme que me obligan a vestir (consistente en pantalones azul oscuro y una hortera camisa color mostaza) por mi ropa de calle. Es toda negra y gris.

Desde hace un tiempo que visto con colores apagados. Ni siquiera era consciente hasta que Hana me lo hizo notar con una de sus melodramáticas charlas.

—Destilas patetismo y amargura —me dijo—. Así no vas a recuperarte nunca. Debes sonreír con los ojos, no solo con la boca, y levantar los hombros al andar. Pareces un zombie.

Pero lo soy. Soy una muerta en vida. Bastante hago con enfrentarme al mundo cada día.

No obstante, he de admitir que no estoy tan mal comparada con Nerea.

Después de un tiempo de reflexión, cuando al fin fue consciente de lo diferente que iba a ser su futuro en adelante, la animamos a llamar a Rubén y hablar con él sobre el bebé.

Con el corazón en un puño cogió el teléfono y habló... Pero el grandísimo hijo de puta le contestó que él no quería saber nada. Que si había sido tan descuidada como para quedarse embarazada, no era su problema y que no

pensaba cargar con una fresca como ella y con el fruto de una relación que siempre había considerado un pasatiempo sin ataduras.

Fue el peor golpe que Nerea pudo haber recibido.

A esa llamada le siguió otra semana más de llantos y desesperación, incluso pidió un permiso en el trabajo por problemas personales.

Conseguimos que saliera de su cuarto únicamente para celebrar la Nochebuena con nosotras y desenvolver un regalo que, aunque le compramos con todo el cariño del mundo, apenas sí miró. Era un vestido.

El ambiente en el piso llegó a estar tan cargado que Hana y yo tuvimos que hacer turnos.

Mientras una cuidaba de nuestra amiga, la otra salía a la calle a despejarse. Hana se daba un paseo, se tomaba un café, visitaba el Belén viviente o el gran árbol de Navidad iluminado que habían puesto en el centro de la ciudad, quedaba con sus amigos de la asociación AMACA...

Yo, por mi parte, me limitaba a caminar sin rumbo por las calles heladas, mirando al suelo salvo en los momentos en que esto podría ser peligroso, por ejemplo, al cruzar las calles. No podía soportar ver a las parejas paseando de la mano, o los escaparates de las tiendas llenos de escenas felices cuyo fin era principalmente el de incentivar el consumismo, pero que a mí sólo me recordaban que hacía poco había imaginado unas Navidades muy diferentes a las que estaba viviendo.

Había imaginado que Abel y yo haríamos una escapada romántica a la montaña, que cenaríamos y beberíamos vino a la lumbre de una chimenea mientras nos dábamos regalos y nos abrazábamos y besábamos... ¡Pobre ilusa!

Durante uno de esos paseos me entró hambre y, al levantar la vista, me topé con Rodeo Burger. Me comí una hamburguesa sentada en una silla contra la pared, una pared en la que un anuncio rezaba «Se busca camarera». Así encontré el trabajo.

La puerta del vestuario se abre y entra Carol, mi compañera de turno de 19 años. Es una niña muy dulce... La compañía es mucho mejor que en mi anterior trabajo, eso he de admitirlo. Una vez estoy completamente vestida, me despido de Carol y me dirijo al hospital. Hoy he quedado allí con Nerea para acompañarla a revisión. Ya está de tres meses.

La encuentro nada más entrar, en la sala de espera, rodeada por su habitual aura deprimente.

Mi madre insistiría en que, quemando hojas de romero a su alrededor,

estaría solucionado.

—Hola ¿Cómo estás? —La saludo.

—Harta de tanto médico —responde.

Me hace gracia, puesto que es enfermera y no le queda más remedio que pasar el día entre médicos.

—Vamos, no refunfuñes.

Entro con ella en la consulta porque me lo pide expresamente, ya que en realidad no tengo ningún interés, pero me descubro observando atentamente el proceso de la exploración y el modo en que el doctor (el mismo hombre amable que la atendió en urgencias el día que se desmayó) le coloca un gel en el vientre para hacerle una ecografía.

El monitor frente a nosotras solo muestra borrones pixelados entre negro y gris, hasta que... Hasta que distinguimos algo. Es muy pequeño y tiene forma de judía. Es un poco más abultado en un extremo y tiene algo que parecen ojos. Es como un insecto, un bicho viscoso, pero algo en mi interior se mueve y siento un calor extraño, como cuando tomas té caliente y lo notas caer en el estómago.

Estamos viendo en una pantalla al diminuto ser humano que Nerea tiene en su vientre, y me resulta hermoso, esperanzador...

Ese bebé tardará todavía siete meses en nacer y quiero que cuando llegue al mundo, se encuentre con una madre feliz y unas tías cariñosas que se dediquen a malcriarlo. Quiero que tenga una familia, porque aunque no seamos una familia tradicional, al menos seremos una con mucho amor para darle.

Cuando salimos de la consulta, yo me siento diferente, como más optimista. Nerea, por su parte, no ha abierto la boca y permanece ausente con las manos cruzadas sobre su barriga. Me pregunto qué estará pensando.

Al llegar a casa, Hana nos recibe alegremente y, tras preguntar cómo ha ido la revisión, nos hace un anuncio: Ha encontrado trabajo.

—Es una revista mensual —dice—. Me ocuparé del diseño de portadas y secciones. ¡Tendré dos ayudantes!

—¡Eso es genial! —La animo con franqueza.

—Me siento como una auténtica mangaka —exclama ella, eufórica.

—Me alegro por ti, Ricitos —declara Nerea con una sonrisa, aunque no la veo reflejada en sus ojos—. Si no os importa, me voy a echar una siesta.

Acto seguido ella se vuelve a encerrar en su habitación y yo vuelvo a preguntarme qué clase de pensamientos le rondarán por la cabeza.

Mientras voy a la cocina a por algo de picar, Hana saca de nuevo el maldito tema de siempre.

—Deberías meterte en el blog —dice.

—Ya te he dicho que no, lo dejé —repito.

Hace mucho que no entro, desde que publiqué mi post de despedida explicando a la gente la razón de mi abandono, desvelándoles asegurándoles lo detestable que era en realidad y

que no merecía la pena malgastar ni un minuto de sus vidas leyendo mis torpes palabras.

Sin embargo Hana sigue en sus trece, insistiendo en que nada tiene que ver el blog con lo ocurrido. Pero ella no lo entiende...

El blog formaba parte de mi vida antes de derrumbarse, en esta nueva versión de Sara ya no hay sitio para nada anterior. Ahora me encuentro en un agujero muy profundo, como uno de esos pozos estrechos y húmedos desde cuyo fondo es imposible llegar a ver la luz del exterior, y allí no cabe nada ni nadie más que mi soledad y yo.

—Vamos, no seas tan dura contigo misma —insiste Hana—. Tuviste un desafortunado desliz. Y fue muy inoportuno que Abel se presentase justo en ese momento, pero...

—¡No digas su nombre, Hana! —Protesto.

Sólo su mención me ha producido un fuerte pinchazo en el pecho. La herida sigue abierta y parece que no vaya a sanar nunca.

—No seas cría —dice ella.

—Intento llevarlo lo mejor que puedo ¿Vale? —Replico—. Al menos he salido de mi cama. ¿Prefieres que vuelva allí, como Nerea?

—¡No, por favor!

—Pues déjalo, olvídate del maldito blog, y olvídate de... de él. El silencio reina por un instante.

—Es una pena —murmura ella después—. Habría sido tan bonito...

Me resisto a llorar. Ya no me quedan lágrimas.

Cojo el sándwich que me he preparado y voy al salón para ver la tele hasta atontarme, hasta lograr no pensar en nada.

A veces lo consigo y me siento bien, porque si no pienso, no duele, y si no duele, casi olvido que estoy atrapada en el fondo de un pozo.

Al día siguiente, la rutina se repite. Vuelvo a levantarme, a arreglarme, a ir al trabajo y a servir hamburguesas sin pena ni gloria. No sospecho que ese día va a ser movidito.

Me encuentro en la cocina del burger, metiendo patatas congeladas en una freidora con aceite recalentado cuando, desde el mostrador, me llega a los oídos una voz ligeramente familiar. Entonces me asomo y veo a la última persona que me apetecería encontrar hoy... Acompañado de la penúltima.

Rubén en el mostrador y Pablo en una de las mesas. Carol les atiende y yo me escondo detrás de la máquina de bebidas. Si me llegan a ver no sé cómo reaccionaré.

—Bienvenidos a Rodeo Burger ¿Qué les sirvo? —Saluda Carol.

—¿Sería posible una doble con queso y cebolla, acompañada de tu número de teléfono, guapa? —Pide Rubén.

Se me revuelve el estómago y siento que me hierve la sangre en las venas de pura ira. Yo seré despreciable, pero Rubén es lo peor.

—La hamburguesa sí, el número... Creo que no —responde Carol amablemente.

—Vamos, no todos los días se encuentra a una belleza como tú, dame tu número, por favor —insiste él.

—Lo siento, tengo novio —replica ella, si perder todavía la sonrisa. No sé cómo lo hace.

—No importa, no soy celoso —continúa Rubén—. No te hagas de rogar, anda...

—¿Algo más con la hamburguesa? —Pregunta ella, noto en su tono que empieza a estar molesta por el acoso del chico.

—Te gusta hacerte la dura, eh.

En ese momento, Rubén atrapa la mano de Carol y la chica deja de sonreír. ¡Esto ya es demasiado!

—Oye tú, haz el favor de dejarla en paz —le grito, saliendo de mi escondite para enfrentarme a Rubén—. ¿Necesitas que te explique lo que significa “no”? ¿Es que te perdiste ese capítulo de Barrio Sésamo?

El chico me mira entonces como si fuera una aparición, pero pronto esboza una sonrisa burlona.

—¡Mira quién está aquí! —Exclama alegremente. Parece incluso contento de verme—. La Señorita Risitas.

—¿Cómo te va, Rubén? Acechando a tu nueva presa —replico fríamente.

—¿Y a ti? —Repone él—. Veo que tocando fondo...

Al momento se vuelve hacia Pablo y le llama, y descubro que mi teoría acerca de haberme convertido en un zombie que ni siente ni padece es completamente falsa.

Sí que siento, ahora mismo siento en concreto una vergüenza muy profunda. Y también padezco. El estómago me duele a horrores a causa de los nervios por tener que aguantar la mirada de Pablo, una mirada que denota lo último que me gustaría inspirarle: Lástima.

Sin embargo mi malestar no aplaca la furia que bulle en mi interior.

—¡Coge tu maldita hamburguesa y deja tranquila a mi compañera! —Le grito con la mandíbula tensa—. Es demasiado joven para que la engañes y la dejes luego sola y embarazada, como has hecho con Nerea.

En ese momento y ante mi comentario, Rubén palidece. Todo el local lo ha oído.

—Tu amiguita no es ninguna mosquita muerta. Ella sabía lo que hacía —añade él—. Intentaba retenerme y creyó que con un crío lo conseguiría.

—¡Retira eso! —Le grito, muy enfadada—. Nerea no buscaba lo que ha ocurrido.

—Es una mujer fácil, como tú, y por eso os pasan estas cosas.

No lo soporto más. Le odio... ¡Le odio!

Sin reflexionar, movida sólo por mi rabia irracional, me inclino sobre el mostrador, le agarro por el cuello de su jersey y le doy un puñetazo con todas mis fuerzas.

No le he hecho mucho daño, pero él se tambalea mientras Carol me sujeta para que no siga pegándole.

—¡A quién llamas fácil! Hijo de puta —bramo, fuera de mí—. ¡Eres un maldito cerdo!

—¡Estás completamente pirada! —Me grita él.

Me percató entonces de que Pablo se ha levantado y ahora agarra firmemente a Rubén, tal vez para que no se le ocurra devolverme el golpe. Sin embargo, al mismo tiempo, me lanza una mirada tan atónita como confusa. Es como si me preguntase "¿Qué demonios haces?"

Y lo cierto es que no lo sé... Ya no sé nada.

—Llévatelo, o lo mato —le digo a Pablo.

—¡Quiero hablar con el encargado! —Exclama Rubén.

—Yo soy la encargada —replica Carol.

—Pues espero que despidas a esta loca.

—Lo siento pero debo pedirles que se marchen del local y no vuelvan nunca —dice ella con una cortesía heladora.

A pesar de las protestas de Rubén, Pablo asiente y se dispone a arrastrarlo consigo hasta el exterior. Sin embargo, antes se vuelve hacia mí.

—¿Qué te ha pasado, Sara? —Me pregunta—. Pareces otra.

—Tú, tú eres lo que me pasó —le replico, con un hilo de voz y el llanto atravesado de nuevo en la garganta—. No podías dejarme ir. Tenías que invitarme a una copa, tenías que confundirme y aprovecharte de lo estúpida que soy... No eres diferente de él.

Señalo al humillado y cabreado Rubén.

Entonces Pablo frunce el ceño y aprieta los labios, pero no me contesta. Después ambos se marchan y poco a poco el local vuelve a la normalidad.

—Gracias por ayudarme con ese baboso —me dice Carol más tarde, mientras limpiamos—. Veo que lo conoces bien.

—Es un cabrón.

—Lo siento Sara, pero tengo que informar de lo ocurrido — añade, y parece sinceramente consternada—. Moveré cielo y tierra para que no te despidan, pero no puedo asegurarte nada.

—Tranquila —respondo—. No importa. Que sea lo que tenga que ser.

—Puedes irte a casa ya, si quieres.

—Vale —accedo.

Recojo mis cosas y regreso a casa a esperar la llamada que me diga si mis actos irreflexivos me han costado de nuevo un trabajo o no.

Decido no contarle nada de lo ocurrido a Nerea, por su bien.

Cuando llego al piso y entro en mi habitación mis ojos se topan con el portátil sobre mi escritorio. Por primera vez en semanas siento la necesidad de abrirlo y entrar en el blog, y trato de resistirme, pero al final lo hago.

Y me quedo pasmada al ver la cantidad de comentarios que han dejado en mi último post.

»Cecilinah comenta: ¡¡NOOOOOO!! FracaSara, no te vayas. No nos dejes así.

»Por\_una\_sonrisa comenta: Sí, cometiste un error ¿Y qué? Nosotros te queremos, te ayudaremos a superarlo, pero no te vayas por favor.

»Arietta comenta: No he comentado nunca, pero tengo que hacerlo ahora. ¡No dejes de escribirnos, no te des por vencida!

»Cansado\_D\_todo comenta: ¡Vamos! Que no es para tanto. Acostarte con P fue un fallo, pero todos fallamos alguna vez. »Clara 11-10 comenta: ¡¡Lucha por A!! No abandones... ¡Lucha!

»Anónimo55 comenta: Sólo pide perdón a A, sólo eso... Te perdonará, los hombres somos así.

Y de pronto, cuando ya pensaba que no podía sorprenderme más, leo...

»Hana Sakurai comenta: Soy H. Tengo que decir a quien esté leyendo que no esperéis respuestas, *FracaSara* no ha vuelto a entrar al blog, se ha rendido. Yo trato de convencerla, pero sola no puedo.

Es como un espectro en la casa, no es feliz, y la única razón es que ella misma no se perdona lo que hizo. Cometió un error, pero los seres humanos nos equivocamos constantemente.

A, si estás leyendo esto, te diré que Sara te quiere y que no te ha olvidado... Todos pudimos ver que erais perfectos el uno para el otro. ¿Tan fácil ha sido romper algo tan bonito?

Por favor, A, sálvala de sí misma. Tú eres el único que puede hacerlo.

El de Hana es el último comentario que leo, aunque hay muchos más, sobre todo en respuesta a semejante declaración.

No sé muy bien cómo sentirme. Por una parte, la idea de que Abel pueda llegar a leer eso me hace gracia. Por otra, aunque sé que la intención de Hana es buena, no puedo evitar sentirme invadida y molesta por su intromisión no permitida en mi mundo virtual.

Sin embargo, creo que lo que más me enfurece es comprender que todo lo que han escrito, ella y los demás, es verdad. La pura verdad.

Yo no me perdono lo que hice y no es porque no quiera, es porque no puedo.

Y sí... Sólo Abel podría salvarme. Aunque es imposible que lo haga, nunca lo hará. No sería justo.

# Capítulo 16: Hay heridas que el tiempo no cura

De pronto el sonido de la puerta de entrada al cerrarse bruscamente me despierta. Es Hana.

Me he quedado dormida en el sofá mientras veía la tele. Últimamente me pasa a menudo.

Me desperezo mientras escucho el sonido cantarín de la voz de mi amiga que, por lo visto, no viene sola, pues está explicando a su acompañante el peculiar modo en que terminó viviendo aquí y compartiendo el piso con Nerea y conmigo.

En ese momento Hana se detiene frente a la puerta del salón y me encuentra hundida entre los mullidos cojines del sofá. Tras ella por fin puedo ver al invitado, es un chico.

Por un instante me siento avergonzada de recibirle así, con este aspecto de vagabunda miserable. Sin embargo, pronto recaigo en mi habitual apatía, y mis descuidadas pintas pasan a importarme muy poco.

—¡Ah! Creía que no había nadie en casa —dice Hana. Yo no sé qué pensar. ¿Está sugiriendo que me vaya y les deje intimidad? ¿O son sólo imaginaciones mías? Como Hana nunca ha traído chicos...

Me pillan mal, pero decido esfumarme un rato. Es lo que hacen las amigas, creo.

—Tranquila, me iba ahora. Tengo que... comparar... cosas —digo de manera poco convincente—. Tardaré un rato.

—Bien —responde con una gran sonrisa—. ¿Sabes dónde está Nerea?

—No tengo ni idea —contesto con sinceridad—. Pero la voy a llamar. Necesito que me ayude... a comprar.

—¡Genial!

Mientras cojo mi abrigo, echo un fugaz vistazo al chico que la acompaña. Es bastante guapo.

Rubio, alto y delgado, quizá demasiado para mí, y definitivamente poca cosa para Nerea, pero para Hana es ideal. Y lo más importante es que parece buena persona, su expresión es amable y me sonrío cuando me despido de

ellos. Lo cierto es que me alegro por Hana.

—Ven, te voy a enseñar unos cómics. Están en mi cuarto —Es lo último que le oigo decir antes de cerrar la puerta, y no puedo reprimir una sonrisa. ¡Vaya con Ricitos de Oro!

En cuanto llego al rellano, cojo mi móvil y llamo a Nerea.

—¿Diga?

—Hola, soy yo. ¿Dónde estás? —Le pregunto—. El piso es terreno vedado para nosotras durante al menos una hora.

—¡Anda! ¿Y eso?

—Hana ha traído un chico.

—¡No me digas! Y parecía tonta.

Por primera vez en mucho tiempo, me río con ganas.

—¿Dónde estás? —Pregunto de nuevo.

—En el centro comercial —dice, y se me antoja una respuesta poco concreta. ¿Es que no quiere que sepa dónde se encuentra?

—Sí, vale... ¿Pero dónde? —Insisto.

—Vale, te lo digo. Pero no flipes.

—No flipo.

—Estoy en una tienda de mobiliario infantil, en la planta baja.

Me he quedado muda del asombro. Nerea está comprando cosas para su bebé. ¡Al fin! Me alegro de este cambio de actitud. Hasta ahora parecía que por mucho que pensara y hablara del tema, no se había hecho a la idea de ser madre. Incluso una vez nos comentó la posibilidad de dar a su hijo en adopción una vez que hubiese nacido.

El hecho de que se esté planteando comprar cosas para él (o ella) resulta ser un gran paso hacia la aceptación.

—Voy para allá —anuncio, y corto la conversación telefónica.

Unos veinte minutos más tarde, cuando por fin llego al centro comercial y localizo la tienda en cuestión, encuentro a Nerea observando de modo analítico un moisés con faldas color pistacho. Me uno a ella y descubro que, desde que vi aquel minúsculo guisante con ojos en la ecografía, me siento altamente implicada en la situación.

La niña o niño que nazca formará parte de mi vida también, más que cualquiera de los hijos de cualquiera de mis amigas de la infancia que tienen casas con jardín en las afueras y trabajos fijos, y que sólo me llaman un par de veces al año para tomar un café de una hora y contarnos alegre, pero falsamente, lo bien que nos va la vida.

Parece increíble que en estos pocos meses, Hana y Nerea se hayan hecho un hueco en mi corazón. Uno tan grande que casi ha ocupado por completo el espacio dedicado a esas mujeres, mis otras amigas, a las que ya apenas conozco.

Ellas y ese bebé son ahora mi familia.

Nerea y yo pasamos un rato muy agradable en la tienda, y al final regresamos al piso con varias bolsas llenas de catálogos de muebles, ropa diminuta, peluches y objetos que serán útiles algún día, pero que ahora se quedarán en el armario a la espera del momento indicado.

Las compras han importado que sea sido la mejor terapia para Nerea. No demasiado pronto para comprar un esterilizador de biberones, lo importante es que por fin ella parece feliz.

Estamos a punto de llegar a casa cuando, al girar la calle en dirección a nuestro portal, noto que Nerea se pone tensa a mi lado. Sigo la dirección de sus ojos oscuros y esta vez soy yo quien se queda de piedra. Allí, apoyado en la pared junto a los interfonos, está Pablo.

Nos ve y sonrío levemente. Parece ondear la bandera de paz, y está solo, sin Rubén.

No puedo imaginar que será lo que quiere Pablo ahora, pero me esfuerzo en poner buena cara a pesar de la poca gracia que me hace que esté en la puerta de mi piso.

—Hola —Lo saludo del modo más neutro posible.

Él me sonrío, y yo... Yo no entiendo nada. Primero me besa apasionadamente, cuando apenas me conocía, después me pide salir y cuando lo rechazo me trata como si le rompiera el corazón, y finalmente me invita a una copa amistosa y termina acostándose conmigo y reprochándome al día siguiente que no le contara que había estado con otro entre medias.

—Hola —responde él al saludo.

—Yo me subo a casa —dice Nerea sin apenas mirar a Pablo. Parece incómoda ante cualquier persona o situación que le recuerde a Rubén. Es comprensible—. Si necesitas algo, llama.

Y se da la vuelta para entrar en el portal, dejándome sola con él. No sé cómo sentirme. En mi interior hay una extraña mezcla de sensaciones: pudor, nerviosismo, algo de furia e incluso un poco de orgullo.

Al fin y al cabo, Pablo sigue tan extremadamente guapo como el primer día en que lo vi. Probablemente el hombre más guapo que jamás haya metido en mi cama. Aunque Abel...

Mi corazón me da una dolorosa punzada en cuanto pienso en él. En cualquier momento, sea de día o de noche, sea despierta o dormida, ese dolor me atenaza en cuanto oigo su nombre, sueño con su voz o recuerdo el increíble tono azul de sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó, tratando de no sonar demasiado fría o reservada.

—Quería decirte una cosa... Quizá debería habértelo dicho antes, pero estaba un poco molesto contigo.

—¿En serio? —Replico sin disimular mi desagrado esta vez—. ¡Qué casualidad! Yo también te pillé un poco de manía cuando te aprovechaste de mi borrachera y apareciste en medio de una conversación con mi ex, mandando al garete la gran disculpa que tenía pensado soltarle... Podría haberme perdonado, ¿sabes?

—¿Y si te digo que no hay nada que perdonar? —Interviene él, ignorando mi sarcástico comentario.

—¿Cómo? —Pregunto. La confusión se entremezcla con la furia.

—No pasó nada aquella noche —declara Pablo, y mi corazón se detiene. Casi he de reprimirme para no suspirar de alivio ni saltar de alegría.

—Pero... Estábamos desnudos, en mi cama... Y yo no me acuerdo —balbuceo—. Y si tú lo sabías, ¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—Porque en ese momento no lo sabía, tampoco recordaba nada, pero días después encontré algo.

—¿Algo? ¿Qué?

—Un vídeo en mi móvil.

Y su expresión me indica que es un vídeo más que comprometido.

—¡Oh Dios! —Mascullo, intentando tragar para aflojar el nudo que acaba de crearse en mi garganta—. Quiero verlo.

Pablo mira a nuestro alrededor y saca su smartphome de última generación.

—¡Ala! Qué pasada.

—Eso mismo dijiste al grabar el vídeo —replica él, con expresión divertida.

—Un momento, ¿lo grabé yo?

Pablo asiente.

—Lo cogiste y comenzaste a presionar botones. Conectaste el vídeo sin querer, no sabíamos que estaba grabando —explica él—. Adelante. Míralo.

Y le doy al play.

Mi propia voz, pastosa y afectada por el alcohol es lo primero que oigo.

—¡Ala! Qué pasada de móvil —Dice mi doble digital—. ¿Tiene cámara? Sí... Aquí está. Vamos a hacernos una foto.

El objetivo deja de enfocar a la oscuridad de la palma de mi mano, y entonces nos veo claramente a Pablo y a mí, borrachos y en mi dormitorio. Puede que al final no pasara nada pero parece evidente que mis intenciones no eran honestas, sino nunca le habría llevado ahí.

—Ten cuidado, no lo rompas que me costó una pasta. —Vale, vale... Lo dejo aquí, sobre la mesa.

El aparato es colocado en dicha mesa y la imagen se queda fija, mostrando la parte baja de mi cama y el armario al fondo. Pablo y yo debemos estar junto al cabecero de la cama porque no nos veo. Sin embargo sí oigo el sonido de succión y babeo de nuestros besos.

—Eres preciosa, de verdad —oigo que dice la voz ronca de Pablo y me sonrojo en la realidad, enfrente de mi portal, con el Pablo de verdad justo delante de mí.

La Sara digital de ríe tontamente.

—¿Te has mirado al espejo? Estás pero que muy bueno...

Me sonrojo todavía más si cabe mientras veo con el rabillo del ojo como el Pablo real sonríe con suficiencia. Está claro que sí sabe lo bueno que está.

Pasa otro minuto de grabación, tan sólo lleno de ruidos de besos y movimientos inidentificables, aderezados con algún que otro suspiro o jadeo entrecortado, hasta que veo que dos figuras desnudas caen sobre la cama. Sólo se pueden ver los pies y las piernas hasta la rodilla, pero imagino que si no nos acostamos, estuvimos cerca. A los preliminares parece que sí llegamos.

—Un momento —dice entonces mi voz.

Me conozco bastante bien, y el tono ahogado con que digo las siguientes palabras evidencia lo mucho que me costó hacerlo.

—No puedo seguir.

—¿Qué? ¿Por qué? —Pregunta entonces grabación, y realmente suena fastidiado.

—Porque si lo hago... Significará que se ha acabado —Declaro, y suena como si estuviese a punto de llorar.

—¿Qué dices? Es el principio.

—No me refiero a ti. Me refiero a él —digo—. Y no quiero que se acabe, le quiero, estoy enamorada de él y voy a perdonarle lo que me hizo.

—¿En serio? No me digas que yo soy el paño de lágrimas. —Lo siento Pablo, lo siento...

—¡Ya te vale! —Entonces se oyen mis sollozos—. No llores, anda. Lo que me faltaba.

—Soy una calientabraguetas —gimo entre llantos.

—Un poco sí.

—Pero si quieres puedes quedarte a dormir conmigo, es tarde.

—¿¡Estás de coña!?

—Prometo no tocarte.

—Joder, qué pedo llevo...

—En realidad eres un buen tío, podría haberme enamorado de ti si hubieras llegado un poco antes.

—Eso no me consuela —replica él—. ¡Y vístete o algo! Que así no hay forma de que me haga la idea de que no vamos a hacerlo.

—Vale vale, me meto bajo las sábanas, así no me ves.

—Será posible que me pasen a mí estas cosas.

—Eres un cielo.

—Cállate.

Entonces oímos el sonido de las sábanas y el chirrido del colchón y de pronto la grabación se detiene. La batería debió de agotarse, pero el desenlace de nuestro encuentro está claro.

El Pablo real me mira. Tenía razón, lo único que hicimos fue darnos unos besos tontos y vernos desnudos, y ni siquiera nos acordamos. Además, la Sara de la grabación ha dicho aquello que la Sara sobria no puede admitir.

Amo a Abel, incluso después de lo que pasó, después del modo en que me miró y del tiempo que hace que estamos separados. Le hubiera perdonado mil veces si de verdad hubiese hecho lo que yo creía que había hecho.

Ahora que sé la verdad, no puedo creer cómo pude pensar que me había acostado con Pablo. Debí saber que iba a ser incapaz de hacer nada con alguien a quien no amo, por muy atractivo que me resulte. Debí haber luchado más...

Aún así, todavía hay cosas que no entiendo.

—¿Por qué me lo enseñas ahora? —Le pregunto a Pablo. Él tuerce el gesto.

—No te lo tomes a mal pero el otro día, cuando te vi en la hamburguesería, me di cuenta de lo hecha polvo que estabas. Que ese tío te dejara te ha afectado más de lo que yo imaginaba, y aunque al principio

pensaba que no debía meterme en el asunto, ahora creo que tengo que ayudarte. Con este vídeo podrás demostrarle que no pasó nada y volver con él. Así al menos podrás soportar mejor el hecho de trabajar en ese antro grasiento.

Sin querer suelto una risa. Parece un chiste que sea Pablo quien venga a rescatarme con su brillante armadura de las garras de la soledad y la depresión. No obstante, tiene razón. Ya es hora de que asome la cabeza de las profundidades de mi pozo personal.

—Envíame el vídeo, y destrúyelo después. ¡Nunca debe verlo nadie más! ¿Me oyes? —Le ordeno firmemente.

—De acuerdo —replica él, algo contrariado. Después recibo el mensaje con el polémico contenido en mi móvil.

—Quiero ver cómo lo borras —insisto.

Y no me muevo hasta que estoy completamente segura de que ya no queda rastro del archivo en el smartphone de Pablo.

—Muy bien —le premio con una sonrisa.

—Bueno, he de irme —anuncia entonces él—. Ya me contarás como te ha ido con él... Si quieres.

No sé si lo dice en serio, pero yo asiento. Él hace un gesto de despedida y se da la vuelta para marcharse cuando siento un impulso y lo llamo de nuevo.

—Oye, eso que decía en el vídeo, era cierto —declaro, pero su mirada interrogante me obliga a explicarme —Lo de que hubiera podido enamorarme de ti, si te hubiera conocido antes.

—¡Venga ya, Sara! No es necesario que...

—No te lo digo por quedar bien —le interrumpo—. Es cierto. Sé muy bien lo estúpida que soy por no corresponderte, la suerte que hubiera tenido de estar contigo. Tú eres todo lo que una chica puede desear, y más de lo que una atolondrada como yo esperaría. Eres el príncipe azul, lo sé, y créeme que tengo ganas de golpearme por dejar escapar a alguien como tú, pero... Pero, no sé... No puedo...

—Ya basta —pide él—. Lo entiendo.

—¿En serio?

Por un instante, Pablo me mira de un modo tan serio e intenso que pienso que de verdad lo entiende, y eso me hace sentir todavía peor por no ser capaz de quererle. Pero después me regala una sonrisa traviesa.

—¡Qué se le va a hacer! Eres tonta y has dejado escapar al príncipe azul. Vive con ello.

Sé que bromea. Para quitar hierro al asunto.

Hago una mueca de desagrado y me doy la vuelta para entrar en el portal. Sin embargo, aunque la despedida haya podido parecer frívola por fuera, por dentro me siento fatal. No creo que nunca haya hecho nada tan estúpido como rechazar a Pablo, no solo una, sino varias veces.

Y es verdad, una parte de mí le hubiera gustado poder olvidar a Abel, poder amarle a él... Sé que me hubiera hecho feliz, y eso es lo peor de todo.

# Capítulo 17: Un giro inesperado

«Pensé que nunca volvería a hacer esto. Creía que esta parte de mi vida se había acabado, pero ¡Hay que ver como son las cosas!

Aquí estoy de nuevo, sentada frente al ordenador, escribiendo. Sin embargo en realidad me siento como si estuviera reencontrándome con un montón de viejos y queridos amigos. ¿Cómo estáis?

He de confesar que os he echado de menos...

Después de todos esos comentarios, sobre todo el de H, os preguntaréis qué es lo que me ha hecho cambiar de opinión con respecto a escribir de nuevo este blog. Pues ha sido P.

Sí, sí... P me ha salvado.

Pero no os llevéis las manos a la cabeza todavía. No me he enamorado de él (por desgracia) sigo completamente loca por A. Como sabéis, no hay razón ni lógica que valga en las cosas del corazón.

Os explico. Resulta que aquella fatídica noche que pasé con P, en realidad no hicimos nada, y tengo un vídeo que lo demuestra.

(Antes de que a alguno de vosotros se os ocurra, NO... Desde luego que no lo voy a poner en el blog para que lo veáis. Tendréis que fiaros de mi palabra)

Por eso, amigos, voy a ir en busca de A.

Voy a pedirle perdón por ser tan sumamente estúpida, y voy a suplicarle que me de otra oportunidad. ¡Deseadme suerte!».

Nada más presionar el botón de publicar, cierro los ojos y me concentro. Necesitaba escribirlo para darme ánimos.

Ahora mismo voy a salir de casa y a plantarme frente a la puerta de Abel. Y voy a hacer justo lo que he dicho que voy a hacer. Luchar por él. Recuperarle cueste lo que cueste. ¡Estoy decidida!

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —Me pregunta Hana por milésima vez en el día.

—¿Quieres venir para apoyarme o para enterarte de todo al mínimo detalle y luego ponerlo en el blog? —Pregunto, sospechando. Ha sido muy insistente en venir desde que le revelé mi plan.

—Bueno... Ambas cosas. Eres mi amiga y quiero estar a tu lado —

responde—. Pero tu historia ya es de dominio ciberpúblico, y semejante acontecimiento se merece una corresponsal en condiciones que informe a la ávida audiencia.

—Ya. Pues si quieres venir, hay una condición. Te quedarás abajo, en el portal.

Hana refunfuña pero tras pensarlo durante unos instantes, accede.

El trayecto hasta el ya conocido edificio de Abel se me hace eterno. Hana no para de parlotear.

Está entusiasmada, de hecho nunca la había visto tan alegre. Sospecho que no es solo por mi causa, aunque desde el principio haya sido la más acérrima defensora de mi relación con Abel. Deduzco que el chico del otro día tiene, definitivamente, mucho que ver con su estado de ánimo.

Cuando Nerea y yo regresamos a casa esa noche, ya no había nadie. Hana y su nuevo novio habían salido a tomar algo y nuestra amiga no volvió hasta la madrugada. A la mañana siguiente no soltó prenda, con la excusa de no gafarlo. Sin embargo está claro que la radiante sonrisa que exhibe desde entonces es buena señal.

Decido sacar el tema para matar el tiempo y aplacar mis nervios.

—¿Qué me dices del chico del otro día? ¿Qué ha sido de él? No ha vuelto a venir.

Hana no puede evitar una sonrisilla.

—¡Ah! ¿Te refieres a Luis? Ya os dije que era un amigo.

—Sí, uno con derecho a roce, al parecer.

—Bueno, Nerea es la de los ligues, tú la de los amores novelescos... Yo soy la de los amigos con derechos.

—Pero ¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta como novio?

—No es eso, Sara. Es que no quiero apresurar las cosas.

Por una parte, la entiendo. Hacer las cosas rápido trae problemas. De eso Nerea y yo sabemos un poco, y observando nuestros fiascos, Hana ha aprendido. Es una chica lista.

—¿Cómo os conocisteis? —Le pregunto. Quiero saber más.

—Viene a las reuniones de la asociación. AMACA, ¿Recuerdas?

—Sí, sí, manga, anime y cultura asiática.

—Comenzó a venir hace un mes. Lo cierto es que le eché el ojo al instante. ¿Es guapo, verdad?

—Sí, lo es —declaro con franqueza.

—Desde el primer día empezamos a tontear y una cosa ha llevado a la

otra —declara. Hay un brillo en sus ojos que parece iluminarla como si de un ángel se tratara, es por eso que no creo al 100% lo que dice. Estoy segura de que la única razón por la que no se decide a poner toda la carne en el asador con Luis es por miedo. Miedo a pasarlo mal...

—Es informático, tiene mi edad y está soltero —Continúa ella—. Vive con compañeros de piso a un par de bloques de nuestra casa. Por eso no lo habéis visto mucho. Yo voy a su casa porque sus compañeros son mucho menos cotillas que vosotras.

—¡Oye! —Replico, molesta—. Le dijo la sartén al cazo. Aquí a cotilla no te gana nadie.

—*Touché* —contesta ella, y ambas nos reímos.

De pronto me doy cuenta de que ya hemos llegado, el portal de Abel está a tan solo unos pasos, y el nudo de mi estómago se aprieta. Me tiemblan las manos y tengo flojas las rodillas.

La suerte está echada.

—Ánimo —me susurra mi amiga, adivinando mi estado.

Respiro hondo y me dispongo a presionar el botón del piso de Abel en el interfono. Por suerte, o por desgracia, un vecino sale en ese momento y, amablemente, me invita a entrar. Lo medito y decido aceptar. Será más impactante aparecer en su puerta.

—Allá voy —le digo a Hana como despedida. Ella levanta ambos pulgares.

Nunca en mi vida he estado tan nerviosa. Creo que voy a vomitar.

Imagino miles de reacciones diferentes, miles de respuestas que podría obtener de Abel.

En algunas terminamos abrazados, besándonos y acariciándonos. Reconciliándonos y viviendo felices para siempre. En otras, me cierra la puerta en las narices, o me dice fríamente que no le intereso, que ya no siente nada por mí.

En la peor de todas las situaciones imaginadas, Abel abre la puerta, me mira de forma ausente y me pregunta quién soy, como si en vez de poco más de un mes, hubiesen pasado años y ya se hubiese olvidado de mi cara.

Al fin me encuentro frente a la puerta, delante de la pulida superficie de madera barnizada.

Mis manos ya no tiemblan, más bien se sacuden como si me estuviera dando un ataque epiléptico. Y golpeo la madera un par de veces.

Nada...

Llamo al timbre.

Nada...

Vuelvo a llamar.

¡Mierda! No está en casa.

Justo entonces otra puerta en el mismo rellano se abre y distingo la cara confusa y arrugada de una mujer mayor.

—Hola guapa. ¿A quién estas buscando? —Me pregunta. No sé si sentirme molesta por su intromisión o aliviada porque quiera ayudarme.

—El chico que vive aquí —respondo balbuceando—. Alto, moreno, ojos azules.

—Sí, Abel. Un chico estupendo. Yo soy su casera.

—Ah —digo tontamente.

—Se ha ido.

—¿A dónde? ¿A trabajar? —Pregunto—. ¿Sabe cuándo volverá?

—No cielo, ha dejado el piso y se ha ido a América con su hermana. Parece ser que consiguió un trabajo allí, así que no creo que vuelva pronto. Me dijo que alquilase el piso a otra persona. ¿Te interesa?

Las palabras de la anciana se clavan en mi cerebro como afiladas agujas. Esas agujas parecen llevar impregnado algún tipo de veneno paralizante, porque soy incapaz de moverme. Me he quedado ahí, helada, petrificada... Y comienzo a sentir que el suelo se deshace bajo mis pies, que el aire que respiro se hace poco a poco más denso.

Me falta el aliento, la herida de mi pecho sangra y se desgarrá. Entonces rompo a llorar escandalosa y desconsoladamente, en ese mismo rellano frente a la atónita anciana.

La mujer intenta animarme pero de pronto Hana aparece por las escaleras, al rescate de la situación, y me coge de los hombros mientras disculpas a la mujer y me arrastra fuera del edificio. Yo no puedo parar de llorar. Al menos hasta que noto que las pequeñas y finas manos de mi amiga me sacuden. Consigo enfocar sus ojos de un color verde irreal en el campo de mi visión borrosa. Me miran duramente.

—¡Sara! ¡Tranquilízate! Te estás pasando.

—Se ha ido, se ha ido para siempre.

—Lo sé. Estaba escuchando.

No me quedan fuerzas para enfadarme con ella, de modo que lo dejo pasar.

—No puedo creerlo. Se ha marchado.

—Bueno, no es descabellado. Le partiste el corazón. Y su hermana vive en Estados Unidos. Quizá necesitaba que alguien estuviese con él, igual que Nerea y yo hemos estado contigo.

—Ya pero...

—¿Sabes lo que tienes que hacer ahora?

—No...

—Tienes que comprar un billete de avión e ir a buscarle.

A pesar del gran disgusto que tengo encima, las palabras de Hana están a punto de hacerme reír.

—Eso es una locura.

—A estas alturas, es hora de que hagas una locura por amor.

—Pero no sé dónde vive su hermana. Solo sé que trabaja en Chicago, es abogada.

—Pues vas a ir a Chicago.

—Hana, Chicago es una ciudad enorme —replico—. ¿Cómo piensas que voy a encontrarle?

—No lo sé, pero tienes que intentarlo o te arrepentirás toda tu vida, Sara.

Tiene razón. Es la cosa más absurda que haré en mi vida, seguro, pero si no viajo hasta Chicago e intento encontrar a Abel, jamás me lo perdonaré.

—Está bien —accedo finalmente—. ¿Y cómo lo hago? —Lo primero, es investigar...

Tras haber conseguido aplacar mi acceso irracional de llanto, Hana vuelve a subir las escaleras con la firme intención de hacerle unas cuantas preguntas a la anciana casera de Abel.

Con las ideas bullendo en mi cabeza como si fuera una olla a presión, yo la espero en el portal, comiéndome las uñas hasta convertir mis dedos en muñones. Al cabo de unos minutos, mi amiga regresa con una amplia sonrisa en la cara.

—Hecho —anuncia, y agita un papel que lleva en la mano—. Tenemos una dirección.

—¿En serio? —Me sorprendo.

—Ha habido suerte, la señora es una romántica, y cuando le he explicado la historia le ha faltado tiempo para darme la dirección donde Abel le dijo que enviara el correo a su nombre.

Tomo el papel entre mis dedos temblorosos y lo examino. Es una calle cualquiera de un barrio cualquiera de una ciudad situada a casi 7.000 kilómetros de distancia.

La cabeza comienza a darme vueltas. ¿De verdad me voy a atrever a hacer algo tan temerario?

No puedo creerlo... Pero parece que ya no hay vuelta atrás.

Ni siquiera me he hecho a la idea de viajar a otro continente cuando, dos días después, Hana llega a casa con dos billetes de avión en la mano.

—Ya está —anuncia—. Conseguí un buen precio. 1500 ida y vuelta.

Se me cae el alma a los pies.

—¡¡1500!! —Exclamo—. ¿Por qué los has comprado? No puedo pagar eso... ¡Estás loca!

—No te alteres tan rápido. Ya están pagados, y no los has pagado tú. Han sido tus padres.

—¿Mis padres? —Pregunto, incrédula.

—Los llamé y les expliqué lo que te ocurría. Me mandaron el dinero para pagar tu viaje enseguida —Declara mi amiga—. Son unos padres estupendos, deberías valorarlos más.

Estoy tan sumamente anonadada que no le discuto esa última afirmación.

—¿Y por qué dos billetes? ¿Vas a acompañarme?

Creí que le iba a ser imposible pedir días en su nuevo trabajo.

—No, yo no.

Entonces Nerea aparece tras ella, haciendo una entrada teatral en mi habitación.

—Yo iré contigo —anuncia con una gran sonrisa—. He pensado que con tu nivel de inglés de instituto no llegarías muy lejos, además necesitarás un poco de desparpajo y cara dura para conseguir lo que te propones. Por eso, y porque siempre he querido visitar Estados Unidos, voy contigo.

Jamás lo habría esperado. Nerea va a ser mi compañera de viaje.

Lo cierto es que me siento mucho más aliviada y confiada ahora que sé que no voy a ir sola.

De pronto, una pequeña parte de mí comienza a pensar que quizá este loco plan puede salir bien.

El optimismo, hasta ahora enterrado junto a mí en mi pozo personal, se arrastra entonces lentamente hacia la superficie. Comienzo a pensar que es posible que, al fin y al cabo, en cuestión de días pueda ver a Abel. Tenerlo frente a frente, poder decirle todo lo que siento...

Los nervios se agitan en mi estómago, como mariposas.

No puedo contener el impulso de abrazar a mis amigas, y decido no luchar contra las lágrimas que brotan en ese instante de mis ojos. Éstas no son

como tantas otras que he derramado, éstas son de felicidad, y por eso merecen que las deje aflorar.

—Vale, vale... —Murmura Nerea, algo incómoda por mi efusivo abrazo. Nunca ha sido muy cariñosa.

—A cambio quiero que me traigáis muchos regalos —dice Hana con su cantarina risa característica.

—No te quejes, que vas a tener la casa para ti sola durante una semana.

—Podrás traer a Luis —Añado con picardía.

—¿Quién es Luis? —Pregunta Nerea.

—Te lo contaré durante el viaje —Le prometo, y acto seguido me apresuro a sacar la maleta.

¡Tengo mucho que preparar! Nos vamos en tan solo tres días.

## Capítulo 18: El Viaje

»Por\_una\_sonrisa comenta: ¡¡Qué alegría!! No sabes la ilusión que me hace que hayas vuelto, es casi como si fuésemos amigas íntimas. ¡Te deseo mucha suerte en tu viaje!

»Arietta comenta: Jamás creí que estaría tan enganchada a un blog, pero tu historia, *FracaSara*, me ha llegado al corazón. Espero de verdad que consigas recuperar a A.

»Cansado\_D\_todo comenta: Desde luego, no te faltan "ovarios". No sé si yo sería capaz de recorrer medio mundo para encontrar a una chica, por muy enamorado que estuviera. ¡Mucho ánimo, compañera!

»Cecilinah comenta: Me siento tan orgullosa de ti, *FracaSara*. Ojalá te salga todo bien. Nosotros estaremos aquí esperando ansiosamente tu regreso para que nos cuentes el desenlace de tu historia.

Con ánimos renovados, desconecto el portátil.

Haber leído los comentarios de mis amigos virtuales me ha dado energía.

Cuando les conté que Abel se había marchado, casi pude sentir la decepción colectiva. No esperaban que fuese a ir tras él, y no los culpo.

Hasta ahora mi actuación ha sido contenida, tímida y desde luego nada arriesgada, era de suponer que volviera a aterrorizarme y a esconderme en mi caparazón en lugar de luchar. ¡Pero no, esta vez lucharé!

En ese momento escucho el golpe de los nudillos de Nerea en mi puerta.

—¡Eh, tardona! Espero que estés preparada, ya vamos con el tiempo justo —dice.

—Pero el avión no sale hasta dentro de tres horas —replico, abriéndole la puerta.

Ella ya está completamente vestida y maquillada, y sus maletas esperan en el recibidor.

—Se nota que no has viajado nunca en avión —se burla—. Hay que llegar con bastante antelación si no quieres destrozarte los nervios recorriendo una terminal inmensa a la carrera.

—Vale, vale... Dame sólo cinco minutos.

Finalmente, casi un cuarto de hora después, Nerea y yo salimos por la puerta del piso. Ella emocionada y llena de energía, yo lánguida y nerviosa.

Hana, relativamente triste, nos despide desde la puerta.

—Llamadme —pide—. Todas las noches.

—¿Qué eres, nuestra madre? —Ríe Nerea, con un espléndido estado de ánimo.

—¡Quiero saber cómo va todo! —Protesta nuestra amiga—.

Me fastidia mucho no poder acompañar a Sara.

—¿Crees que no voy a ser capaz de cuidarla? —Replica Nerea, ácidamente.

—No estoy tan segura...

—Venga chicas, que no es para tanto —interrumpo, no muy segura de la veracidad de mis palabras—. Sólo voy a reunirme con Abel para charlar. El hecho de que para eso tenga que recorrer tanta distancia es sólo un detalle, no cambia nada.

—Si tú lo piensas —murmura Hana.

Yo me acerco a ella y la beso en la mejilla.

—Te agradezco mucho tu apoyo, no sé qué habría hecho sin ti —le digo, y veo como sus ojos se humedecen.

—Está bien, par de cursis —declara Nerea, poniendo fin a la sensiblera escena—. Tenemos que irnos.

—Te llamaré —le prometo a Hana, y sigo a Nerea escaleras abajo, cargando las dos con sendas maletas preparadas para pasar al menos una semana en Chicago.

En breve me doy cuenta de la razón que Nerea tenía con respecto al tiempo.

Cuando por fin llegamos a la terminal, después de haber cogido dos autobuses con un transbordo de varios minutos, tan solo nos queda una hora y media para facturar el equipaje, pasar el control de seguridad y encontrar la puerta de embarque de nuestro vuelo.

En realidad yo no sé cuánto se supone que vamos a tardar en hacer todo eso, pero confío en Nerea cuando dice que vamos muy justas.

Y, de nuevo, he de darle la razón...

En el mostrador de facturación hay una fila de al menos treinta personas.

—¡Quédate aquí guardando el sitio! —Me pide Nerea—. Yo iré a cambiar dinero.

—Pero ¿Y si me toca? ¿Qué tengo que hacer? —Pregunto, histérica.

Sin embargo mi amiga ya ha desaparecido entre la multitud.

Nunca me han gustado los sitios abarrotados, pero ahora es peor. No solo

hay gente por todas partes, sino que además parecen empeñados en empujarme y tropezar con mis maletas constantemente.

La fila va menguando progresivamente. Al cabo de unos cuarenta minutos, ya sólo quedan dos pasajeros por facturar, y uno de ellos soy yo.

Me pregunto dónde se habrá metido Nerea.

Entonces la veo aparecer y el alivio me invade.

—¡Madre mía! Pensé que ya habrías facturado.

—¿Estás de broma? —Río.

Con prisas, conseguimos entregar a la azafata del mostrador toda la documentación necesaria, y por fin, ella se lleva nuestras maletas y nos entrega los billetes.

—Rápido, al control —insta Nerea.

Yo la sigo entre la masa de gente que nos rodea, sorteando carritos y evitando chocar contra niños extraviados hasta que por fin alcanzamos el control de seguridad.

Varios guardias nos dan instrucciones.

"Quítense los abrigos. Dejen en las bandejas cualquier objeto metálico. No está permitido llevar líquidos. Extraigan los ordenadores portátiles de sus bolsos."

Creo haber seguido estas directrices al pie de la letra, y contenta, compruebo que el arco detector de metales no pita.

Me dispongo entonces a volver a colocarme el cinturón y el abrigo, pero cuando voy a coger mi bolso, me percató de que ha desaparecido.

—¿Vamos? —Oigo que dice Nerea a mis espaldas.

—Mi bolso, no está —respondo.

—¿Cómo que no está? —Pregunta.

—Lo dejé en una bandeja, y ha desaparecido.

—¡Sólo a ti podrían robarte un bolso delante de las narices de una docena de guardias de seguridad! —Replica mordazmente mi amiga.

—¿Y qué hago ahora?! —Farfullo, comenzando a hiperventilar a causa de los nervios—. Tenía dentro el pasaporte, el dinero y los billetes.

—¡No me lo puedo creer, Sara! —Añade Nerea, trasformando la tensión del momento en enfado—. ¡1500 euros tirados a la basura!

—No me grites, no es culpa mía que me roben —replico, también furiosa.

—¡No grites tú, que estás montando un espectáculo!

En ese momento me doy cuenta de que casi toda la gente que espera para pasar el control, y también algunos de los que han pasado antes que yo, nos

observan a Nerea y a mí con una mezcla de curiosidad y de vergüenza ajena.

Automáticamente, me sonrojo hasta las orejas.

—Disculpen, señoritas —dice entonces una voz tras nosotras—. ¿Es este bolso de alguna de ustedes?

No puedo reprimir un suspiro aliviado al ver mi bolso color beige entre las enguantadas manos de una mujer del personal de seguridad.

—Sí —contesto—. Es el mío.

—Tengo que inspeccionarlo, señorita, si no le importa. —Claro.

Poco a poco, los espectadores que nos observaban comienzan a disolverse y Nerea me espera en un rincón mientras la mujer-guardia saca todas y cada una de mis pertenencias del bolso, y las examina cuidadosamente.

Al final encuentra mi set de manicura y me anuncia que no está permitido llevar un cortaúñas a bordo del avión.

—¿En serio? —Replico confusa—. ¿Cómo creen que voy a atacar a nadie con un cortaúñas?

—Es la normativa, lo siento.

—Está bien —declaro, con el irritada—. ¡Quédeselo! Espero que al menos lo aproveche.

Sin esperar una respuesta por parte de la mujer, sigo a Nerea a la carrera (tal y como había vaticinado) hasta la puerta de embarque donde nuestros compañeros de viaje ya están accediendo al enorme avión.

Durante unos instantes me quedo alucinada, pegada a la cristalera desde donde se puede observar la gran amplitud de la pista de aterrizaje. Hay muchos aparatos, unos más grandes que otros, pero el avión de American Airlines que nos espera para embarcar es inmenso.

—Vamos, que pareces una pueblerina —me indica Nerea resoplando.

En el interior el aparato es más amplio de lo que me imaginaba. Mejor, así no sentiré claustrofobia. Hay tres hileras de asientos, una a cada lado de la cabina y otra en medio. Por desgracia, nuestros puestos de tarifa económica nos obligan a colocarnos en la fila central, de modo que nos será imposible mirar por las ventanillas.

Decepcionada tomo asiento, aunque enseguida me doy cuenta de que cada puesto tiene una pequeña televisión enfrente, y es personal. Al instante comienzo a teclear e investigar el artilugio. Tiene juegos y películas (aunque la mayoría están en inglés) y entonces reparo en que hay una gran cantidad de capítulos de una de mis series favoritas.

—Bien, puedo ver Friends durante todo el viaje —exclamo, contenta.

—¿Durante diez horas? —Dice Nerea con sarcasmo—. ¡Suerte! Terminarás odiándola.

—No creo que eso sea posible —replico—. ¡Me encanta! Pero tiene razón.

Esa manía suya de tener siempre razón está empezando a sacarme de quicio.

Aunque es posible que lo que en verdad me está empezando a sacar de quicio sea estar metida en este avión, que empieza a asemejarse cada vez más a una lata de sardinas volante, escuchando una y otra vez la melodía de la serie que creía imposible de odiar.

A mi lado, Nerea se ha quedado profundamente dormida. Ojalá yo pudiera, pero soy incapaz.

La adrenalina que fluye en mi organismo me impide dormir. Decido buscar el cuarto de baño, no porque tenga realmente ganas, sino por hacer algo que no sea estar sentada.

Camino a lo largo de la cabina, observando a los pasajeros con interés. A muchos podría catalogarlos como americanos a simple vista por sus rasgos faciales, sus cabellos rubios y ralos y, en algunos casos, por su obesidad.

Me detengo entonces frente al asiento de un chico joven al que me resulta difícil catalogar.

Podría ser tan americano como el que más, pero igualmente podría ser español. En ese momento no puedo evitar imaginarme a Abel sentado en ese mismo asiento, quizá unas semanas atrás. Casi puedo verlo, y se me encoge el corazón.

¿Realmente fui yo la culpable de todo? De qué decidiera marcharse, de que dejara el trabajo, el lugar donde nos conocimos, y se fuese a vivir a otro continente.

Con un nudo en la garganta, una frase accede atropelladamente a mi consciencia: "Debía de dolerle mucho, para dejar atrás todo lo que le recordaba a mí."

—Excuse me —oigo entonces una voz a mi lado, sacándome de mi ensimismamiento—. Do you need anything?

Sin comprender, me vuelvo a mirar a la azafata de rostro armoniosos y amable que me está hablando. Sé que me he quedado plantada en mitad del pasillo, mirando con cara de besugo a ese pobre pasajero, imaginándome que era Abel y rompiendo a llorar en silencio ante esa dolorosa visión inventada. El pasajero en cuestión ha tenido que sentirse incómodo.

—No la entiendo —replico, con las mejillas húmedas por las lágrimas y sintiéndome tonta.

—¡Oh, yes! Wait a moment, please —insiste la azafata. Ella se marcha y poco después regresa con una azafata española.

—Mi compañera dice que estabas llorando —declara, también parece amable—. ¿Te pasa algo?

—No, es sólo que... Estaba buscando el baño.

Con una mezcla de confusión y diversión, la azafata española me indica la situación del lavabo y se aleja, supongo que aguantando una carcajada.

Desde luego, soy incorregible... No importa que esté en mi ciudad, en mi casa o en un avión a miles de metros de altitud y volando hacia un destino inhóspito, vaya donde vaya, acabaré haciendo el ridículo.

# Capítulo 19: Pasar página

Tras un agotador viaje de más de diez horas, Nerea y yo desembarcamos del imponente Airbus en el aeropuerto internacional de O'Hare en Chicago.

Al pisar por fin tierra firme me siento instantáneamente relajada, aunque pocos minutos después, el nerviosismo vuelve a hacer presa de mí.

Es increíble, pero después de tanto tiempo me encuentro por fin en la misma ciudad que Abel, más cerca de lo que hemos estado desde hace días, y el sentimiento que me invade es embriagador y terrorífico a la vez.

Por primera vez desde que comencé esta insólita aventura, me asaltan las dudas. ¿Y si piensa que estoy loca por venir hasta aquí tras él? ¿Y si está tan enfadado o dolido que no quiere ni siquiera verme?

Ni siquiera he podido avisarle de que iba a venir, cuando intenté llamarle por teléfono, justo después de enterarme de que se había marchado, una voz enlatada me comunicó que el número ya no existía. Alguien que rompe lazos de forma tan radical no parece dispuesto a volver a saber de quienes dejó atrás...

—¿Qué te pasa? —Me pregunta Nerea, percatándose de mi tenso silencio—. No me digas que te estás asustando ahora, a estas alturas.

—La verdad es que sí... Un poco.

—No seas gallina —replica—, no tropieces un segundo antes de llegar a la meta, eso es de perdedores.

—Quizá sea una perdedora —contesto.

Junto a nosotras, la cinta transportadora que nos va a devolver el equipaje sigue su lento desfile. La gente se mueve de un lado para otro, los aviones despegan y aterrizan, pero mi mente está bloqueada.

—No, no lo eres —declara Nerea—. Puede que seas un tanto peculiar, desorganizada y caótica, también un poco esperpéntica, pero eres buena, Sara. Te mereces cosas buenas, te mereces recuperar al amor de tu vida y por eso estamos aquí, por eso estoy yo aquí. No voy a dejar que te echas atrás ahora ¿Me oyes? Si es necesario te arrastraré hasta los mismos brazos de Abel.

Las palabras de Nerea me han dejado anonadada.

Siempre creí que le traía más o menos sin cuidado todo lo relativo a Abel

y a mí. Apreciaba su compañía en este viaje, pero suponía que sus razones para acompañarme eran puramente egoístas.

Sintiéndome como una idiota y una mala amiga, comienzo a llorar de nuevo.

—¿Y ahora por qué llorameas? —Pregunta con tono hastiado.

—Porque no sabía que yo te importara de verdad.

—¡Claro que me importas, cabeza de chorlito! —Repone, mirándome con sus ojos oscuros, intimidantes, pero con un leve brillo afectuoso en el fondo —. Sino no estaría aquí.

—Ya pero...

Nerea resopla. La conozco lo suficiente como para saber que no le gusta hacer alarde de sus sentimientos, es reservada y en parte envidia su frialdad. Pero ya me ha quedado claro, después de tantas idas y venidas, que tiene su corazoncito.

—Tú me ayudaste cuando pasó lo de... Bueno, lo del embarazo — murmura—. No tenías por qué haber cuidado de mí, ni Hana tampoco, pero lo hicisteis. Me ayudasteis a salir del hoyo, y aunque parezca que no me doy cuenta, lo hago y lo aprecio.

Escuchando las dulces palabras de Nerea, mi barbilla comienza a temblar.

—Nerea... ¿Puedo abrazarte? —Le pregunto.

—No sé por qué me lo preguntas, siempre lo haces sin avisar.

Y la abrazo, y ella me rodea con sus finos brazos, al menos hasta que localiza nuestras maletas en la cinta transportadora.

—Bien, vamos al hotel —dice—. Estoy agotada.

Para mi propia sorpresa nada más llegar a la habitación me acuesto en la cama y me duermo al instante. La luz del día me despierta ocho horas después.

En la cama de Nerea, sobre el edredón de estampado floral, hay una nota. «He bajado a desayunar».

Con los ojos todavía entrecerrados me visto y me dirijo al comedor donde hay una mesa de buffet con un desayuno variado. Tostadas, bacon, huevos... Zumo y café.

Mi estómago ruge de forma insistente y busco a Nerea entre los comensales. No tardo en encontrarla, sentada en una mesa y acompañada por dos chicos.

¡No me lo puedo creer! No llevamos ni un día en Estados Unidos y mi descarada amiga ya ha ligado con un par de tipos que podrían ser modelos de

catálogo.

Mientras me acerco no puedo dejar de admirarlos. Uno es muy alto, rubio y con brillantes ojos celestes. Lleva una gorra de baseball y una gran camiseta de algún equipo que desconozco. El otro es más bajo pero aún así atlético, de pelo castaño, ojos oscuros y sombra de barba en el mentón. Ambos son guapos a rabiar.

—Buenos días —saludo tímidamente. Los dos chicos y mi amiga se vuelven para mirarme.

—Hola —responde Nerea. Acto seguido, me presenta a sus amigos en inglés.

—Nice to meet you, Sara —dice el moreno.

Yo me quedo muda y le dedico una sonrisa nerviosa.

—Estos son Liam y Matthew —me explica Nerea—. Son de Georgia y han venido para ver un partido de baseball que parece importante. Les explicaba que estamos de vacaciones.

—Pero no estamos de vacaciones —replico.

—Sí lo estamos, yo lo estoy —declara—. Y nos han invitado a ir con ellos al partido.

—No, gracias —murmuro, sentándome a la mesa. La verdad es que ya no tengo hambre.

—Sorry guys, my friend is shy —dice Nerea a sus acompañantes—. She has things to do this afternoon, and needs my help. But I'll be free by 7 p.m.

—That's perfect —responde el rubio alto—. We'll meet at the hall.

—All right, see you later.

Incapaz de seguir su conversación, me abstraigo recorriendo con un dedo las líneas del bordado del mantel. Cuando por fin se despiden y los dos chicos se marchan, Nerea se vuelve hacia mí.

—¡Qué aguafiestas eres! —Declara—. Sé que has venido únicamente por Abel, pero no te cuesta nada ser amable con esos dos bombones americanos. Pienso hincar el diente a alguno esta noche.

—Nerea, contrólate —le digo—. Estás embarazada de casi cuatro meses.

En ese momento, mi amiga me lanza una mirada cortante llena de furia.

—¡Precisamente por eso, Sara! —Repone—. Ya está empezando a notarse, y cuando nazca tendré que olvidarme de todo lo que es divertido. Mi vida se reducirá al trabajo y a cuidar de mi hijo y es posible que nunca encuentre un hombre que merezca la pena.

—No será para tanto.

—Sí lo será. No volveré a salir de copas en muchos años, no volveré a echar un polvo. ¿Sabes lo que es eso para mí?

Su franqueza me deja desarmada. No lo había visto de esa manera, pero pensándolo bien ella tiene razón. Quizá podría relajarme un poco, no depender tanto de ella y dejar que se divierta con esos chicos.

—Está bien, no te pondré pegatas —accedo finalmente—. Pero ten cuidado.

Nerea me sonrío con picardía.

Tranquila, sé cuidarme bien.

Desayunamos hablando de temas diferentes y cuando terminamos, comprendo que es hora de enfrentar la realidad.

Nerea examina un mapa de la ciudad que ha adquirido en la recepción del hotel mientras trata de dar con la dirección que nos proporcionó la anciana casera de Abel. Yo, por mi parte, trato de mantener los nervios a raya.

Al parecer, tenemos que cruzar media ciudad en transporte público para llegar al lugar indicado. Los autobuses grises que recorren la ciudad me parecen extraños, destartalados y llenos de gente de lo más curiosa.

Durante nuestro camino, no puedo dejar de impresionarme con el gran control de la situación que ejerce Nerea. Parece moverse como un pez en el agua, de forma confiada y tranquila, como si hubiese estado en Chicago mil veces antes. Interiormente admito que me gustaría tener esa gran habilidad para adaptarme a tan diversas circunstancias.

Gracias a ella, en tan solo una hora llegamos a la calle que Abel escribió en ese papel.

Es una avenida no demasiado transitada con edificios de media altura a ambos lados. No parece en realidad la dirección de una casa, sino más bien de una oficina.

Efectivamente, hemos llegado al despacho de su hermana. "Barnon & associates" dice la placa.

Ambas deducimos que con "asociados" se refiere a la hermana de Abel.

Nerea no duda en abrir la puerta y dirigirse sin más a la recepción. Yo la sigo, tratando de esforzarme para no temblar.

Una chica impecablemente vestida con un traje de chaqueta nos atiende tras un mostrador pequeño pero organizado.

—Can I help you, ladies? —Dice.

—I'm looking for a spanish girl that works here, she's an attorney — declara Nerea.

—I guess you're talking about Mónica.

—Yes, I'd like to speak to her.

—I'm sorry but she's not here. She took some days off, cause of the wedding.

Las cejas de Nerea expresan sorpresa, y mi estómago se encoge, ya que no entiendo ni una palabra de la conversación.

—The wedding?

—I though you knew. She's getting married, this friday.

—Can you tell me where's the wedding taking place?

—Well... I don't know.

—Please, this is not about Mónica, the person we're truly looking for is her brother, we just need to see him.

—Abel? —Pregunta la secretaria. No hay duda, ha dicho su nombre, y yo me pongo tensa.

—That's it.

—He's working here today —replica la chica, con expresión confusa—. But he went out for lunch five minutes ago. He use to have lunch in a restaurant at the end of the street. It's called Sunbell Caffè.

—Thank you —se despide Nerea, y acto seguido me coge de la mano y me arrastra de nuevo a la calle.

—¿Qué ha pasado? —Quiero saber, aturdida.

—La hermana de Abel, Mónica, no está porque va a casarse este viernes. La secretaria no ha querido decirme dónde se va a celebrar la boda, pero me ha dicho que Abel trabaja aquí, en el despacho, aunque ha salido hace cinco minutos para comer en un restaurante que se llama Sunbell Caffè y que está al final de la calle —explica ella.

—¿Y vamos al restaurante?

—¡Pues claro que vamos!

Tardamos pocos minutos en encontrar el sitio, pero aunque Nerea está dispuesta a entrar en el local como un torbellino, yo necesito tranquilizarme y organizar mis ideas antes de enfrentarme a Abel. Mi amiga espera con impaciencia frente a la puerta mientras yo respiro hondo, al menos hasta que mis ojos topan con algo a través del ventanal de la cafetería.

En ese momento, mi respiración se corta.

Es Abel, sin duda. Está ahí sentado, más guapo que nunca. No lleva gafas y definitivamente ha cambiado su vestuario de forma positiva. Sonríe, parece alegre, y charla con alguien.

Necesito moverme apenas un milímetro a la derecha para que una columna deje de ocultarme al misterioso acompañante de Abel. No me sorprende descubrir que se trata una chica, una americana rubia preciosa que se está riendo con él, mostrando una blanca y brillante dentadura y mirándole con unos ojos verdes y hermosos.

De pronto, tengo una extraña sensación de *deja vú*.

Imagino que esa es la misma imagen que alguna vez dimos él y yo a quien nos observase mientras comíamos en los descansos del trabajo, mientras nos conocíamos y nos enamorábamos. Todo aquello pasó hace unos meses, pero ahora se me antoja muy lejano, como si perteneciese a otra vida.

Sí, parece que Abel ha conseguido sustituir su ciudad, su trabajo e incluso a mí. Ha sustituido su vida entera, y lo peor de todo es que parece feliz con el cambio.

—¿Quién soy yo para evitarlo? ¿Por qué habría de obligarle a volver?

—Vámonos —le digo a Nerea, y mi voz suena extrañamente serena.

—¿Qué dices? ¡Estás loca!

—No, no... Creo que irme es lo más sensato que puedo hacer ahora mismo —replico.

—No puedo creer lo que estoy escuchando —exclama ella.

—Fíjate bien, Nerea —le digo, señalando a Abel a través del cristal—. Es feliz. No está llorando por las esquinas como hacía yo, no está trabajando en un antro, no está rodeado por un halo depresivo como estaba yo. Ha pasado página, y yo debería hacer lo mismo.

—Sara, sabes perfectamente que casi siempre las apariencias engañan.

—No creo que engañen ahora —repongo—. Y está bien. Yo me voy, si quieres venir conmigo, adelante, si no me iré sola al hotel.

—¿Para qué? ¿Para meterte en la cama y volver a hundirte?

—Tal vez... He dicho que pasaré página y lo haré, aunque me cueste.

Sin añadir ni una palabra más me doy la vuelta y comienzo a caminar no sé muy bien en qué dirección. Finalmente, Nerea me sigue.

# Capítulo 20 El Juego del Gato y el Ratón

—¿Estás completamente segura de que no quieres acompañarnos al partido? —Me pregunta Nerea por milésima vez esa noche.

—No, sólo quiero estar sola un rato. No te ofendas —le respondo.

—De acuerdo.

—Diviértete —la despido, y por fin consigo mi objetivo. Me sorprende levemente no sentir ganas de llorar.

Ver a Abel, aunque fuese tras la ventana de una cafetería, ha hecho que algo cambie dentro de mí. Y me doy cuenta de que podría haber hablado con él, al menos para explicarle lo que realmente sucedió esa noche con Pablo, pero he decidido dejarlo estar.

¿Qué necesidad hay de revolver las cosas? Lo pasado, pasado está...

Tal y como Nerea había predicho, los dos días siguientes me quedo metida en la cama viendo la tele aunque no entienda nada de lo que dicen, durmiendo o asaltando el servicio de habitaciones.

Al tercer día, viernes, por fin me animo a bajar al comedor para desayunar. Tengo la cabeza demasiado embotada y las piernas comienzan a darme calambres a causa de la falta de movimiento.

Mi amiga no está en el comedor, al parecer los chicos americanos son tan sumamente entretenidos que no paran de organizar actividades y visitas a distintos lugares de la ciudad.

Nerea apenas ha pisado la habitación en todo este tiempo. Supongo que sus ausencias nocturnas pueden explicarse también por otros motivos, aunque no logro adivinar en qué cama habrá dormido. Podría ser la del rubio, Liam, o la del moreno, Matthew. Incluso podría ser la de ambos. En cualquier caso, me alegro por ella.

Para mi sorpresa un rato después aparece por la puerta del comedor. Sola.

—Buenos días —me saluda. Parece contenta.

—Hola.

—Al fin has salido de la habitación —observa, y yo me limito a asentir —. ¿Tienes intención de hacer algo más que compadecerte? Nos quedan

apenas unos días aquí y no has visto nada de la ciudad. Si te apetece, los chicos podrían llevarnos a...

—No hace falta —la interrumpo.

—Vamos, Sara. Ya que has venido hasta aquí, deberías aprovechar para hacer turismo.

—Pero no me apetece, Nerea.

—Pues lo siento, pero hoy te voy a obligar a acompañarnos —declara—. Vamos a la playa. Nos han hablado de un sitio precioso a una hora de camino, junto al lago.

—¡Qué pesada eres! —Le recrimino.

—Y más que lo voy a ser si no aceptas.

—Está bien.

—Genial —repite con una sonrisa—. Ponte guapa, Matthew me pregunta mucho por ti. Creo que le gustas.

Resignada, pongo los ojos en blanco.

—Por cierto ¿Has llamado a Hana? —Me pregunta.

—La verdad es que no. Lo he olvidado —admito.

—Ya... La he llamado yo —me informa.

—¿Y...?

—Y dice que eres estúpida. Creo que se plantea seriamente coger un vuelo y plantarse aquí para echarte la gran bronca que te mereces.

—Si quiere perder el tiempo...

—No te preocupes, la he convencido de que espere en casa. Tendrá tiempo de sobra para regañarte en cuanto cruces la puerta del piso.

—¡Qué bien! Lo estoy deseando —replico con sarcasmo.

Termino mi comida sin más comentarios ácidos ni reproches, por suerte, y me veo obligada a subir de nuevo a la habitación para ducharme y vestirme.

No sé por qué Nerea insiste en que me ponga un vestido que considero muy poco apropiado para un día de playa, pero no me apetece seguir discutiendo con ella, de modo que lo hago.

Abajo en la recepción nos esperan los dos americanos. Me sorprende ver que han alquilado un coche.

—Hi Sara —me saluda Matthew—. It's a pleasure to see you.

—Dice que se alegra de verte —me traduce Nerea.

—Bien, gracias.

Con cara de póquer entro en el coche alquilado. Es una marca nacional, un Chevrolet de color rojo apagado. Nada más entrar, los chicos encienden la

radio y la música inunda el interior del vehículo.

¡Tanto mejor! Así puedo fingir que presto atención a las canciones en lugar de a la incomprensible charla que se sucede entre ellos y Nerea.

En cuestión de poco más de una hora, me fijo en que el coche deja la autovía y se adentra por una carretera pedregosa.

Frente a nosotros contemplo la gran extensión de agua de color azul intenso que es el lago Michigan y por un instante me permito admirar su belleza. Parece una balsa, un mar en calma, pues soy incapaz de vislumbrar la otra orilla.

De pronto el vehículo toma un giro por un sendero más transitado de lo normal. Hay varios coches que buscan un lugar donde estacionarse.

—¿Toda esta gente va a la playa? —Pregunto.

—Sí, supongo —responde Nerea, sin embargo noto un entusiasmo en su voz que levanta mis sospechas.

Y entonces lo comprendo...

Nos detenemos junto a una arboleda decorada con guirnaldas y centros de flores. Sobre el césped hay un camino enlosado que lleva a algún misterioso lugar oculto entre los árboles. Y creo saber de qué se trata.

—Me has traído a la boda —mascullo, tan sorprendida que apenas puedo enfurecerme.

—¡Bingo!

Entonces, toda mi furia, mi tensión y mi dolor estallan.

—¡No tienes derecho, Nerea! —Grito, y salgo del coche airadamente. Ella me sigue.

—Por Dios, date un respiro —me exige mi amiga.

—Decidí dejarlo correr —continúo bramando—. ¿Es que no puedes respetar mi decisión?

—No cuando veo que te estás equivocando.

—No tienes ni idea, maldita sea —repongo, cegada por la ira—. ¡Me voy!

—Ni se te ocurra —me amenaza Nerea.

—¿Por qué?—Pregunto, las lágrimas me escuecen en los ojos.

—Porque no vas a estropear mi boda —dice entonces una voz a mis espaldas.

Atónita, giro sobre mis talones y me enfrento a una persona que, aunque jamás había visto, reconozco al instante. Es Mónica, la hermana de Abel.

—Pero...

—Nada de peros —replica ella.

Es hermosa, con el cabello negro, igual que el de Abel, recogido en la nuca con un sofisticado moño adornado con una rosa blanca, y los ojos azules tan similares a los de su hermano, mirándome fijamente.

Lleva un vestido que sería la envidia de cualquier novia, un diseño moderno de color blanco inmaculado, adornado con perlas y rosas naturales.

—Por fin te conozco, Sara —continúa hablando ella—. He oído hablar mucho de ti. Le has hecho mucho daño a mi hermano.

Las lágrimas atrapadas entre mis pestañas se deslizan por mis mejillas.

—Lo siento.

—No lo sientas —replica Mónica—. Ahora estás aquí, has venido por él y no voy a dejar que cambies de idea y te marches sin más.

—Pero él está bien aquí —balbuceo—. Es feliz.

—¿Te lo ha dicho él? —Pregunta la novia.

—No —admito.

—Entonces, ¿Cómo puedes estar tan segura?

De pronto todos mis argumentos desaparecen, se desvanecen. Me quedo muda sin saber cómo responder a una pregunta tan sencilla. Mónica sigue hablando.

—Tu amiga insistió mucho en hablar conmigo, y cuando me contó que estabas aquí, no lo podía creer. Mi hermano me había contado lo ocurrido, y no comprendía cómo era posible que hubieras venido hasta aquí. Pero, como siempre, hay dos versiones de la misma historia, y la que me contó Nerea, es muy diferente de la de Abel. Él creía que todo se había acabado, hasta que...

—¿Hasta que qué...? —La insto a seguir.

Hasta que entró de nuevo en ese blog tan curioso en el que llevas tiempo escribiendo.

Sus palabras me dejan helada. ¿El blog? ¿Qué demonios tiene que ver el blog en todo esto? No consigo encontrar la conexión. Al menos hasta que Nerea interviene.

—¿Recuerdas el mensaje que Hana dejó para él? Le pedía que te perdonara... Pues él lo leyó y estaba planeando su viaje de vuelta.

—Tenía que quedarse para la boda —añade Mónica—. Pero compró el billete para dentro de unos días.

—¿Sabe él que estoy aquí? —Pregunto.

—No —responde ella—. Por suerte, con todos los preparativos no ha vuelto a entrar al blog. ¡Y me alegro! Verte aquí será una gran sorpresa.

—Yo... yo, no sé —No consigo encontrar las palabras, porque no consigo

entender mis propios sentimientos.

Abel iba a volver, incluso antes de que yo decidiera venir a Chicago a por él.

Eso significa que no me ha sustituido por una rubia americana. Significa que, tal y como decía Nerea, las apariencias nos han engañado una vez más.

Entonces, la mano blanca y delicada de Mónica se extiende hacia mí.

—Vamos, es hora de que dejéis de jugar al gato y al ratón — declara.

Yo cojo su mano. Es cálida y me infunde ánimos.

Antes de guiarme al interior de la arboleda, hacia Abel, se vuelve una última vez para mirar a Nerea y a los chicos.

—Thanks for coming —dice en inglés—. Enjoy the wedding.

Y la sigo por el camino enlosado, bordeado con cintas blancas y fragantes flores rosas.

# Capítulo 21: La Boda

Lo siento nada más verlo.

Habría reconocido a Abel en cualquier parte, aún de espaldas. No importa cuánta gente haya a su alrededor, ni que vista un esmoquin que yo nunca le he visto. Su figura, su cabello negro como la noche y las sensaciones que su presencia despierta en mí son inconfundibles.

—Hermanito —lo llama Mónica, y yo me preparo para enfrentar su mirada, esos ojos que ya nunca podré olvidar.

Y ahí están, tan vivos, tan azules como la última vez que los vi. Sin embargo ahora no hay frialdad en ellos, sólo sorpresa. Un completo y profundo asombro.

—Sara —masculla. Su voz hace que una corriente eléctrica recorra mi piel.

No soy capaz de decir nada, me quedo ahí de pie tratando de no desmoronarme mientras Mónica se lleva consigo, hacia la playa, a todos los invitados para dejarnos solos.

—No me puedo creer que estés aquí —dice y, casi como si temiese que me fuera a escapar, se acerca lentamente a mí. Cuando sus dedos rozan por fin mi mejilla, expiro todo el aire de mis pulmones. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba reteniendo.

Es casi un sueño ser consciente de cómo esa simple caricia se convierte por fin en el tan ansiado abrazo que deseaba, y mis manos reaccionan alzándose hasta rodear su cintura.

Lo recuerdo... Recuerdo su olor familiar y la forma en que nuestros cuerpos se adaptan. Sigue igual, es el mismo, y yo también soy la misma. Y lo sigo amando sin reservas, no importa cuántas veces ni con cuánto ímpetu intente mentirme a mí misma. No importa la fuerza con la que intente convencerme de que puedo vivir sin él. No puedo.

—Te he echado tanto de menos —murmura contra mi pelo, y yo lloro de nuevo.

—Perdóname —sollozo—. Lo siento tanto... Soy un desastre, un completo desastre.

—No, yo tengo la culpa —replica con dulzura—. No debí irme así, es

que...

Y entonces recuerdo lo más importante de todo. Lo que he venido a decirle.

Me aparto de él con brusquedad y rebusco en mi bolso hasta dar con mi móvil. Pongo el vídeo de Pablo en reproducción y se lo entrego.

—¿Qué es esto? —Quiere saber.

—No pasó nada entre Pablo y yo —declaro ansiosa—. No hice nada con él porque te quiero a ti y siempre te he querido a ti. Ésta es la prueba.

Abel me mira y detiene el vídeo.

—No necesito pruebas, Sara —dice—. Ya cometí el error de sacar conclusiones precipitadas antes, y he aprendido.

Sin querer, suelto una carcajada.

—Pues aprendes mucho más rápido que yo —sentencio. Él sonríe.

—Lo único que importa es que estás aquí —dice, volviendo a acercarse, estrechándome de nuevo entre sus brazos—. Me parece increíble que hayas venido.

—He venido. Tenía que venir.

Entonces él se aleja lo suficiente como para mirarme a los ojos y coger mi barbilla.

—Vamos a olvidar todo esto —propone—. Volveremos y empezaremos de nuevo ¿De acuerdo?

—Sí, sí —accedo.

—Te quiero —declara, y a mí se me encoge el corazón.

—Y yo te quiero a ti —aseguro, alzando los brazos para hacerle inclinarse.

A pesar de habernos besado tantas veces antes, ese beso parece nuevo.

Su boca desciende hasta la mía, uniéndose como dos piezas de un mecanismo creadas exclusivamente para encajar. Casi parece imposible separarnos algún día, porque por más que lo intento, soy incapaz de dejar de besarle, y él parece hallarse en mi misma situación.

Su manos recorren mi espalda, se enredan en mi pelo y se posan en mi cintura en un intento de acercarnos más, aunque eso sea imposible. Las mías, por su parte, se pasean por sus hombros y su cuello tratando de evitar cualquier intento de alejamiento.

Jamás nadie me había besado así, con tanta pasión, como si en cualquier momento, pudiera desaparecer y quisiera memorizar cada centímetro, cada sensación, cada sabor...

—¿Falta alguien? —Oímos que exclaman desde la playa—. ¡La ceremonia va a empezar!

A regañadientes permitimos que nuestras bocas se separen, aunque seguimos abrazados y con la respiración agitada.

—Creo que debo ir, mi hermana se casa —declara.

—Si tú vas, yo también voy —repongo—. No pienso perderte de vista ni un minuto.

Abel responde con una suave carcajada que acelera mi corazón todavía más y me coge de la mano para caminar juntos hasta el escenario más bonito que he visto nunca.

En medio de la gruesa arena de la orilla del lago hay una gran plataforma de madera. Sobre ella casi medio centenar de sillas adornadas con cintas y flores, todas situadas de modo que los invitados puedan ver el gran arco de rosas blancas y rosas que está colocado justo frente al horizonte de agua azulada.

El esplendor de la primavera está dando comienzo y aunque hace un poco de frío, la suave brisa que recorre la playa resulta agradable.

Definitivamente, si alguna vez me caso (con Abel, por supuesto) quiero una ceremonia igual que esta.

—¿Es ese tu cuñado? —Pregunto al distinguir junto al arco al novio, un americano alto y rubio como tantos, pero con aspecto agradable y una amplia sonrisa blanquísima.

Abel asiente.

—Se llama Charlie Barnon, es el hijo del socio de mi hermana. Es simpático —me explica.

—¿No eres tú el padrino?

—No, es un amigo suyo —responde señalando al pelirrojo que está de pie junto al novio.

Sin soltarnos las manos, Abel y yo nos sentamos en primera fila. Algunas de las personas que nos rodean me miran con curiosidad. Supongo que se preguntan quién demonios soy y por qué agarro el brazo de Abel como si me fuese la vida en ello. Yo les sonrío.

Entonces un hombre mayor con un espeso bigote se levanta y saca algo de un estuche negro. Un violín.

Sin más, comienza a tocar una melodía nupcial que reconozco y, una a una, las tres damas de honor de Mónica desfilan entre las sillas con unos preciosos vestidos rosados. Al instante reconozco a la primera. Es la rubia

que vi sentada en aquel restaurante y riéndose coquetamente con Abel.

Sin querer, le aprieto el brazo con demasiada fuerza.

—¿Qué pasa? —Me pregunta.

—Na...Nada —miento.

Él frunce el ceño y me lanza una analítica mirada que me obliga a decir la verdad.

—Te vi con esa chica el otro día comiendo en un restaurante —confieso—. Y pensé que estaba tonteando contigo. Por eso me marché sin decirte nada.

—Un momento, ¿Viniste a verme al despacho? —Pregunta desconcertado.

—Sí, fue el primer sitio al que fuimos. Tu casera me dio la dirección.

Poco a poco su expresión atónita se transforma en una divertida mueca.

—Vas a tener que aprender a dejar de montarte tus propias películas en esa cabecita loca que tienes —dice—. Esa chica es Lucy, es amiga de mi hermana y está casada con el pelirrojo, el padrino. Es de Texas y habla un poco de español, por eso me llevo bien con ella, eso es todo.

—Ah...

Por fin aparece la novia y todos los invitados nos levantamos.

—Lo siento, ya te he dicho que soy un desastre —murmuro avergonzada.

Abel se inclina y me besa brevemente en los labios.

—Puede ser, pero eres mi desastre.

Mónica nos dedica una radiante sonrisa al pasar junto a nosotros y finalmente se coloca al lado de su prometido, el simpático rubio.

La ceremonia se sucede a la perfección, aunque yo soy incapaz de entender una sola palabra.

Cuando los contrayentes expresan sus votos, a mi alrededor las mujeres suspiran y lagrimean, de modo que imagino que han dicho algo realmente romántico, pero no he sido capaz de comprender nada.

Finalmente, el religioso que preside el oficio dice algo y Mónica besa a su nuevo marido.

Todo el mundo se levanta y aplaude, yo los imito. Unos pocos lanzan pétalos de flores a la pareja conforme recorren el pasillo de vuelta y, tras unas cuantas fotografías, todos nos encaminamos a la arboleda donde alguien ha montado una gran carpa llena de flores y cintas con mesas redondas y un largo mostrador lleno de comida estilo buffet.

Abel me arrastra, para mi sorpresa, a la mesa principal y desde allí veo a

Nerea y a sus amigos americanos tomando asiento en otra no muy alejada.

—Veo que habéis hecho las paces —dice la femenina voz de Mónica a mi lado, haciéndome dar un respingo a causa de la sorpresa.

—Sí... Gracias —balbuceo—. Y enhorabuena, ha sido una boda preciosa.

—Me alegra que estés aquí —declara, y entonces se acerca para besar a su hermano en la mejilla y susurrarle algo al oído. Abel se ríe.

—¿Qué? —Quiero saber.

—Me parece que le caes bien —aventura él.

La comida y los brindis transcurren sin imprevistos y cuando el sol comienza a caer, estoy tan llena y achispada a causa del vino que ya apenas soy consciente de lo extraño de la situación.

La bizarra manera en que he terminado en una boda a orillas del lago Michigan en Chicago deja de importarme, ya solo pienso en lo feliz que me siento.

A mi lado, Abel charla animadamente con el pelirrojo padrino, aunque se vuelve hacia mí cada pocos minutos. Me coge la mano, me besa en la frente, en los labios, acaricia mi pelo. Es como si necesitara asegurarse constantemente de que mi presencia es real. Y lo comprendo, yo hago lo mismo.

Casi no puedo creer en mi suerte. ¡Lo he recuperado!

En ese momento me da por pensar en qué dirán mis lectores cuando escriba todo esto, lo que me lleva automáticamente a recordar el blog y el hecho de haber descubierto que Abel sabía de su existencia.

—Ven —le digo cuando el banquete ha terminado—. Tenemos que hablar.

Él me mira confuso, pero pronto accede.

—Demos un paseo.

Nos alejamos juntos de la carpa y, tras dejar los zapatos junto a los últimos árboles, caminamos descalzos por la arena oscura y terrosa de la playa. No es igual que la de la costa marítima, pero es agradable.

El paisaje que nos rodea es una de las vistas más hermosas que he contemplado nunca. El cielo se tiñe poco a poco de rosa y malva, al igual que el agua, conforme se acerca la noche.

—¿De qué quieres hablar? —Pregunta él, y parece preocupado.

—¿Cuánto hace que sabías lo del blog? —Le pregunto.

—Eh... —Le ha pillado de improviso, puedo verlo en su expresión.

—Tranquilo, no estoy enfadada —le aseguro—. Sólo quiero saberlo.

—Desde el principio, desde el concurso en el foro —revela—. Al comienzo no sabía que eras tú, pero lo descubrí cuando contaste lo que nos pasó en el ascensor.

—¡Dios mío! ¿Cuántas probabilidades reales había?

—Fue entonces cuando empezamos a ser amigos— recuerdo—. ¿Te acercaste a mí por eso?

Abel hace una mueca.

—Bueno, mentiría si dijera que no. Pero lo cierto es que siempre me gustaste, lo del ascensor fue sólo una excusa. Y me alegro de que pasara, de otro modo quizás nunca hubiera tenido el motivo que necesitaba para hablar contigo.

—Podías haber hablado conmigo simplemente porque sí.

—Venga ya, Sara. No es que yo sea el tipo más confiado del mundo —bromea—. No me hubiera atrevido a acercarme.

—Creo que no eres consciente de lo que eres capaz de hacer, aún sin proponértelo.

—¡Mira quién habla! —Ríe él.

Durante un minuto permanecemos en silencio, hasta que se me ocurre algo.

—¿Cuál era tu nombre? - le pregunto.

—¿Mi nombre?

—En el foro —aclaro—. Tu nombre para comentar.

A la luz mortecina del atardecer, compruebo que Abel se sonroja.

—Era Pitágoras<sup>28</sup> —dice.

—Lo recuerdo.

—Pero ya hace mucho que no lo uso —se apresura a añadir—. Dejé de leerlo cuando empezamos a salir, no me parecía bien, pero hace poco sentí que tenía que volver a entrar, no sé explicarlo, fue como... Instinto. Y entonces vi el mensaje que había dejado tu amiga Hana y supe que tenía que volver. No me importaba nada de lo que hubiera pasado, ni siquiera lo de ese tipo, Pablo...

—No pasó nada con Pablo —insisto.

—Me da igual, Sara —interrumpe él.

—Pero te marchaste por eso.

—Nunca debí irme, fue un error, un impulso —dice—. Creí que estar lejos me ayudaría pero no fue así. Cuando quieres a alguien no hay nada que hacer, es así y ya está.

—Y que lo digas...

Ambos reímos y volvemos a besarnos, y parece que toda la angustia y el dolor al final han merecido la pena. Eso que dicen es cierto, no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Y al menos yo he tenido la suerte de recuperarlo.

De pronto el sonido de la música procedente de la carpa nos interrumpe. La hora del baile ha comenzado y Abel y yo regresamos.

El resto de la velada la pasamos bebiendo combinados, riendo de bromas y bailando al son de las canciones de moda, a manos de un DJ.

Al final, Mónica y su flamante nuevo esposo se despiden de todos los invitados y se alejan en un coche blanco, rumbo a su viaje de novios en Bali.

Poco a poco todos los asistentes comienzan a irse en parejas, en grupos y en solitario.

Entonces veo que Nerea y sus amigos se disponen a marchar y trato de unirlos a ellos, pero Abel me retiene.

—¿A dónde crees que vas? —Pregunta.

—Al hotel —respondo.

—De eso nada —replica él, con una sonrisa tan arrebatadora que me aturde un poco—. Tú vas a venir conmigo. Has dicho que no querías perderme de vista, ¿No es así?

Y tiene razón, de modo que asiento y le sigo hasta un coche oscuro y grande, marca Crysler.

—Es de mi hermana —informa.

Apenas son las doce de la noche cuando llegamos a un pequeño unifamiliar con un diminuto pero bien arreglado jardín al frente. Es la típica casa americana situada en un barrio residencial a las afueras de la gran ciudad.

—¡Qué bonita! —Exclamo al ver el interior—. Debe irles bien en el trabajo.

—Charlie, el novio, es arquitecto y bastante reconocido por aquí —explica Abel—. No les va mal.

—Hablando de trabajos. ¿Qué pasó con el tuyo?

—Dimití antes de irme —me explica—. Tenías razón, el jefe era un tirano, y además corrupto. Descubrí que había estado cogiendo dinero de la empresa y quiso sobornarme para que no dijera nada.

—¿Y lo hiciste? —Quiero saber.

—No, no dije nada, simplemente me marché —declara sonrojándose—. Tenía que haberlo denunciado, pero no estaba de humor para meterme en

líos. Quizá lo haga ahora.

—Bueno, pero no tienes que decidir nada ahora mismo — observo, acercándome a él y besándole suavemente en los labios—. ¿Verdad?

—Verdad —contesta Abel, respondiendo a mi beso con intensidad.

—¿Dónde duermes?

—Arriba.

Sin mediar ni una sola palabra más, Abel me guía sin soltarme la mano escaleras arriba hasta su habitación. Está prácticamente vacía y una maleta llena de ropa descansa en un rincón. Está claro que pensaba volver a España en pocos días, y pensar en eso me emociona.

Me vuelvo entonces hacia él y le beso de nuevo con pasión. No tardamos mucho en deshacernos de nuestra ropa y meternos entre las sábanas.

En esa noche, entre sus brazos, por fin vuelvo a sentirme feliz y completa; y me prometo a mí misma que cueste lo que cueste no meteré la pata otra vez.

## Capítulo 22: Colorín, Colorado...

Nada más traspasar el umbral de la puerta de mi piso, Hana se me echa encima.

—¡Sara! —Grita, eufórica—. ¡Enhorabuena!

No sé muy bien cómo reaccionar.

He pasado todo el viaje en avión pensando en que todavía queda una semana para que Abel vuelva y tratando de controlar mi desbocada imaginación que parece haberse confabulado contra mí, pues no deja de enviarme imágenes de las mil cosas que podrían salir mal y que podrían hacer que todo se torciese una vez más. ¡No tengo remedio!

Abel y yo pasamos los dos últimos días de mi viaje en Chicago pegados como gemelos siameses. No nos separamos ni un minuto hasta que nos vimos obligados a despedirnos en el control del aeropuerto.

¡No entiendo cómo es posible que, aún después de todo eso, algo en mí siga creyendo que todo podría salir mal! Durante siete días tendré que luchar contra mí misma, contra mi pesimismo... Pero lo haré.

Repito: haré lo que sea necesario para no volver a meter la pata.

Entonces regalo a Hana una sonrisa de lo más deslumbrante.

—Sí, sí... ¡Qué bonitos son los finales felices! —Masculla Nerea detrás de mí.

Ella está de mal humor, pero es el tipo de humor sarcástico, no el de encerrarse en su habitación a llorar y compadecerse.

No le ha sentado demasiado bien tener que despedirse de los dos americanos cachas con los que ha pasado tanto tiempo en Chicago. Creo que Nerea consideraba a Liam y Matthew sus últimas conquistas antes de verse obligada a sentar la cabeza, y aunque desde un principio supo que todo iba a terminar así, le fastidia bastante... Puedo entenderla.

—Tengo que admitir que has hecho un gran trabajo, Nerea — le dice Hana.

—No ha sido fácil —replica ella—. Aquí nuestra amiga tiene un don para el melodrama, se pasó tres días enteros metida en la habitación del hotel lloriqueando por algo que era sólo producto de su imaginación. ¿Cómo es posible?

Hana sonríe y se encoge de hombros.

En ese momento, cuando me dispongo a cruzar el pasillo y entrar en el salón, Hana me detiene.

—Oye, tengo que decirte una cosa.

No le da tiempo. Al instante escucho dos voces familiares que gritan mi nombre.

— Cari o! —Exclama mi madre apareciendo por la puerta del salón.

—Hola bizcochito —saluda mi padre, tras ella.

— Mamá!  Pap ! —Digo, más atónita que molesta—.  Qu  hacéis aquí?

—Cielo, estamos orgullosos de ti —declara mi madre, abraz ndome como si hubiese ganado algún premio o hecho un descubrimiento importante.

— Por qué? —Pregunto.

—Ya creíamos que eras una de esas personas frías y sin alma, una estirada —dice mi madre, alejándose para que mi padre pueda atraparme en uno de sus abrazos de oso.

—No imaginábamos que serías capaz de cruzar el mundo para ir en busca de un chico —añade papá con una amplia sonrisa bajo su barba.

— Es genial! Casi no podíamos creerlo cuando tu amiga Hana nos dijo que necesitabas dinero para hacer una locura. Me parece incre ible, pero mi madre est  dando saltitos, emocionada como una niña pequeña.

—Pero...

—Llevamos años esperando que alguna vez hicieras algo así, algo auténtico —dice mi padre—.  Y por fin lo has hecho!

—Y no podríamos estar más felices —completa mi madre. Yo estoy absolutamente pasmada.

— Lo dec is en serio?

— Claro!

—Bueno... Gracias, creo.

—Y no te preocupes por el dinero, no es necesario que nos devuelvas nada —añade mamá—. Ha sido bien invertido. Definitivamente mis padres est n locos. Sin embargo son mis padres, me han ayudado cuando los he necesitado.

Decido no dar más importancia al hecho de que no son unos padres corrientes.  Y qué?

Es posible que no sepa nada de ellos en meses, que no se acuerden de fechas importantes como mi cumpleaños o que se metan conmigo por tener un carácter algo obsesivo, pero me quieren y yo les quiero, y eso es lo que

importa.

—Y bien —interviene papá—. ¿Dónde está ese chico? Queremos conocerle.

—Se ha quedado en Chicago —responde Nerea—. Volverá en una semana.

—¡Ah! Entonces le esperaremos —sentencia mamá. Un nudo de proporciones descomunales se me queda atascado en la garganta.

No había pensado en la posibilidad de que algún día Abel conocería a mis padres, y si conocer a la familia ya de por sí es uno de esos momentos trascendentales en la vida de una pareja, conocer a mí familia será apoteósico. Sólo espero que no salga corriendo.

«Hola de nuevo queridos lectores.

Supongo que querréis que os haga un resumen de mi viaje al continente americano...

Pues sólo es necesario que os diga que A y yo hemos vuelto.

De hecho, quizá no debería, pero os diré que A ha sido todo este tiempo uno de vosotros. Sí, amigos. El nombre de A en el foro era Pitágoras<sup>28</sup> y me leía desde el principio. ¿No es increíble?

Cuando por fin regresó a casa, hace unos días, H, N, mis padres y yo fuimos a recogerle al aeropuerto con una pancarta gigante que H se empeñó en colorear. (Lo cierto es que era una maldita obra de arte)

La cara de A al vernos a todos allí no tuvo desperdicio, aunque todavía fue peor el momento en que mi padre le puso el brazo sobre los hombros y se lo llevó a parte.

¡Casi me da un infarto! Pero en cuanto vi que ambos se reían, me relajé...

En fin, creo que esto es lo que se llama una Prueba Superada. Mi desconcertante familia no le ha hecho huir, y yo no podría ser más feliz.

Mis padres se marcharon al día siguiente, de vuelta a recorrer mundo con su caravana, y por aquí no parece que las cosas vayan a cambiar demasiado.

H sigue con su trabajo en esa revista, y sale con un chico que es perfecto para ella. Son igual de raros.

En cuanto a N, bueno... Parece que le cuesta un poco aceptar que su vida va a cambiar, pero todavía le quedan 5 meses para hacerse a la idea. Me pregunto si algún día encontrará a un hombre bueno (para variar) que quiera estar con ella y con su hijo. Ojalá sea así...

A ha recuperado su piso y ahora está buscando un trabajo.

El otro día, paseando, pasamos por delante del edificio de nuestra

empresa de tarjetas cutres, el sitio donde nos conocimos, donde nos enamoramos... Y sentimos una mezcla de pena y alegría al ver que un gran cartel naranja pendía del tercer piso con tres palabras impresas: Se traspasa local.

Le pregunté a A si al final había decidido denunciar la contabilidad creativa de nuestro jefe, pero no quiso decirme nada. Quizá lo hizo, o quizá todo cayó por su propio peso, como tarde o temprano siempre ocurre. No me importa.

¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? Pues sigo en paro, pero sí hay algo que ha cambiado y es que, de pronto, un día me senté delante del ordenador, abrí una página en blanco y comencé a escribir.

Fue así, sin más. Las palabras fluyeron como el agua y poco a poco las ideas tomaron forma. ¡Mi inspiración ha regresado!

No sé si se debe al amor o a toda la demencial historia que he vivido estos últimos meses pero he comenzado a escribir una novela y tengo un buen presentimiento al respecto.

¿Qué os parece? Puede que después de todo sí se llegue a cumplir mi sueño de ser escritora. ¡Deseadme suerte!».

# Epílogo: Este cuento se ha acabado

## 6 meses después

Me encuentro en el pasillo del ala de maternidad del hospital.

Estaba en la oficina de empleo, renovando por enésima vez la tarjeta del paro, cuando he recibido la llamada. Nerea está de parto.

De pronto veo aparecer a Hana corriendo desde las escaleras con el atuendo más extraño que jamás ha llevado. Viste una especie de kimono chino de color rojo y lleva una peluca también roja. A decir verdad, es un atuendo mucho más discreto que el que suele llevar a diario, pero tal vez por eso me resulta tan raro. Tras ella veo que aparece su novio, Luis, que va vestido igual, solo que lleva una peluca negra.

Al llegar a mi lado ambos se quitan las pelucas, lo cual me tranquiliza bastante.

—¿Ya ha nacido? —Pregunta Hana.

—No, estas cosas llevan su tiempo.

—¿No nos dejan entrar?

—Nerea ha dicho, y cito textualmente: Por encima de mi cadáver, no dejaré que esas chismosas me vean gritando y sangrando como un cerdo en el matadero.

—Ah...

Es lo único que Hana responde. Creo que ha comprendido lo que Nerea quería decir.

—Por cierto ¿De qué vais vestidos? —Quiero saber.

—De Ranma —contesta Hana, como si yo debiera saber qué demonios es eso.

—Es el festival del cómic y nos hemos presentado al concurso de disfraces por parejas —explica Luis—. Ranma es un personaje de anime que es un chico pero a veces se convierte en chica, y por eso nos hemos disfrazado de él, y ella.

Luis se ríe. Por lo general es bastante tímido, al principio apenas hablaba cuando Hana lo invitaba a casa a cenar o salíamos a tomar algo, pero poco a poco ha ido cogiendo confianza.

A Hana le costó mucho admitir que Luis era su novio, siempre lo llamaba

"amigo con derecho a roce" pero al fin parece que ha accedido a llamar las cosas por su nombre.

De hecho, no creo que exista una pareja más armoniosa que ellos, son perfectos el uno para el otro, incluso más perfectos de lo que somos Abel y yo.

Nos sentamos ahí a esperar y, por fin, un par de horas más tarde el doctor Márquez, el ginecólogo de Nerea, sale para anunciarnos que la pequeña Clara ha llegado a este mundo perfectamente sana.

Tanto Hana como yo nos abalanzamos al interior de la habitación. Queremos conocerla cuanto antes y la encontramos en una pequeña cuna metálica, envuelta en sábanas junto a la cama donde Nerea se repone del parto.

Para ser sincera, la niña parece una uva pasa, morena y arrugada, pero resulta graciosa cuando intenta abrir los ojos y la luz del fluorescente le molesta, o cuando se lleva el puño a la boca y lo chupa.

Resulta asombroso lo rápido que pasa el tiempo cuando estoy mirando babear a Clara. En cuanto quiero darme cuenta son las ocho y el teléfono vibra en mi bolsillo. Es Abel.

Acaba de salir de la oficina (ahora trabaja en el departamento de contabilidad de una empresa extranjera bastante importante) y quiere saber en qué habitación está Nerea.

Yo salgo al pasillo para hablar con él y, justo entonces, veo que entra el doctor Márquez para revisar a Nerea y a la niña. Hana y Luis salen también.

—Nosotros nos vamos —anuncia Hana cuando cuelgo el teléfono—. Tenemos que estar presentes en la entrega de premios que es dentro de una hora, pero mañana volveré a verlas. ¿Tú qué vas a hacer?

—Yo me quedaré un rato —respondo—. Luego Abel y yo iremos a cenar, es viernes.

—Sí, claro... Cena todos los viernes —se burla Hana—. Sois un poco predecibles.

—¿Qué pasa? A mí me gusta saber que voy a cenar con él todos los viernes.

—Vale, pues pásalo bien.

Y sin más, Hana se marcha de la mano de Luis.

El doctor Márquez todavía está dentro de la habitación y, aunque sé que es de mala educación, no puedo evitar apoyarme en la pared junto a la puerta, y agudizar el oído un poco.

—La analítica está perfecta, Clara está estupendamente pero ya sabes que hay que quedarse un par de días en observación —dice el doctor.

—Sí, lo sé —responde Nerea—. Tampoco es que me muera por volver a casa, aquí al menos las enfermeras me ayudan.

—No te agobies, Nerea —le anima el doctor—. No estás sola, tienes a tus compañeras.

—Ellas tienen su propia vida, Fran —replica ella.

Me pregunto desde cuándo trata al doctor Márquez con tanta familiaridad.

—Yo también puedo echarte una mano... Si quieres.

Un tenso silencio reina en la habitación tras la declaración del doctor. Me siento intrigada. ¿Acaso es normal que los médicos se ofrezcan a ayudar a todas sus pacientes? ¿Qué me he perdido?

—Deberíamos hablar de eso, ¿No crees? —Oigo que dice Nerea.

¿Qué diablos es "eso"?

—Sí, nos besamos —contesta el doctor—. ¿Qué hay que hablar? Ya te he dicho que me gustas y que no me importa que tengas una hija.

—No te importa ahora, pero si te digo que sí y me enamoro de ti, puede que algún día te arrepientas y me dejes — balbucea Nerea—. Y eso no podría soportarlo.

En ese momento escucho el sonido del colchón, imagino que el doctor se ha sentado junto a ella. No los veo, pero espero que él le esté acariciando el pelo y le esté mirando a los ojos, como en una romántica escena de Anatomía de Grey.

—Ya hace tiempo que nos conocemos, sabes que yo jamás te haría algo así —dice el doctor—. Sé que lo has pasado mal y que no te fías de los hombres, pero te pido que me des una oportunidad.

«¡Por Dios, Nerea! ¡Dale una oportunidad!» Grito para mí misma, ansiosa por saber la conclusión de tan intrigante momento.

—Está bien —accede Nerea.

Tengo que controlarme para no saltar de alegría, pero lo que me resulta imposible es aplacar la curiosidad que me empuja a inclinarme un poco más hacia la puerta y espiar a través de la rendija que ha quedado abierta.

Ahogo un gemido emocionado cuando veo que el doctor (sentado en la cama, tal y como yo imaginaba) está besando a Nerea delicadamente en la boca. ¡Qué bonito!

Y de pronto, algo me toca en el hombro. Sorprendida, doy un respingo tan pronunciado que pierdo el equilibrio y caigo contra la puerta que se abre

de par en par con un sonoro golpe.

Mi trasero da de bruces contra el suelo y así, la pareja que compartía un romántico beso en la habitación, se ve interrumpida por una espía torpe, yo.

La persona que me había tocado el hombro, por supuesto, es Abel.

Desgraciadamente, no sólo he descubierto el tórrido romance de Nerea con el ginecólogo, dejándola avergonzada, sino que además he hecho llorar a Clara con el ruido de mi estrepitosa caída. ¡Empezamos bien!

Media hora después y tras haberme disculpado con Nerea y el doctor de todas las maneras posibles, Abel y yo nos dirigimos al restaurante donde vamos a cenar esa noche.

Nada más llegar lo reconozco como el mismo establecimiento donde tuvimos nuestra primera cita oficial (sin contar la vez que quedamos en mi casa y me quedé dormida viendo una película). El restaurante pijo.

—¿A qué se debe el honor? —Quiero saber.

—No sé si te habrás dado cuenta pero da la casualidad de que hoy es nuestro aniversario —dice Abel—. Lo de Nerea ha sido un agradable extra.

Yo lo miro, confusa.

—¿Nuestro aniversario? —Dudo—. Pero todavía quedan un par de meses.

—No, hoy hace un año exactamente del día en que nos quedamos atrapados en aquel ascensor y empezó todo.

—¿Lo cuentas desde lo del ascensor? —Pregunto, sorprendida—. ¿Por qué?

Recuerdo que después de ese incidente comenzamos a hablar y nos hicimos amigos. Pero durante un tiempo fuimos solo eso, amigos.

—Porque fue entonces cuando tú empezaste a fijarte en mí —responde.

—¿Sí? Pues no entiendo cómo es posible que tú te fijaras en mí, con la cara desencajada por el pánico y dando golpes a una pared de cemento como una loca.

—Tuvo su encanto —bromea él y ambos nos reímos.

—Así que ya hace un año de eso... —Suspiro—. ¡Cómo pasa el tiempo!

En ese momento, los camareros nos traen nuestro primer plato y ambos comenzamos a comer.

Me doy cuenta de que Abel parece un poco más distraído que de costumbre, podría decirse que incluso nervioso. Yo no dejo de mirarle con el ceño fruncido y, cada vez que sus ojos azules se posan en los míos, me sonrío. Es sospechoso.

—¿Qué te pasa? —Quiero saber.

—Nada.

—Abel, sabes que tengo tendencia a la paranoia —le advierto.

—Bueno, está bien —accede—. Sé que es un tópico pero, ¿Por qué no usas la servilleta?

Durante un breve instante su sugerencia me parece tan absurda que pienso que está tomándome el pelo, pero entonces lo comprendo... Y mi corazón se detiene.

¿Me va a pedir matrimonio? ¿Tan pronto? Una parte de mí se escandaliza y rechaza la idea, pero otra parte, la parte cursi que adora las novelas y películas románticas, se estremece de placer.

Mi temblorosa mano levanta entonces la servilleta de tela que alguien había colocado junto a mi plato y descubro una pequeña cajita azul. Estoy tan asombrada que no reacciono.

Abel coge la caja y la abre mostrándome algo que no era lo que esperaba. Una llave.

—Sara, ¿Quieres venir a vivir conmigo?

Mi parte cursi siente una leve decepción al ver que no se trata de un anillo de pedida, pero la otra parte, la racional, suspira de alivio. La llave de su piso. Lo que quiere es que vivamos juntos.

No necesito mucho para pensar en la respuesta, la tengo muy clara, pero no sé por qué me quedo mirándole embobada sin decir nada, con una sonrisa tonta en la cara que poco a poco se transforma en muecas con las que intento evitar las lágrimas.

La sonrisa de Abel empieza a desvanecerse y su expresión se torna preocupada.

¡Sí, claro que quiero vivir con él! ¡Sí, sí! ¡Sara, di que sí!

En lugar de eso rompo a llorar. Y el resto de comensales comienza a volverse hacia mí, confusos por mis sollozos y curiosos por descubrir la razón de mi llanto descontrolado.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —Pregunta Abel. Seguro que está avergonzado, o alarmado, o ambas cosas.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Se preocupa uno de los camareros.

—S... sí —consigo responder.

—¿Y por qué lloras? —Quiere saber Abel.

—Porque... soy muy... Feliz —balbuceo, entre hipos.

—Entonces, ¿Vivirás conmigo?

—Pues... claro que sí... tonto.

—¿Y por qué demonios no puedes decirlo sin montar una escena?

—Es culpa tuya, por manera de pedirlo —le recrimino—. Sabes que tengo tendencia al dramatismo.

—Sí, lo sé —acepta él, luego se ríe y yo también.

—Soy un desastre.

—Pero eres mi desastre.

Dos días después Nerea regresa a casa con Clara.

Hana y yo hemos pasado toda la mañana organizándolo todo para su fiesta de bienvenida, hemos preparado una comida de chuparse los dedos (bueno, Hana la ha preparado, yo he ayudado un poco) y hemos invitado a Abel, a Luis y al doctor Márquez también.

Pensaba aprovechar el momento para anunciar que Abel y yo nos vamos a vivir juntos.

La noche de nuestro aniversario, cuando salimos del restaurante, comenzamos a planear mi mudanza y caí en la cuenta de algo. Hasta ese momento no me había percatado de que irme a vivir con Abel suponía, por supuesto, dejar mi casa, la casa de mi niñez y a la que apenas un año atrás me aferraba con uñas y dientes.

Es curioso que ahora no me produzca tanta pena tener que renunciar a ella.

La comida se sucede de un modo agradable. Todos charlamos con todos. Abel y Luis (que ya son amigos desde hace tiempo) están acogiendo al doctor Márquez muy bien, los tres charlan en una esquina de la mesa mientras Hana y yo observamos con adoración a la pequeña Clara mientras Nerea le da de mamar. Es tan bonita.

—¿Y bien? —Le pregunto a Nerea en un murmullo—. ¿Cómo te va con Fran, el doctor?

Las mejillas de Nerea se colorean de rojo. Está especialmente guapa hoy.

—Es como un sueño —nos revela—. A veces pienso que si todo lo que he pasado en esta vida me ha llevado hasta él, ha merecido la pena.

Hana ahoga una risita, y yo decido que es el momento de anunciar mi mudanza. Pero alguien se me adelanta. —Tengo que deciros algo —declara Hana—. Y espero que no os enfadéis.

—Suéltalo —replica Nerea.

—Voy a irme a vivir con Luis. Juntos, solos... Ya sabéis.

—¡Es genial! —Exclamo, contenta—. Yo también voy a irme a vivir con

Abel.

—¡Oh, Dios mío! ¿Significa eso que vamos a tener que dejar esta casa?  
—Pregunta Nerea.

Y aunque Hana y yo estemos ilusionadas con nuestro cambio de vivienda, nuestra amiga no parece alegrarse; al principio me siento confusa al respecto, pero entonces lo entiendo. Nuestras vidas se cruzaron porque yo no quería marcharme de la casa donde me había criado, y ahora ellas también aman esta casa.

—Yo no quiero irme de aquí —insiste Nerea—. Quiero que mi hija crezca aquí, como tú Sara. Con un poco de suerte cuando sea mayor se parecerá algo a ti.

En ese momento, le lanzo a Nerea una mirada de absoluta estupefacción.

—¿Estás segura de que quieres que Clara se parezca a mí? — Le pregunto. Ella se encoge de hombros y las tres reímos. —Está bien, encontraremos un modo de conservar esta casa para Clara —añado.

—Tal vez puedas pedir un crédito y comprarla —dice Hana—. Y si al final te casas con el Doctor Magnífico este será un precioso nidito de amor.

El rubor vuelve a aparecer en las mejillas de Nerea. Justo en ese momento, mi teléfono comienza a sonar y lo cojo al tercer tono.

—¿Diga?

Una voz femenina pregunta por mí desde el otro lado de la línea, le respondo, y lo que viene a continuación me deja atónita.

Hemos leído el manuscrito de su novela que envió a nuestra editorial y nos interesa mucho publicarla. Si sigue usted interesada, nos gustaría que pasara mañana por nuestras oficinas para hablar del contrato y de las condiciones.

Unos minutos después, cuando cuelgo el aparato, me quedo mirando la escena que se desarrolla en mi salón mientras reflexiono sobre lo que acaba de pasarme.

Nerea acuesta a Clara en la cuna, Hana abraza a Luis y Abel se ríe de algo que el doctor Márquez, Fran, acaba de decir.

Al final cojo una copa de las muchas que hay esparcidas sobre la mesa y la golpeo suavemente con un tenedor para llamar la atención de mis amigos. Todos ellos se quedan entonces en silencio y me miran.

—Sabéis, hace poco más de un año entré en un foro de internet donde había un concurso de esos estúpidos para encontrar a la persona más fracasada del lugar. Yo me presenté porque... Bueno, porque me sentía una

fracasada. Tenía un trabajo que no me gustaba, mis padres se habían marchado a vivir aventuras y mis amigos tenían vidas en las que cada vez me incluían menos. Me sentía sola —declaro—. Resulta que gané el concurso.

Todos se ríen y aplauden, yo también me río ahora.

—Es increíble lo mucho que pueden cambiar las cosas en tan poco tiempo —continúo—. De pronto conocí a dos chicas que se han convertido en mis mejores amigas, en mi familia. Me han ayudado a superar momentos difíciles y han compartido conmigo sus alegrías y sus penas.

Hana sonrío.

—Qué ñoña eres —murmura Nerea por lo bajo, pero puedo ver que no levanta la mirada del mantel. No quiere que veamos que está emocionada.

Yo la omito y sigo con mi discurso.

—También conocí al amor de mi vida —señalo a Abel que me devuelve una sonrisa—. Y ahora me voy a vivir con él. Espero que no termine echándome, ya sabéis que puedo ser muy neurótica.

Guiño un ojo a Hana y a Nerea que asienten tajantemente. De nuevo, aplausos y risas.

—Pero eso no es todo —sigo hablando—. Acaban de decirme que voy a publicar mi novela. Lo que significa que ahora mismo todo lo que siempre he soñado se está haciendo realidad. Por eso quiero brindar por todos los que estáis aquí hoy y que habéis convertido a la mayor fracasada de la red, en la persona más feliz de la Tierra.

Y nuestras copas chocan unas con otras emitiendo ese sonido característico que celebra siempre algo bueno.

«Anuncio que hoy y definitivamente, renuncio al título de Fracasada N°1 de Colgados en la Red. Se abre la convocatoria para mi sustitución. ¡Hagan sus apuestas!

Atentamente, FracaSara».

# Sobre esta novela y su autora

¡Hola! Soy Tricia Ross, autora de esta historia. En primer lugar quiero agradecerte que hayas dedicado parte de tu tiempo a leerla y espero de todo corazón que te haya gustado.

*Tres son Multitud* es mi primera novela, la primera que conseguí terminar y que me atreví a compartir con otros. Lo hice inicialmente, en el 2015, en la plataforma social Wattpad. Casi nadie me leyó y esta historia pasó totalmente desapercibida.

Posteriormente la ofrecí de forma gratuita en descarga a través de mi página web y de pronto comenzó a interesarle a mucha gente. Al mismo tiempo que ganaba lectores con esta obra, terminé mi segunda novela *Después de la lluvia*, y fue tal su éxito que llamó la atención del sello editorial Editables.es.

Mi tercera novela, *El Final del Camino*, ha sido también un éxito en Amazon y pronto publicaré novedades.

A la vista del interés creado he decidido que *Tres son Multitud* deje de ser la “hermana fea” de mis novelas, y darle la oportunidad de brillar con luz propia. Así quien lo desee puede por fin tener su ejemplar en papel (este que tienes en tus manos)

Gracias por apoyarme con tu granito de arena. Sara, Hana y Nerea también te lo agradecen.

Visita mi web: [www.triciaross.es](http://www.triciaross.es)